



BIBLIOTECA PERLA

*Primera Serie*

XIX.





22.539

25/2.50

E. NESBIT

# CUENTOS

KAKATUKÁN—LA PRINCESA Y EL ERI-  
ZO — LA PELOTA SALTARINA — EL CO-  
RAZÓN DEL MAGO — CÁLCULOS QUE SA-  
LEN BIEN—LA MONTAÑA AZUL—FOR-  
TUNATO REY Y COMPAÑÍA—EL USUR-  
PADOR + MELISENDA O LA DIVISIÓN  
EXACTA + LAS CUEVAS Y EL BASILISCO

Ilustraciones de Ribas, Zamora,  
Marco y Romero Calvet



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.  
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

146X 222



PROPIEDAD  
DERECHOS RESERVADOS  
PARA TODOS LOS PAÍSES

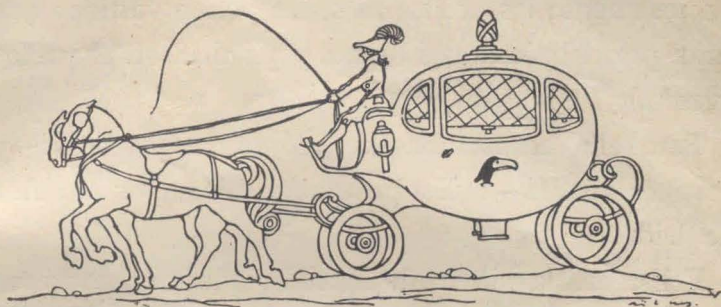
*COPYRIGHT 1924 BY*  
*EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.*  
*MADRID*

ALDUS S. A. ARTES GRÁFICAS SANTANDER



KAKATUKAN





**M**ATILDE tenía las orejas coloradas y relucientes, igual que las mejillas; rojas también las manos. Todo porque su aya Felisa acababa de lavarla, no de ese modo habitual que le deja a uno limpio y a gusto, sino con un lavado minucioso, de los que producen un ardor y un escozor tales que el paciente anhelaría ser un pobre niño salvaje para no saber nada, correr medio desnudo al aire libre y no meterse en el agua más que cuando sintiese calor. Matilde hubiera deseado pertenecer a una tribu salvaje, mejor que haber nacido en la ciudad.

—A los niños salvajes—decía—no se les lava mi-

nuciosamente las orejas, ni se les ponen vestidos que tiran por debajo de los brazos y pinchan en el cuello; ¿verdad, Felisa?

Pero ella contestaba—: ¡Qué tonterías dices!—y después añadía—: ¡Estáte quieta, niña, por el amor de Dios!

Felisa era la niñera de Matilde, que muchas veces la encontraba molesta. Tenía razón la chiquilla cuando pensaba que los niños salvajes no llevan vestidos estrechos, y también es verdad que no los lavan excesivamente, ni los cepillan, ni los peinan, ni los calzan, ni menos les ponen los guantes y el sombrero para llevárselos en un ómnibus a Quintaseria, a ver a tía-abuela Pilar. Tal iba a ser el sino de Matilde, según había dispuesto su madre. Felisa la había arreglado ya, y ella, sabiendo lo vana que sería toda resistencia, mostrábase sumisa.

Pero no habían consultado al Destino, y el Destino tenía otros proyectos relativos a ella.

Cuando estuvo abrochado el último botón de las botas de Matilde (el abrochador estaba siempre de malas, sobre todo si le daban prisa, y aquella vez dió un pellizco bastante cruel a la muchacha en una pierna), tiraron de la pobre criatura escaleras abajo, y la sentaron en una silla del recibimiento, a esperar a que Felisa se emperifollase.

—No tardaré ni un minuto—había dicho el aya.





Pero Matilde ya sabía lo que pasaba, y se sentó a esperar, con las piernas colgando, en postura lastimosa.

Ya había estado otras veces en casa de tía-abuela Pilar y sabía exactamente lo que iba a ocurrir. La preguntaría por sus lecciones, cuántos premios tenía y si había sido buena.

Me parece que las personas mayores no se dan cuenta de lo impertinentes que son tales preguntas. Figuráos que les contestáis de este modo: «Estoy la primera en mi clase, gracias, Tita, y he sido muy buena. Pero ocupémonos un poco de usted. Dígame, querida tía, ¿cuánto dinero tiene usted? ¿Ha reñido mucho a las criadas? ¿Ha tratado de mostrarse paciente y complaciente, como debe ser toda persona mayor?»

Ensayad este método con una tía vuestra la primera vez que os haga preguntas, y escribidme en seguida contándome la cara que pone.

Se sabía de memoria Matilde cuáles iban a ser las preguntas de tía Pilar, y que, en cuanto ella contestara, le darían un bollito con granos de ajonjolí por encima y le dirían que se fuese con Felisa, para que le lavase otra vez cara y manos. Luego le mandarían de paseo al jardín, que tenía un senderito lleno de piedras y unos cuantos geranios, calceolarias y lobelias; pero no se podía coger nada. Un poco de ternera para comer, tres cortecitas de pan alrededor del



plato y un budín de tapioca. Luego toda la tarde con un librote encuadernado, impreso en letra muy chica y con vidas de niños muertos en tierna edad porque eran demasiado buenos para seguir en este mundo.

Matilde daba vueltas en su asiento. Si hubiese estado un poco menos incómoda, se habría echado a llorar; pero tanto le tiraba y apretaba el vestido nuevo, que ni siquiera llorar le dejaba, ni pensar en otra cosa que en el daño que le hacía.

Cuando, por último, se presentó Felisa, le dijo:

—¡Vergüenza te debía dar esa cara tan aburrida!

—¡Si no lo estoy!—dijo Matilde.

—Sí que lo estás—replicó Felisa—; sabes quién eres y no aprecias lo que tienes.

—¡Si tía Pilar fuese tía de usted!—exclamó Matilde.

—¡Niña tonta, niña descarada!—gritó Felisa agarrando a Matilde por un brazo.

Matilde trató de largar un manotón a su aya, y las dos bajaron la escalera, encolerizadas una contra otra. Por el camino, que no tenía nada de agradable, fueron a buscar el ómnibus, que tampoco tenía nada de agradable; Matilde iba dando hipidos.

Era Felisa, aunque irritable, muy cuidadosa; pero aun el más cuidadoso se descuida alguna vez, y aquella mañana tenía que equivocarse de ómnibus..., porque, si no, no habría cuento. Y ¿qué iba a ser de nos-

otros sin cuento? Esto indica que hasta las equivocaciones son útiles a veces; de modo que no hay que reírse mucho de las personas mayores aunque hagan algo que no esté bien. Después de todo, bien sabéis que casi nunca ocurre tal cosa.

Era un ómnibus verde y dorado muy nuevecito, y dentro tenía unos almohadones verdes también y muy blandos. Matilde y su aya lo disfrutaban ellas solas, y la niña empezó a sentirse más a gusto, sobre todo luego que consiguió romper un respuntes del hombro, con lo cual el vestido le estaba un poco menos apretado.

Entonces dijo—: Siento haberme enfadado, querida Felisa.

—Así debe ser—contestó ella, sin añadir que también sentía haberse irritado; pero no esperéis nunca que diga cosas por el estilo una persona mayor.

No era, ciertamente, aquel ómnibus el que debían haber tomado, porque en lugar de ir dando tumbos por calles largas y polvorientas, iba despacito y muy suavemente por una verde pradera, con setos floridos y árboles verdes. Tan encantada iba Matilde, que no se movía, cosa rara en ella. Felisa iba leyendo un novelón, «La Venganza de Lady Constanza», y no se enteraba de más.

—No importa; yo no se lo digo—pensó Matilde—. Mandaría parar el ómnibus, quieras que no—. Paró,





al fin, el ómnibus, por su propia voluntad. Felisa se guardó la novela en el bolsillo y saltó afuera.

—¡Anda!, ¿qué es esto?—exclamó, y corriendo se fue hacia donde los caballos estaban. Eran blancos, con arneses verdes, y tenían larguísimas colas.

—Oíga, joven—dijo Felisa al conductor del ómnibus—, nos ha traído usted a un sitio equivocado. Esto no es Quintaseria; no lo es.

El conductor era el más gallardo conductor de ómnibus que jamás se viera, y su traje tan hermoso como él. Llevaba medias y camisa de seda blanca, con rizada pechera, levitón y calzas de color verde y oro, lo mismo que el sombrero de tres picos, que se quitó muy cortésmente cuando Felisa le hablaba.

—Temo—dijo con la mayor amabilidad—que por una circunstancia fortuita y lamentable se hayan equivocado ustedes de ómnibus.

—¿Y cuándo regresa?

—Este ómnibus no hace viajes de regreso. Sale de la ciudad una vez al mes, pero no vuelve.

—Pero tendrá que ir allá, aunque no sea más que para volver a salir—indicó Matilde.

—Para cada viaje se pone un ómnibus nuevo—dijo el conductor, volviendo a saludar con su sombrero de tres picos.

—¿Y qué se hace de los viejos?

—¡Ah!—dijo el cochero, sonriente—, según y con-



forme. Nadie lo puede saber de antemano, porque hoy las cosas cambian muy rápidamente. Adiós, y muchas gracias. No, señora, de ninguna manera.

Y rechazando la moneda que Felisa le ofrecía, se alejó en su coche a toda velocidad.

No, no era aquello Quintaseria, y bien lo advirtieron en cuanto miraron alrededor. El ómnibus que por equivocación habían tomado las dejó en un extraño pueblo, el pueblo más limpio, más agradable, más rojo, más verde, más pulcro, más bonito del mundo. Agrupábanse las casas en torno a una verde pradera donde los niños jugaban vestidos con claros trajes o amplios delantalillos. En tan dichoso lugar no se concebía un vestido que tirase por debajo del brazo. Matilde, envalentonada, se saltó dos o tres corchetes y rompió un poquito más la costura del hombro.

Pero las tiendas parecían algo estrafalarias, según advirtió. Sus nombres no indicaban las cosas que en ellas se vendían. Por ejemplo, allí donde ponía «Elías Antúnez, hojalatero», ostentábanse en el escaparate hogazas y bollos; la tienda que tenía rótulo de «Panadería» estaba llena de cochecitos de niño; el tendero de comestibles y el constructor de carros parecían haber hecho trueque de nombres o de mercancías y la señorita Amalia, modista, exponía al público salchichas y tocino.

—¿Qué país tan bonito y tan de broma!—exclamó

Matilde—. Me alegro de que nos hayamos equivocado de ómnibus.

Un niño de pocos años que llevaba delantal amarillo se acercó a ellas.

—Dispensen—insinuó con finura—,pero todo extranjero tiene que ser conducido inmediatamente ante el Rey. Hagan el favor de seguirme.

—¡Vaya un descaró!—dijo Felisa—. ¿Extranjeras nosotras? ¿Y tú, quién eres?

—Yo—repuso el niño haciéndole una reverencia profunda—soy el Presidente del Consejo de Ministros. Ya sé que no lo parezco, pero en ocasiones las apariencias engañan. Es posible que mañana vuelva a tomar mi propia figura.

Algo murmuró entre dientes Felisa, que no llegó a oídos del muchacho. Matilde pescó algunas palabras: «azotes», «a la cama», «pan y agua», que le eran muy familiares.

—¡Qué juego tan bonito!—dijo Matilde al niño—. Yo también quiero jugar.

El frunció el ceño.

—Les intimo a que vengan inmediatamente—dijo en tono tan severo, que la misma Felisa se quedó un poco asustada—. El Palacio de Su Majestad está por este lado—. Echó a andar, y Matilde, dando un brinco, se soltó de la mano de su aya y se fue tras él. De modo que Felisa no tuvo más remedio que seguirlos, sin dejar de gruñir.



El Palacio estaba en medio de un vasto parque verde, engalanado con flores blancas. No se parecía a otros palacios reales, al de Madrid, o al de San Jaime, por ejemplo, puesto que era muy hermoso y estaba muy limpio. Al entrar vieron que las colgaduras eran de seda verde. Verde y oro era la librea de los lacayos, y los trajes de los palaciegos ostentaban los mismos colores.

Matilde y Felisa tuvieron que esperar unos instantes a que el Rey cambiase de cetro y se pusiese una corona nuevecita, y luego las pasaron a la cámara de audiencias. El Rey salió a su encuentro.

—¡No sé cómo agradecer la visita, viniendo ustedes de tan lejos!—exclamó—. Por supuesto, ¿vivirán en Palacio?—continuó, mirando con interés a Matilde.

—¿Se siente usted a gusto?—le preguntó, dudoso. Y como Matilde, para ser muchacha, era bastante amiga de decir la verdad, le contestó en seguida:

—No; este vestido me aprieta alrededor de los brazos.

—¡Ah!—dijo el Rey—, ¿y no traen equipaje? Puede que algún vestido de la Princesa... uno de los antiguos, éso es... Y esta señora es su doncella... ¿verdad?

En aquel punto una pesada risa atravesó resonante el salón. El Rey, desconcertado, miró en torno





ni 6 m.

un cambio. Mira mi primer Ministro: era un hom-  
bretón que no cabía por esa puerta, y ahora, en cam-  
bio, puedo levantarle con una mano sola. Y mira tam-  
bién lo de tu pobre doncella. Ese pajarraco tiene la  
culpa de todo.

—Pero ¿por qué se ríe?—preguntó Matilde.

—No lo sé a punto fijo—contestó el Rey—; no veo  
nada que pueda hacerle reír.

—¿Por qué no le hacen estudiar o algo desagra-  
dable por el estilo, a ver si se entristece?

—Ya lo he intentado todo, créeme, hija mía. Pero  
no hay profesor capaz de dar lecciones a ese paja-  
rraco.

—¿Y qué es lo que come?

—Tortas de Reyes. Pero lo mismo da una cosa que  
otra. Ese avechucho es capaz de reírse aunque se le  
alimente con garbanzos crudos.

Suspiró Su Majestad y dio a Matilde una rebana-  
dita de pan con manteca. Luego continuó:

—No tienes idea de las cosas que ocurren. Un día  
que celebramos consejo, todos mis ministros se vol-  
vieron niños de pecho con calcetines amarillos. Y no  
podemos dar decreto ninguno hasta que no recobren  
su ser primitivo. Ellos no tienen culpa, y yo no puedo  
proveer sus vacantes, claro está; ¡pobrecillos!

—Naturalmente— asintió Matilde

—Había cierto dragón—fue diciendo el Rey—, y



cuando se presentó aquí yo ofrecí la mano de la Princesa y la mitad de mi reino al que lo matara. Es lo que se suele ofrecer como recompensa, según sabrás.

—Sí—dijo Matilde.

—Bueno, pues de tierras muy lejanas llegó un Príncipe joven y respetable, y todo el mundo acudió a verle luchar con el dragón. Hubo quien pagó más de setenta y cinco céntimos por un asiento de primera fila, te lo aseguro. Sonó la trompeta, como para indicar al dragón que ya era hora de comer; tiró el Príncipe de su brillante espada, lanzamos todos un grito, y en aquel momento el condenado avechucho se echó a reír, el dragón se convirtió en un gato, y el Príncipe, que tenía la espada en alto, no pudo contener su empuje y le mató. El populacho estaba furioso.

—¿Y qué sucedió entonces?—preguntó Matilde.

—Yo, por mi parte, hice cuanto estaba en mi mano. Dije que le concedería la de la Princesa como si tal cosa, acompañé al Príncipe hasta el palacio, y cuando llegamos aquí el Kakatukán había vuelto a echarse a reír, y la Princesa se había convertido en una viejísima institutriz alemana. El Príncipe se volvió a su país corriendo y de mal humor. A los dos o tres días la Princesa volvió a tomar su figura. ¡Qué tiempos aquéllos, hija mía!

—¡Ya sufrirían ustedes!—dijo Matilde tomando un sorbo de refresco de zarzaparrilla.





—¡Bien puedes decirlo!—contestó el desventurado monarca—. Pero si fuera a contar los disturbios que ese pájaro ha traído a mi pobre reino, te entretendría hasta mucho más tarde de lo conveniente.

—No importa—dijo Matilde con amabilidad—. Cuénteme algo más.

—¡Pensar—continuó el Rey—, pensar que una leve carcajada del repugnante bicharraco volvió rojas y vulgares las fisonomías de mi larga serie de antepasados! Todos ellos empezaron a renunciar a sus títulos y a decir que se llamaban Fulanos o Zutanos, los nombres más vulgares.

—¡Qué horror!

—Y una vez—prosiguió lanzando un gemido—se rió tan fuerte que fueron a caer juntos dos domingos, y el jueves siguiente se perdió y fue a colocarse después de Nochebuena. Pero—dijo súbitamente—ya es hora de irse a acostar.

—¿Me retiro?—preguntó Matilde.

—Sí, haz el favor—dijo el Rey—. Siempre cuento estas cosas trágicas a los extranjeros, por si alguno hubiese tan inteligente que pudiera ayudarme. Tú eres una muchacha muy simpática. ¿Te tienes también por inteligente?

Es muy agradable que le pregunten a uno si es inteligente. Tía-abuela Pilar sabe ya que «uno» no lo

es; pero los Reyes están muy bien educados y Matilde se sintió muy satisfecha.

—No me tengo por inteligente—empezó a decir para no faltar a la verdad; mas, de pronto, el sonido de una carcajada ronca atravesó el comedor de gala. Matilde se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ay!—gritó—. ¡Qué cambiada me siento!... Espere un instante... ¿Qué es esto?... ¡Ay!

Permaneció un instante callada, y luego, mirando al Rey, le dijo:

—No estaba en lo cierto, Majestad. Soy inteligente y reconozco que no me conviene estar en vela hasta muy tarde. Buenas noches. Le agradezco mucho su amable invitación. Me parece que mañana por la mañana tendré inteligencia bastante para darle ayuda, a no ser que el pájaro, riéndose otra vez, me vuelva a convertir en la Matilde de antes.

Pero a la mañana siguiente Matilde sentía en su cabeza una lucidez extraordinaria; sólo que cuando bajó a almorzar combinando proyectos para ayudar al Rey, se encontró con que el Kakatukán debía de haberse reído durante la noche, porque el hermoso palacio se había convertido en tienda de carnicero, y el Rey, harto prudente para luchar con el Destino, se había despojado de sus regias vestiduras y estaba ocupadísimo en pesar media libra de chuletas de cordero para una niña que llevaba una cesta.





—No sé en qué vas a ayudarme ahora—dijo en tono desesperado—; mientras el palacio esté así, no hay que echárselas de Rey ni de cosa por el estilo; trataré solamente de ser un buen carnicero. Si quieres llevarme las cuentas hasta que el pájaro se ría otra vez y me devuelva mi palacio. .

Y el Rey se dedicó al negocio, respetado por sus súbditos, cada uno de los cuales, desde el advenimiento del Kakatukán, había tenido sus más y sus menos. Matilde llevaba los libros, hacía facturas y no lo pasaba del todo mal. Felisa, convertida en máquina, estaba en la tienda y atraía a no pocos parroquianos, que solían llevar a sus chiquillos para que los pobres inocentes echasen una moneda, que el aya recompensaba con un regaño. ¡Hay padres que son capaces de cualquier cosa! La Princesa iba a sentarse al jardín con el Kakatukán, y Matilde iba todas las tardes a jugar con ella. Pero un día en que el Rey había ido en coche a otro reino, el otro Rey de aquel reino se asomó a una de las ventanas de su palacio, y cuando el Rey pasaba, se echó a reír y le gritó: —¡Carnicero!

No reparó en tal cosa el Carnicero-Rey, que, aunque rudó, era honrado. Pero cuando el otro Rey se puso a gritarle:

—¿A cómo está la carne de gato?—sintió mucha pena, porque la carne que vendía era siempre de ca-



lidad superior. Cuando se lo contó a Matilde, ella le dijo:

—Mande un ejército que le aniquile.

Mandó el Rey su ejército y el enemigo fue aniquilado. El pájaro se rió de nuevo, el Rey volvió a ocupar su trono, y con la risa desapareció la tienda de carnicero, en el momento mismo en que Su Majestad decretaba un día de fiesta nacional y organizaba un magnífico recibimiento para sus tropas. Matilde ayudó al Rey a disponerlo todo. Gozaba con deleite el placer hasta entonces desconocido de sentirse inteligente, y se irritó sobremanera al oír la risa del Kakatukán en cuanto el recibimiento estuvo perfectamente organizado. Se rió el avechucho, y la fiesta nacional se convirtió en un impuesto sobre la renta; la recepción espléndida, en una reprimenda de padre y muy señor mío, y el ejército, de repente, en una alborotada escuela dominical de chiquillos que estuvieron gritando y haciendo diabluras hasta que les dieron bollos y los llevaron a casa con riendas.

—Hay que tomar una determinación—dijo el Rey.

—Sí—contestó Matilde—; he pensado que me nombre aya de la Princesa, a ver si se puede hacer algo. Ahora me siento muy inteligente.

—Para ello he de abrir el Parlamento—contestó el Rey—; es asunto constitucional.

Y fué corriendo para abrir el Parlamento en se-

guida, pero el pájaro asomó la cabeza y se echó a reír cuando él pasaba. Corría él, y su linda corona aumentó de tamaño, se hizo de hierro, y sus piedras se volvieron trozos de vidrio del peor gusto. El terciopelo y el armiño de su traje se cambiaron en franela y piel de conejo. El cetro se alargó, hasta medir veinte pies, y se hizo tan pesado que no podía con él. Pero él persistió en su propósito.

—No hay pájaro—exclamó—que me desvíe de mi deber y de mi Parlamento.

Tan agitado estaba cuando llegó, que no pudo dar con la llave a propósito para abrir el Senado; echó a perder la cerradura, y ante la imposibilidad de abrirlo, todos los miembros del Parlamento salieron por las calles echando discursos y entorpeciendo gravemente el tráfico.

El pobre Rey volvió a su casa y se echó a llorar.

—Esto es demasiado, Matilde—dijo—. Siempre me has consolado. A mi lado estuviste mientras fui carnicero; tú llevabas los libros, tú apuntabas los encargos; tú ordenabas las existencias. Si eres inteligente de veras, ha llegado el momento de que hagas algo por mí. Si no lo haces, me retiro de los negocios, y dejo la corona. Me haré carnicero en cualquier parte y buscaré otra muchacha que me lleve los libros. Aquello decidió a Matilde, que le habló así:

—Bien está, señor; déjeme rondar, de noche, a ver



si descubro lo que hace reír al Kakatukán: si lo consigo, trataremos de que no vuelva a ocurrir, sea lo que fuere.

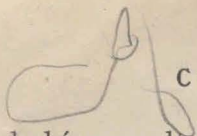
—¡Ay!—exclamó el pobre Rey—, ¡si lo lograras!...

Aquella noche, cuando Matilde se fue a la cama, no se durmió. Esperó, acostada, a que el palacio estuviese en silencio, y después, deslizándose con suavidad gatuna, salió a los jardines, donde estaba la jaula del Kakatukán y se ocultó detrás de unos rosales, a observar y escuchar. Nada ocurrió hasta la hora del alba, en que se despertó el Kakatukán. Pero cuando el sol aparecía redondo y cuando brillaba sobre la techumbre del palacio, alguien se acercó deslizándose con suavidad ratonil; parecía vara y media de cinta blanca que se arrastrase, y era la Princesa en persona.

Pausadamente llegó hasta la jaula y, escurrióse entre los barrotes; muy juntos estaban, pero vara y media de cinta blanca bien puede pasar por entre los hierros de una jaula de pájaro, sea del tamaño que sea. Llegándose la Princesa a donde estaba el Kakatukán, le hizo cosquillas debajo de las alas, hasta que soltó una risotada. Luego, rápida como el pensamiento, la Princesa se volvió a deslizar a través de los barrotes, y antes de que el pájaro acabara de reírse, ya estaba otra vez en sus habitaciones. Matilde se volvió a acostar. Al otro día, todos los gorriones







se habían vuelto caballos de tiro, y las carreteras estaban intransitables.

Cuando fue, como de costumbre, a jugar con la Princesa, Matilde le preguntó de repente:

—Princesa, ¿por qué está usted tan delgada?

La Princesa estrechó las manos de Matilde con verdadera emoción.

—Matilde—dijo con sencillez—, tiene usted un corazón muy noble. Nadie me ha preguntado jamás tal cosa, ni aun los que han intentado curarme. Y si a una no le preguntan ¿cómo va a contestar? Es una historia triste y trágica, Matilde. Tiempo atrás, yo estaba tan gorda como usted.

—Yo no estoy gorda—dijo Matilde, indignada.

—Bueno—dijo la Princesa impaciente—, pues yo estaba bastante gorda. Y luego me puse delgada...

—Pero ¿cómo?

—Porque no me quisieron dar todos los días mi pudín favorito.

—¡Qué vergüenza!—exclamó Matilde—. ¿Y cuál es su pudín favorito?

—El de pan y leche espolvoreado con hojas de rosa y pizcas de manzana.

Matilde fue, como es natural, a contárselo en seguida al Rey; pero antes de llegar a donde él estaba, el Kakatukán se rió de nuevo. Cuando Matilde vio al Rey, ya no estaba en disposición de pedir la comida,





porque se había convertido en casa de campo repleta de adelantos modernos. Únicamente le reconoció Matilde, que se había sentado muy triste en el parque, por la corona que estaba de lado sobre una de las chimeneas y por el ribete de armiño que bordeaba la senda principal del jardín. En vista de ello encargó, bajo su responsabilidad, que hiciesen a la Princesa su pudín favorito, y toda la Corte lo tuvo que comer a diario en adelante, hasta que no hubo palaciego que no aborreciese la leche y el pan y no prefiriese correr una porción de kilómetros antes de encontrarse con una pizca de manzana. A la misma Matilde le llegó a hartar, aunque, inteligente como era, conocía lo bien que le sentaban el pan y la leche.

Pero la Princesa iba poniéndose cada vez más gruesa y más sonrosada. Tuvo que abandonar sus trajes de papel de seda, y luego tuvo que dejar los que antes le estaban anchos, y después los que ya había usado Matilde, y, por último, que mandarse hacer vestidos nuevos, y conforme iba tomando carnes, iba volviéndose afectuosa y Matilde llegó a sentir verdadera amistad por ella.

Un mes había estado el Kakatukán sin reírse.

Cuando la Princesa llegó a ponerse todo lo gruesa que debe estar una Princesa, Matilde se acercó a ella un día, y echándole los brazos al cuello la besó. Besóla también la Princesa y dijo:

—Siento lo que ha ocurrido. Antes lo sentía igualmente, pero no quería confesarlo; ahora sí. El Kakatukán no se ríe nunca sino cuando le hacen cosquillas. Más aún: detesta la risa.

—¿Y no le volverá usted a hacer cosquillas, verdad?

—No, claro que no—dijo la Princesa muy sorprendida—, ¿por qué he de hacérselas? Cuando estaba delgada, sentía mucho rencor, pero ahora que ya estoy gruesa quiero ver a todo el mundo dichoso.

—¿Y cómo pueden ser dichosos—preguntó severamente Matilde—los que están convertidos en algo distinto a lo que son en realidad? Ahí tiene usted a su padre querido, vuelto casa de campo, y al Presidente del Consejo de Ministros, que era una criatura, y cuando cambió fue para convertirse en Ópera Cómica. La mitad de las doncellas de palacio son olas que van a romperse contra la vajilla; la marina ve cambiados todos sus hombres en perros de aguas, y el ejército en salchichas de Francfort. Su doncella favorita es un próspero lavadero mecánico y yo, pobre de mí, tengo doble inteligencia que antes. ¿No podría ese horrible pájaro dejar otra vez las cosas como estaban?

—No—dijo la Princesa, deshaciéndose en lágrimas ante cuadro tan terrorífico—. Me dijo en cierta ocasión que cuando se reía podía hacer que las cosas cambiasen una o dos veces, pero que después, si vol-



vía a reírse, se le cambiaban en cosas que ni él mismo sospechaba. No habría más que un medio para que todo volviese a su ser primitivo..., ¡pero es imposible! ¡Si pudiéramos lograr que se riese al revés!... En éso estriba todo, según me dijo, pero yo no sé lo que es éso ni cómo se puede conseguir. ¿Y usted, Matilde, lo sabe?

—No—repuso Matilde—, pero se lo diré bajito, porque nos está escuchando: Felisa es quien lo sabe. Muchas veces me amenazó con hacerme reír al revés, pero nunca lo hizo. ¡Ah, Princesa, se me ocurre una idea!

Pusiéronse las dos a cuchichear, tan por lo bajo, que no pudo oirlas el Kakatukán, por mucho que lo intentó. Matilde y la Princesa le dejaron con un palmo de orejas.

Oyóse de pronto un rechinar de ruedas. Cuatro hombres entraron en el jardín llevando en una carretilla un objeto rojo, muy grande. Lo dejaron frente al Kakatukán, que se puso a columpiarse rabiosamente en su alcándara.

—¡Ah!—exclamó—. Si alguien me obligase a reír, lo único que cambiaría había de ser esta horrible casa, lo aseguro. Y se cambiaría en algo más horrible de lo que ahora es; lo siento en todas mis plumas.

Abrió la Princesa la jaula con la llave del Primer Ministro, se deslizó hasta donde estaba el Kakatukán





y le hizo cosquillas, primero en un ala y luego en la otra. Fijó el ave sus fatídicos ojos en la rojiza máquina y soltó una carcajada muy fuerte y muy larga; vio que el hierro y el cristal tomaban ante sus ojos la forma de Felisa. Tenía las mejillas rojas de cólera y sus ojos brillaban como el cristal, de furia que tenían.

—¡Bonita educación!—dijo al Kakatukán—. ¿De qué se ríe usted? ¡Ya le enseñaré yo... ya le haré yo reír al revés, amiguito!

Hizo irrupción en la jaula, y ante la Corte atónita cogió por el pescuezo al Kakatukán y le hizo reírse del revés. Era un espectáculo tremendo, y el sonido de aquella risa contraria, terrible de oír.

Mas, de pronto, las cosas volvieron como por arte de magia al estado que primeramente tenían. El lavadero automático se volvió doncella, la casa de campo se convirtió en Rey, y todos los demás recuperaron su antigua forma; hasta la maravillosa inteligencia de Matilde se apagó como pavesa de candela.

El Kakatukán mismo se desdobló: una mitad de él se volvió Tucán ordinario y vulgar, como el que habréis visto cien veces en el Jardín Zoológico, si os han juzgado dignos de visitar lugar tan distinguido, y la otra mitad se volvió gallo de veleta, de esos que, como sabéis, cambian constantemente y hacen cambiar al viento. De modo que no ha perdido del todo sus facultades; sólo que ahora, como está partido en dos,

no hace falta risa para que emplee el poder que le resta. El pobre Kakatukán partido, como cierto famoso Rey de Inglaterra, no ha vuelto a sonreír desde aquel triste día.

El Rey, agradecido, ordenó que Matilde y su aya fuesen conducidas a su casa con el ejército entero por escolta; los soldados ya no iban disfrazados de salchichas, sino que lucían brillantes uniformes. Pero Matilde estaba como amodorrada; tanto tiempo había sido inteligente, que sentía cansancio, porque la inteligencia fatiga mucho, como sabréis por experiencia. Y también los soldados debían tener sueño, porque uno tras otro desaparecían, y cuando Matilde y el aya llegaron a su casa no quedaba más que uno, y resultó ser el guardia de la esquina.

Al día siguiente Matilde trató de hablar a Felisa de Tierra Verde y del Kakatukán y del Rey-Casa-de-Campo, pero el aya la interrumpió:

—¿Qué tonterías son éstas? ¡Las niñas callan!

Matilde comprendió fácilmente que a Felisa no le gustaba que le recordasen el tiempo en que había sido máquina automática de regañar, y, como era una muchacha muy amable y de buena educación, no volvió a tocar el asunto.

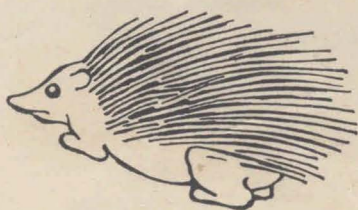
No quiso Matilde contar sus aventuras a los demás, porque todos en su casa creían que había pasado todo aquel tiempo con tía-abuela Pilar, y comprendió que



si decía que no había estado allá la mandarían inmediatamente..., lo cual no era muy halagüeño.

Muchas veces he tratado de que el aya Felisa se equivoque nuevamente de ómnibus, único medio posible de ir a Tierra Verde; pero sólo una vez lo conseguí, y entonces el ómnibus no fue a Tierra Verde, sino al Matadero municipal. Porque ninguna niña se ha de hacer la ilusión de que se puede ir a Tierra Verde más de una vez en la vida. Muchas hay que ni siquiera una vez han tenido la fortuna de ir.





*LA PRINCESA Y EL ERIZO*







**P**UES no sé cómo vamos a arreglárnoslas — dijo la Reina por vigésima vez.

—Hágase lo que se haga, siempre acabará mal— dijo el Rey en tono sombrío—. No me cabe duda.

—Sí—contestó la pobre Reina—, tampoco a mí me cabe la menor duda.

La desgracia llega por muchos caminos y no siempre se puede saber con anticipación de modo seguro por cuál ha de llegar. Pero hay cosas que anuncian siempre la desgracia, tan inevitablemente como la noche sucede al día. Por ejemplo: si dejáis que el agua hierva hasta consumirse, a la cazuela se le abrirá un agujero. Si dejáis abiertos los grifos del baño y cerrada la válvula de desagüe, más pronto o más tarde las escaleras



de vuestra casa serán una imagen de las cataratas del Niágara. Si os dejáis en casa el bolsillo, cuando vayáis a pagar el tranvía os encontraréis sin dinero. Si echáis un fósforo encendido a las cortinas de vuestro cuarto, lo más probable será que vuestro padre tenga que pagar unos duros al cuerpo de bomberos para que venga con sus mangas a apagar el fuego. Y si sois reyes y no invitáis a las hadas malas al bautizo de vuestros hijos, ocurrirá una cosa semejante, y si las convidáis, acudirán, y, en tal caso, también sufrirá perjuicio la Princesa recién nacida. ¿Qué ha de hacer, pues, un pobre monarca? No le queda más que un camino para resolver la dificultad, y es el de no celebrar el bautizo. Pero entonces se ofenderían las hadas buenas y ¿no podrían ocurrir cosas peores?

Todas estas reflexiones se habían hecho y continuaban haciéndose el rey Basilio y su esposa, y ni uno ni otra podían dudar de que se encontraban en situación bastante comprometida. Daban vueltas por centésima vez al asunto en la terraza del Palacio, adornada de granados y adelfas que crecían en verdes macetones y de rosas rojas y blancas, encarnadas y amarillas, que cubrían profusas la balaustrada. En la terraza inferior la nodriza real se paseaba arriba y abajo con la princesita que tanto daba que pensar en la terraza superior. Los ojos de la Reina contemplaban con admiración a la criatura.

—¡Qué mona!—decía—. Oye, Basilio, ¿no has sentido alguna vez deseo de ser pobre?

—Nunca—contestó el Rey en tono decidido.

—Pues yo sí—replicó la Reina—, porque entonces hubiéramos ido al bautizo tú, yo, tu hermana y nadie más, y no tendríamos temor ninguno. Muchas veces lo he pensado.

La paciente expresión del Rey demostró que no creía probable que a ella se le hubiese ocurrido nada útil; pero, a las pocas palabras, cambió de aspecto. Diríais que aguzó los oídos, si es que los Reyes tienen oídos que puedan aguzarse. Porque ella le dijo

—Celebremos el bautizo en secreto

—¿Cómo?—preguntó el Rey.

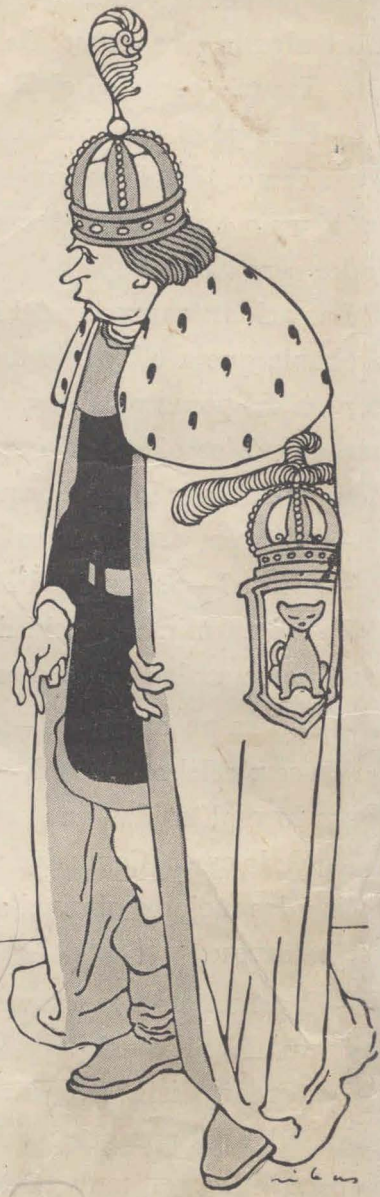
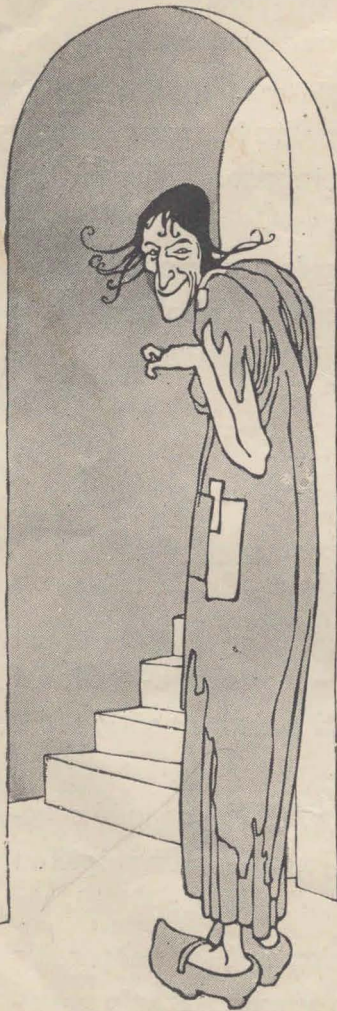
La Reina miraba hacia donde estaba la niña, con eso que se suele llamar ojos distraídos.

—Espera un momento—dijo en voz baja—. Sí; así ha de ser; celebraremos el bautizo en las bodegas: ya sabes lo espléndidas que son.

—¡Ya lo creo! ¡Como que mi abuelo las mandó construir a los mejores obreros de Jerez!—interrumpió su regio esposo.

—Las invitaciones que enviemos han de parecer facturas. El chico del panadero se encargará de repartirlas; es muy listo: ayer hizo reír a la niña cuando yo le hablaba del pan que ha de traer cada día. Pondremos en ellas: «I pan 3. Agradeceremos la puntua-





lidad en el pago». Esto significará que se invita a 1 persona para las 3 de la tarde. Y al respaldo escribiremos con tinta invisible cuándo y dónde. Eso se hace con zumo de limón, ya lo sabes. Y le diremos al chico del panadero que trate de ver a cada persona, como lo hace cuando hay que verlas por propio interés, y le diga por lo bajo: «Secreto absoluto. Zumo de limón. Acérquelo al fuego», y se marche. ¿Verdad que te parece bien?

Quitóse el Rey la pipa de la boca, se aseguró la corona sobre la frente y dijo a la Reina con toda solemnidad:

—Eres una maravilla; éso es lo que debe hacerse. Pero el chico del panadero es muy pequeñito. ¿Podremos fiarnos de él?

—Nueve años tiene—dijo la Reina—, y más de una vez se me ha ocurrido que debe de ser un Príncipe disfrazado. ¡Es tan inteligente!

El plan de la Reina se llevó a cabo. Las bodegas, que eran verdaderamente extraordinarias, fueron adornadas en secreto por el criado de confianza del Rey, la doncella de confianza de la Reina y unos cuantos amigos íntimos, acerca de cuya fidelidad no cabía duda. Las paredes estaban tapizadas de raso y terciopelo blanco y adornadas con guirnaldas de rosas blancas, y las losas del suelo quedaron cubiertas de



césped recién cortado con margaritas blancas, tan rozagantes, que parecía que acababan de nacer en él.

El chico del panadero repartió debidamente las invitaciones. En ellas estaba escrito con tinta azul corriente:

«Panaderías Reales.

I pan 3.

Agradeceremos la puntualidad en el pago.»

Y cuando los invitados acercaban el papel al fuego, como el chico del panadero les recomendaba en voz baja, leían en letras de un color pardo y casi imperceptible:

«El rey Basilio y la reina Elisa os invitan al bautizo de su hija la princesa Basilisa, que ha de celebrarse el miércoles a las 3 de la tarde en las bodegas de Palacio.»

«Nota. Nos vemos obligados a guardar secreto y precauciones a causa de las hadas malas; servíos, pues, venir disfrazados como si fueseis comerciantes que vienesen a cobrar una cuenta, y llamad con energía, como si supieseis que no iban a pagárosla.»

Por esto comprenderéis que el Rey y la Reina no estaban en posición desahogada, como hubiera sido de desear. De modo que el hecho de ver que un comerciante se dirigía a Palacio con tal pretensión, era la cosa menos a propósito para despertar sospecha en los transeuntes. Pero como la mayor parte de los súb-

ditos del Rey tampoco estaban muy bien de fondos, aquello no constituía sino un lazo más entre el Rey y su pueblo, que les hacía simpatizar mutuamente y entenderse de una manera que no está al alcance de los más de los Reyes en las más de las naciones.

Ya podréis imaginaros el jaleo que se armó entre las familias de la gente que había sido invitada al bautizo y el cuidado que pusieron en la elección de trajes.

El Presidente del Tribunal Supremo se disfrazó de zapatero remendón; e Capitán general, de lacero; el Presidente del Consejo de Ministros se vistió de sastre, para lo cual no necesitó cambiar de traje, sino de expresión, y no mucho; y los demás cortesanos no tuvieron dificultad alguna para disfrazarse perfectamente. Tampoco la tuvieron las hadas buenas, a quienes, como es natural, se había invitado en primer término. Benévola, reina de las hadas, se disfrazó de rayo de luna, que puede entrar en Palacio sin que nadie le diga una palabra. Serena, la de categoría inmediata, se vistió de mariposa, y todas las demás hadas se pusieron disfraces igualmente lindos y de buen gusto.

La Reina parecía más amable y hermosa; el Rey, arrogantísimo y varonil, y todos los invitados convinieron en que la Princesa recién nacida era la criatura más bonita que habían visto desde que tenían uso de razón.

Cada cual llevó consigo los más encantadores re-



galos para la niña, ocultos bajo sus disfraces. Las hadas hicieron los habituales dones de belleza, gracia, inteligencia, simpatía, etcétera, etc.

Todo iba saliendo perfectamente; pero ya comprenderéis que las cosas no podían quedar así. El gran Almirante de la Armada no había podido encontrar un traje de cocinero suficientemente grande para cubrir del todo su uniforme, y se le veía la punta de una charretera. Y aconteció que Malévola, la más importante de las hadas malas, lo había atisbado al pasar por la puerta trasera del palacio, cerca de la cual estaba sentada ella, vestida de perro-sin-bozal-que-se-oculta-de-la-policía, dándose el gustazo de imaginarse cuál sería el apuro de la Casa Real cuando tenía que habérselas con tantos acreedores.

A punto estuvo Malévola de salirse fuera de su piel de perro, cuando vio brillar la charretera del Almirante.

—¿Qué es ésto?—dijo con voz ronca como el ladrido de un can—. Vamos a ver lo que pasa—. Y disfrazándose de sapo, se metió dentro de la cañería por la cual se limpiaba el tonel grande de las bodegas de Palacio.

El susodicho tonel había constituido para los decoradores una grave dificultad y un verdadero triunfo. Cuando en vuestra casa tenéis algo que no os gusta, soléis elegir entre taparlo o arreglarlo para que sirva





de adorno. Y como era imposible tapar el enorme tonel, decidieron convertirlo en ornamento, cubriéndolo de musgo verde y plantando en él un árbol, un manzano chiquito y en flor. Todos lo habían admirado mucho.

Malévola, cambiando apresuradamente de disfraz, se convirtió en topo, abrióse camino a través de la tierra que llenaba el tonel, llegó a lo alto y asomó su hocico afilado en el momento mismo en que Benévola decía con su vocecita suave, que Malévola había encontrado siempre tan afectada:

—La Princesa amará y será amada durante toda su vida.

—Así será—confirmó el hada mala, recobrando su propia figura, entre las exclamaciones de la concurrencia.—¡Calláos, cuco ridículo—, añadió dirigiéndose al primer chambelán, cuyos gritos eran verdaderamente desgarradores—u os hago también un regalo para que os acordéis del bautizo!

Todos guardaron instantáneamente un silencio mortal; sólo la reina Elisa, que había tomado en sus brazos a la niña cuando Malévola pronunció sus primeras palabras, dijo con voz débil:

—No, querida Malévola.

Y el Rey añadió—: Esto no es lo que se llama un bautizo, ya lo veis; no hay ceremonia ninguna, sólo unos cuantos amigos de confianza...

—Ya lo veo—exclamó Malévola, riéndose con esa terrible risa suya que quita las ganas de volverse a reír en su vida a todo el que la oye.—Pues yo también he caído por aquí; dejadme echar una mirada a la criatura.

La pobre Reina no se atrevió a negarse a tal deseo. Acercóse vacilante al Hada, con la niña en los brazos.

—¡Hum!—dijo Malévola—. Vuestra preciosa hija, tendrá la belleza, la gracia y todas esas chucherías que aquellas hadas de tres al cuarto han querido darle. Pero será arrojada de su reino. Tendrá que hacer frente a sus enemigos, sin que haya a su lado más que una persona, y no recuperará lo que es suyo hasta que encuentre...—Malévola titubeaba, no podía dar con algo que fuese desagradable de veras—. Hasta que encuentre...—repetía.

—Cien lanzas que la sigan al combate—gritó una voz nueva—. Cien lanzas consagradas a ella y a nadie más.

Un hada muy joven se desprendió del manzano chiquito, en donde había estado oculta entre las florecitas sonrosadas y blancas.

—Muy joven soy, ya lo sé—exclamó en tono de excusa—, y apenas he acabado el último curso de Historia de las Hadas; pero me parece que si un hada se detiene más de medio segundo en una maldición, ésta no puede prosperar y alguien ha de completarla



en su nombre. ¿No es así, Majestad?—terminó dirigiéndose a Benévola. Y la reina de las hadas dijo que sí, que tal era la ley, sólo que era ya tan antigua que a casi todo el mundo se le había olvidado.

—Muy lista pareces—dijo Malévola—, pero en realidad no eres más que una simple; si no puede tener más que una persona a su lado, cuantos la acompañen morirán en la batalla, y ella perderá su reino y yo tendré que asistir a sus funerales. ¡Será una cosa atroz! —añadió frotándose las manos a tan gratos pensamientos.

—Si habéis terminado ya—le dijo el Rey cortésmente—, como no querréis tomar un refresco, ¿me permitís que os despida?—y él mismo le abrió la puerta, por la cual Malévola salió riéndose con su risita falsa. Entonces todos los concurrentes se echaron a llorar.

—No importa—dijo por último el Rey secándose los ojos con la cola de su manto de armiño—; falta todavía mucho tiempo y quizá no suceda nada...

¡Vaya si sucedió!

El Rey hizo cuanto estuvo de su parte para preparar a su hija a afrontar la lucha en que había de verse sola contra sus enemigos. Le enseñó esgrima, equitación, tiro de ballesta y de arco, no menos que de pistola, de rifle y de artillería. Aprendió ella a bucear y a nadar, a correr y a saltar, boxeo y jiu-jitsu,





de modo que fue creciendo y poniéndose tan fuerte y saludable que no había, entre todos los príncipes de su edad, uno capaz de competir con ella en lucha. Pero los contados príncipes que acudían a Palacio no iban a reñir con la Princesa, y en cuanto se enteraban de que no tenía más dote que los donativos de las hadas y que además andaba por medio el de Malévola, todos decían que no habían hecho más que acercarse al pasar por allí y que se iban sin más. Y así ocurría.

Entonces acaeció el terrible suceso. Los mercaderes que se habían pasado años y años llamando a la puerta de Palacio con sus facturas, decidieron que todo aquello fuese a parar a otras manos y acudieron a un Rey de las cercanías, quien entró con sus tropas en el país de Basilio, sublevó al ejército—a los soldados no se les pagaba desde hacía muchos años—, y echó al Rey y a la Reina. Pagó las cuentas de los mercaderes, dejó la mayor parte de las paredes de Palacio empapeladas con los recibos y se encargó del gobierno de la casa.

Cuando ésto ocurría, la Princesa no estaba allí; había ido a visitar a una tía suya, emperatriz de Orialkia, tan lejos que para llegar allí había que correr medio mundo; no existía correo regular entre ambos países, de modo que cuando volvió a su casa, viajando con una caravana de cincuenta y cuatro camellos, que no andaban muy de prisa, al llegar a su reino esperaba

encontrar colgaduras, banderas, repique de campanas y calles cubiertas de rosas para recibirla.

Nada de eso encontró; las calles estaban desanimadísimas, las tiendas cerradas, porque era día festivo, y ni una sola persona conocida pudo ver en toda la ciudad.

Dejó fuera de puertas los cincuenta y cuatro camellos cargados con los regalos que su tía le había hecho, y se fue sola a Palacio, montada en su camello favorito, sospechando que quizá su padre no habría recibido la carta que ella le había expedido por medio de una paloma mensajera el día anterior.

Pero cuando llegó al Palacio y se apeó del camello y entró, vio en el trono de su padre a un Rey extranjero y a una Reina extranjera a su lado, en el puesto de su madre.

—¿Dónde está mi padre?—preguntó la Princesa, fría como el hielo, deteniéndose ante las gradas del trono—. Y ¿qué hacéis vosotros aquí?

—Eso es lo que yo pregunto—dijo el Rey—¿quién sois vos?

—Soy la princesa Basilisa.

—¡Ah!, ya me han hablado de vos—dijo el Rey—; os hemos esperado durante mucho tiempo. Vuestro padre ha sido desahuciado, como veis, y no puedo daros sus señas.

En aquel momento alguien cuchicheó al oído de la





Reina que cincuenta y cuatro camellos cargados de sedas, terciopelos, monos, cotorras, y los más ricos tesoros de Oricalkia, se hallaban a las puertas de la ciudad. Juntó las manos con asombro y habló en voz baja al Rey, el cual hizo un signo afirmativo con la cabeza y exclamó:

—Voy a hacer una nueva ley.

Todos se echaron de cara al suelo. En aquel país la ley era muy respetada.

—A nadie que se llame Basilisa se le permite tener propiedades en este reino—proclamó el rey—. Echad de aquí a esta extranjera.

Así echaron a la Princesa del Palacio de sus padres, del que salió llorando a los jardines en que tan dichosa había sido cuando niña.

Y sucedió que el chico del panadero, que a la sazón era ya muchacho de la panadería, vino con el pan de la casa y vió que alguien lloraba entre las adelfas—. Consoláos—dijo a la que lloraba; y se encontró con que era la Princesa, a quien al punto reconoció.

—Alegráos—dijo—; las cosas no son tan malas como parecen.

—¡Ah, panaderito!—dijo ella, reconociéndole también—, ¿cómo he de alegrarme? Ya ves que me echan de mi reino. No me han querido dar las señas de mi padre, y he de hacer frente a mis enemigos sin tener junto a mí más que un solo ser humano.



—Eso no ha de ser verdad de ningún modo—afirmó el chico del panadero que se llamaba Erináceo—. Aquí me tenéis. Si queréis tomarme por escudero, os seguiré a donde quiera que vayáis y os ayudaré a pelear con vuestros enemigos.

—No te dejarán—contestó la Princesa tristemente—; pero, de todas maneras, te lo agradezco mucho.

Y secándose los ojos, se puso en pie.

—Me voy—dijo—, aunque no sé a dónde ir.

Y sucedió que en cuanto la Princesa hubo salido del Palacio la Reina dijo—: Mejor hubiera sido mandarle cortar la cabeza por traición—. Y el Rey replicó—: Voy a decir a los arqueros que disparen contra ella cuando salga del territorio—. Por esta razón, cuando se puso en pie en el bosquecillo de adelfas, alguien gritó en la terraza—: ¡Allí está!—, e instantáneamente una lluvia de flechas voló por encima del jardín. Al oír el grito Erináceo se puso delante de ella, y la cogió en brazos, volviendo la espalda a los arqueros del Rey, que eran mil, todos ellos excelentes tiradores. El pobre panadero sintió que mil flechas se clavaban en su espalda.

—¡Ay, que han muerto a mi último amigo!—gritó la Princesa. Pero como era una Princesa muy forzada le llevó detrás de unos arbustos que le ocultaban a la vista de los de Palacio y le condujo después al bosque,

donde se puso a llamar a gritos a Benévola, reina de las hadas; y Benévola se presentó:

—¡Han matado a mi único amigo!—dijo la Princesa—; al último!... ¿No podré arrancar las flechas?

—Si lo haces—contestó el hada—morirá ciertamente desangrado.

—Y si las dejas, morirá lo mismo—objetó la Princesa.

—No es necesario—dijo el hada—. Voy a cortarlas un poco—. Hízolo así con su navajita encantada—. Ahora—añadió—voy a hacer lo que esté en mi mano, pero temo que a ninguno de los dos os satisfaga. Erináceo—prosiguió dirigiéndose al chico del panadero, desvanecido entre las astas de las flechas, amontonadas aún a su lado—: te ordeno que en cuanto yo me desvanezca tomes la figura de un erizo. El erizo—dijo a la Princesa por vía de explicación—es el único ser que puede vivir cómodamente con mil pinchos clavados en la espalda. Ya sé que también hay puercoespines, pero los puercoespines son gente viciosa y grosera. ¡Adiós!

Y así diciendo se desvaneció. También se desvaneció Erináceo, y la Princesa se encontró sola en el bosquecillo de adelfas, sobre cuyo oscuro suelo se agitaba un pequeño erizo terroso y todo lleno de púas.

—¡Ay, desgraciada!—exclamó la Princesa—. Otra vez estoy sola en el mundo; el chico del panadero ha



dado su vida por la mía, que no vale la pena de ser vivida.

—No hay nada en el mundo que valga tanto la pena—interrumpió una vocecilla débil que sonaba a sus pies.

—Pero ¿puedes hablar?—dijo ella casi alegrándose.

—¿Por qué no?—contestó el erizo en tono resuelto—. La forma del erizo es lo único que de él he tomado. Por dentro, Erináceo soy, como antes lo era; cogedme y ponedme en una punta de vuestro manto para que no os pinchéis las manecitas.

—Oye, tú, no me eches piropos—dijo la Princesa—; ni a un erizo le están permitidas ciertas libertades.

—Lo siento, Princesa—contestó el erizo—, pero no lo puedo evitar. Sólo dicen mentira los seres humanos; las demás criaturas dicen verdad. Ahora que yo tengo lengua de erizo, no puedo decir más que la verdad. Y la verdad es que os amo más que al mundo entero.

—Bueno—dijo la Princesa pensativa—, puesto que eres un erizo, voy a suponer que puedes quererme y yo también te querré como a un perrito o como a un pececito de oro. ¡Pobre ericito mío!

—No—dijo el erizo—, acordáos de que soy el chico del panadero; muchacho por mi entendimiento y por mi alma, mi cualidad de erizo es sólo de piel para afuera. Cogedme, princesita querida, y vámonos a buscar fortuna.





—Creo que a quien debiéramos buscar es a mis padres—propuso la Princesa—. Sin embargo...

Cogió el erizo, lo envolvió en una punta de su manto y se pusieron en marcha a través del bosque.

Aquella noche durmieron en la cabaña de un leñador. El leñador era muy bondadoso e hizo una preciosa cajita de haya para llevar el erizo. Aseguró a la Princesa que los más de los súbditos de su padre eran leales todavía, pero que nadie se atrevería a pelear por él, porque tendrían entonces que pelear por la Princesa, y aunque mucho deseaban hacerlo, la maldición de Malévola les aseguraba que sería inútil.

Metió la princesa al erizo en su cajita y se puso otra vez en marcha, preguntando en todas partes por su padre y su madre, y después de muchas aventuras, que no tengo tiempo de contar, los encontró al cabo, viviendo muy humildemente en una descarriada quinta. Alegráronse mucho de verla, pero al enterarse de que se proponía recuperar el reino, le dijo el Rey:

—Lo que es yo, hija mía, no he de molestarte; te aseguro que no he de molestarte. Somos aquí completamente felices. A mí me queda la pensión que corresponde a los monarcas destronados, y tu madre se ha hecho una verdadera mujer de su casa.

Ruborizóse de gusto la Reina, y dijo—: Gracias, marido; pero si consigue Basilisa echar a ese malhadado usurpador, segura estoy de que seré una reina

mucho mejor que antes lo he sido. He asistido a las clases nocturnas de una Escuela del hogar y domino ya perfectamente la Economía doméstica.

Besó la Princesa a sus padres y salió al jardín para pensar en todo aquello. Pero el jardín era muy chico, y estaba lleno de ropa tendida. En vista de ello, salió al camino, pero el camino estaba lleno de polvo que levantaban los transeuntes. Preferible, era, pues, la ropa tendida, por lo cual volvió al jardín y se sentó sobre la hierba en una avenida blanca de manteles y servilletas. Entonces sacó al erizo de la cajita. Estaba hecho una bola, pero ella le tocó en el trocito de frente lisa que siempre encontraréis si observáis con cuidado a un erizo que esté hecho una bola, y el erizo se estiró y dijo:

—Debo de haberme quedado dormido, Princesa. ¿Me necesitáis?

—Eres la única persona que lo sabe todo acerca de todas las cosas—contestó ella—. Nada he dicho a mi padre y a mi madre de lo de las flechas. ¿Te parece que he hecho bien?

Erináceo se sintió halagado al ver que pedían su opinión, mas por desgracia no tenía opinión ninguna quedar.

—Eso es cosa vuestra, Princesa—contestó—; yo no he prometido más que hacer todo lo que pueda hacer un erizo. No es gran cosa. Desde luego puedo morir por vos, pero me parece que sería inútil.



—En absoluto—afirmó ella.

—Me gustaría ser invisible—dijo él quedándose pensativo.

—¡Ay!, ¿dónde estás?—exclamó Basilisa, viendo que el erizo se había disipado.

—Aquí—contestó una vocecita aguda—. No podéis verme, pero yo puedo ver todo lo que quiera, y ahora ya me doy cuenta de lo que se ha de hacer. Voy a meterme en la caja, mientras vos os disfrazáis de vieja ama de llaves francesa, con excelentes informes, y contestáis al anuncio que ese maldito Rey hizo insertar ayer en el «Diario del Usurpador».

La Reina ayudó a la Princesa a disfrazarse, cosa que nunca hiciera si hubiese llegado a saber lo de las flechas; y el Rey dio a su hija algún dinero procedente de su pensión, para que tomase billete y volviese con presteza en el tren a su propio reino.

El Rey usurpador admitió en seguida al ama de llaves francesa para que enseñase a su cocinero a leer libros franceses de cocina, ya que las mejores recetas están en francés. Claro que no se le pasaba por las mientes que pudiera ser la Princesa, oculta bajo un disfraz de ama de llaves. Las lecciones de francés tenían lugar por la mañana de 6 a 8 y por la tarde de 2 a 4; el ama de llaves podía disponer a su antojo del tiempo restante. Lo empleaba paseando por los jardines de Palacio, y hablando con su invisible erizo.





Trataban de todas las cosas del mundo y sus alrededores, y el erizo era el mejor compañero imaginable.

—¿Cómo te hiciste invisible?—preguntó ella un día; y él contestó:

—Me figuro que debió de ser por obra de Benévola; yo sólo sé que cada cual logra sus deseos si sabe desear con fuerza bastante.

Pasados cincuenta y cinco días, exclamó el erizo:

—Ahora, querida Princesa, voy a empezar a trabajar para que recobréis vuestro reino.

Al día siguiente el Rey bajó a almorzar todo enfurecido y con la cara cubierta de vendas.

—Este palacio está embrujado—dijo—; durante la noche, una espantosa pelota llena de púas ha botado sobre mi rostro. Encendí un fósforo y no vi nada.

—¡Qué tontería!—contestó la Reina—. Habrá sido en sueños.

Pero a la mañana siguiente ella fue la que bajó con toda la cara vendada. Y a la otra noche, otra vez se puso a botar sobre la cara del Rey la pelota llena de púas. Y luego otra vez sobre la Reina. Después botó sobre los dos, hasta tal punto que no pudieron pegar los ojos y tuvieron que permanecer despiertos sin pensar en otra cosa que en su desgracia. Y a cada cinco minutos cuchicheaba una vocecita:

—¿Quién usurpó el reino? ¿Quién mató a la Prin-

cesa?—hasta que el Rey y la Reina empezaron a lamentarse lastimosamente.

Por último la Reina dijo—: Lo cierto es, que no debíamos haber matado a la Princesa—: Y el Rey añadió—: Eso mismo pensaba yo.

Al otro día dijo el Rey—: No sé en qué estábamos pensando cuando nos quedamos en este reino. ¡Si teníamos un reino de primera clase que era nuestro sólo!

—Eso mismo pensaba yo—dijo la Reina.

Por entonces sus manos y sus brazos, sus cuellos, cara y oídos estaban todos lacerados, y los pobres reyes no podían tenerse de sueño.

—Vamos a ver—dijo el Rey—si arreglamos ésto. Escribamos a Basilio y digámosle que puede volver a encargarse de su reino cuando quiera. Yo ya estoy de él hasta la coronilla.

—Hagámoslo—dijo la Reina—; pero no podremos hacer que la Princesa reviva. ¡Ojalá pudiésemos!—Y se echó a llorar de tal modo que las lágrimas caían, a través de las vendas, encima del huevo pasado por agua que tenía delante, porque era la hora del almuerzo.

—¿Lo decís sinceramente?—interrumpió una vocecilla aguda, aunque a nadie se veía en la habitación.

El Rey y la Reina se abrazaron llenos de terror, derribando la huevera sobre el pan tostado.

—¿Lo decís sinceramente?—repitió la vocecilla—. ¡Contestad sí o no!



—Si—contestó la Reina—; no sé quién eres, pero ¡sí, sí, sí! No sé cómo hemos podido ser tan malvados.

—Ni yo tampoco—dijo el Rey.

—Pues mandad venir al ama de l'aves francesa—prosiguió la voz.

—Llama a la campanilla, hijo mío—dijo la Reina—. Segura estoy de que cuanto dice es cierto. Debe de ser la voz de la conciencia. Muchas veces he oído hablar de ella, pero nunca la había oído hablar a ella misma.

El Rey tiró del cordón de la campanilla, todo lleno de riquísimas piedras preciosas, y diez magníficos lacayos vestidos de verde y oro aparecieron inmediatamente.

—Haced el favor de decir a Mademoiselle que suba—dijo la Reina.

Los diez magníficos lacayos vestidos de verde y de oro encontraron al ama de llaves junto al pilón de mármol, dando de comer a los peces, e inclinando sus diez espaldas verdes, le dieron el mensaje de la Reina. El ama de llaves, que, en opinión de todo el mundo, era siempre amabilísima, acudió sin perder momento al cuartito de raso escarlata en que el Rey y la Reina solían sentarse para almorzar; casi era imposible reconocerlos: tantas eran las vendas que llevaban.

—¿Qué ordenan Sus Majestades?—preguntó la supuesta francesa haciendo una reverencia.

—La voz de la conciencia—dijo la Reina—nos ha dicho que os mandemos a buscar. ¿Hay en los libros franceses alguna receta para resucitar princesas? Si la hay haga el favor de traducírnosla.

—Una conozco—dijo la Princesa algo pensativa—, y es muy sencilla. Tómese un Rey, una Reina y la voz de la conciencia; pónganse en un cuarto escarlata para almorzar huevos, café y pan tostado; añádase un ama de llaves francesa de tamaño natural. El Rey y la Reina deben estar enteramente llenos de pinchazos y cubiertos de vendas, con lo cual la voz de la conciencia se dejará oír claramente.

—¿Nada más?—preguntó la Reina.

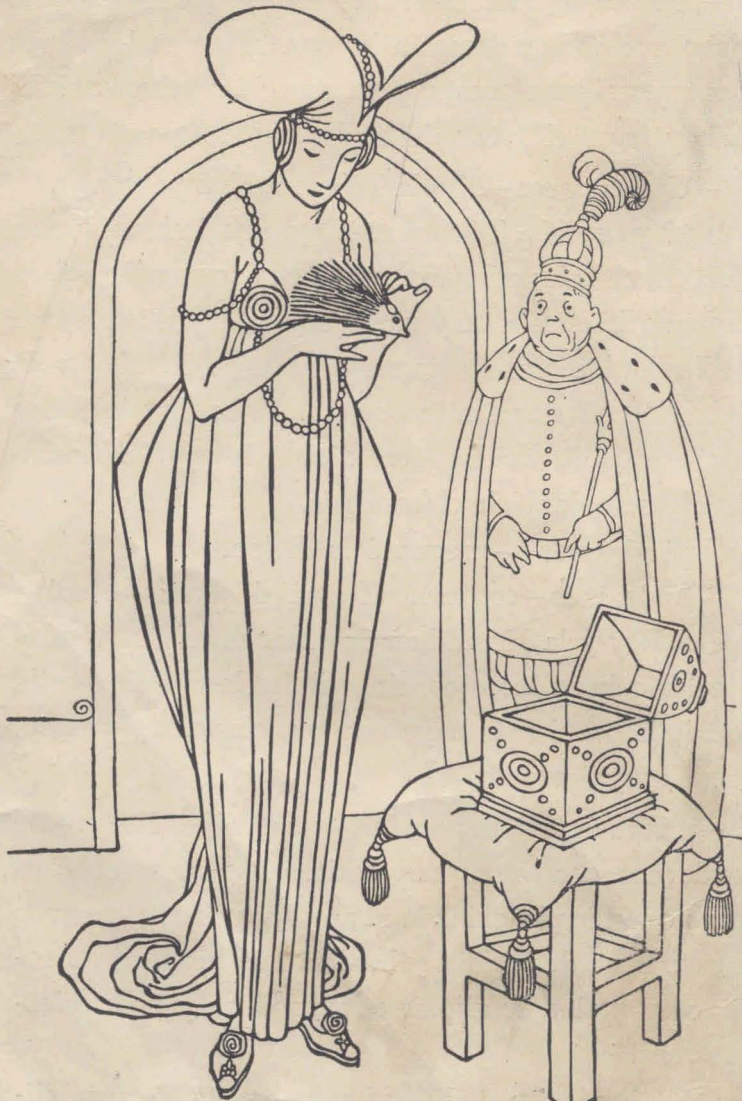
—Nada más—contestó el ama de llaves—, salvo que el Rey y la Reina han de tener otras dos vendas que les cubran los ojos, sin quitárselas hasta que la voz de la conciencia haya contado cincuenta y cinco, yendo muy despacio.

—¡Si tuvierais la bondad—suplicó la Reina—de vendarnos con estas servilletitas... ¡Únicamente os ruego que tengáis cuidado al atarlas, por que tenemos la cara llena de heridas y la cifra real bordada de encargo en perlas de aljófar es muy dura y podría lastimarnos.

—Lo haré con todo cuidado—contestó amabilísima el ama de llaves.

En cuanto el Rey y la Reina tuvieron los ojos ven-





ed 6 an

dados, la «Voz de la conciencia» empezó a contar: uno, dos, tres..., y Basilisa se quitó el disfraz, porque bajo el severo traje de alpaca con pintas azules y moradas de ama de llaves francesa llevaba el sencillísimo traje tejido con hilo de plata de cuando era Princesa. Metió la alpaca en la chimenea, la peluca gris en la tetera, y escondió los mitones en la cafetera y las botas de elásticos en el depósito de carbón, terminando en el momento mismo en que la «Voz de la conciencia» decía:

—Cincuenta y tres, cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco...—y se paraba.

El Rey y la Reina se quitaron las vendas, y allí, tan buena y tan sana, con los claros ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y sonriente la boca, vieron a la Princesa, a quien creían haber dado muerte con las mil flechas de sus mil arqueros.

Antes de que tuviesen tiempo de decir una palabra, la Princesa exclamó:

—Buenos días, Majestades. Siento que hayáis tenido malos sueños. Yo también los tuve. Tratemos de olvidarlos. Espero que os quedaréis algún tiempo en mi Palacio. Bienvenidos seáis en él. Lástima que tengáis tantas heridas.

—Las merecemos—dijo la Reina—, y tenemos que deciros que hemos oído la voz de la conciencia, y os rogamos que nos perdonéis.



—Ni una palabra más—dijo la Princesa—; permítidme que tome un poco de te, recién hecho. Y unos huevos también: éstos están fríos y la huevera se ha volcado. Tendremos que mandar hacer otro almuerzo. Siento mucho que tengáis la cara tan estropeada.

—Si los besáis—dijo la voz que el Rey y la Reina llamaban de la conciencia—, sus caras dejarán de estar estropeadas.

—¿Permitís?—preguntó Basilisa, y besó al Rey en la oreja y a la Reina en la nariz, únicas partes que sobresalían entre tanta venda. E instantáneamente los dos se sintieron curados.

El almuerzo fue delicioso; después el Rey mandó que la Corte se reuniera en el salón del trono, y, una vez allí, anunció que habiendo venido la Princesa a reclamar su reino, ellos se volvían al suyo el jueves, en el tren de las 3 y 17.

Todos empezaron a dar vivas como si estuviesen locos y la ciudad entera se engalanó e iluminó aquella noche; todas las casas tenían colgaduras, las campanas todas repicaban, tal como la Princesa se había imaginado que iba a ocurrir cuando volviera de su viaje con los cincuenta y cinco camellos. Se le devolvieron también todos los tesoros que había traído y hasta los mismos camellos.

El Rey usurpador y la Reina, despedidos en la estación por la Princesa, se separaron de ella con ver-

dadero sentimiento; ya veis que no eran del todo malos de corazón, pero no habían tenido ocasión aún de advertirlo y la voz de la conciencia fue quien les hizo reparar en ello.

Entregaron a la Princesa todas las facturas provistas de recibí que empapelaban la mayor parte de las paredes de Palacio, en pago de su estancia en él. Cuando se fueron, la Princesa expidió este telegrama:

«Sr. D. Basilio Rey,

En el destierro.

Servíos venir en seguida. Palacio vacante,  
inquilinos dejáronlo.

Basilisa.»

Llegaron inmediatamente. A su llegada la Princesa les contó toda la historia y ellos la besaron, colmándola de elogios y llamándola libertadora suya y salvadora de su país.

—Yo no he hecho nada—dijo ella—; ha sido Eri-náceo quien lo ha hecho todo y...

—Pero las hadas dijeron—interrumpió el Rey, que nunca encontraba ocasión de mostrarse inteligente—que no recuperarías el reino mientras no tuvieses cien lanzas consagradas a tí y sólo a tí.

—Cien lanzas tengo en mi espalda—dijo entonces una aguda vocecilla—, y todas ellas están consagradas a la Princesa y a nadie más.

—¡Silencio!—exclamó el Rey irritado—. Esa voz que sale de la nada me pone nervioso.



—Tampoco yo me puedo acostumbrar a ella—dijo la Reina—. Mandaremos construir una jaula de oro para el animalito, pero si supieráis cuánto desearía yo que fuese visible...

—Yo también—dijo la Princesa con toda seriedad.

E instantáneamente así fue. Supongo que la Princesa lo desearía con mucha fuerza, porque allí estaba el erizo con su largo cuerpo espinoso, su carita puntiaguda, sus ojillos muy grandes, sus orejitas redondas y su fina naricita arremangada.

Miró a la Princesa, pero nada dijo.

—Dí algo ahora—exclamó la reina Elisa—. Me gustaría ver hablar a un erizo.

—Lo cierto es que si hablo tengo que decir la verdad—insinuó Erináceo. La Princesa ha reunido todos sus deseos para hacerme visible. ¡Ojalá los hubiese empleado en algo más agradable para ella misma!

—¿Eran aquéllos todos mis deseos?—exclamó la Princesa—. No lo sabía, erizo de mi alma, no lo sabía. Si lo hubiera sabido habría deseado que recuperaseis vuestra propia forma.

—Si lo hubierais hecho—replicó el erizo—, hubiera sido la forma de un hombre muerto. Recordad que tengo mil flechas clavadas en la espalda y que no hay hombre que pueda vivir de tal modo.

La Princesa rompió a llorar.

—Pero no podéis seguir siendo un erizo toda la vida





—exclamó—. Eso no está bien; yo no lo puedo sufrir. ¡Oh, mamá! ¡Oh, papá! ¡Oh, Benévola!

Y allí veríais a Benévola como una figurilla resplandeciente, con alas de mariposa azul y una corona de rayos de luna.

—¿Qué pasa?—preguntó—. ¿Qué pasa?

—Mirad—exclamó la Princesa sin dejar de llorar—, he expresado todos los deseos de mi vida y sigue siendo un erizo! ¿No podéis hacer algo?

—Yo no puedo—dijo el hada—, pero tú sí. Tus besos son besos encantados—. ¿No te acuerdas de cómo curaste al Rey y a la Reina todas las heridas que les causó el erizo botando y rebotando sobre sus caras durante varias noches?

—Pero no puede besar a un erizo—interrumpió la Reina—; sería muy inconveniente y además podría lastimarse.

El erizo alargó su carita puntiaguda y la Princesa lo cogió con sus manos: había aprendido desde mucho tiempo atrás a hacerlo sin lastimarse ni lastimarle. Y mirando sus ojillos brillantes.

—Quisiera besarte en cada una de tus mil flechas—dijo—para que lograras lo que deseas.

—Bésame una sola vez—dijo él—sobre la piel suave; éso es todo lo que deseo, y con ello me basta para vivir y morir.

Le atusó ella la piel de la cabeza y le besó en la

frente, donde la piel es suave, precisamente en el lugar donde comienzan las púas.

E instantáneamente se encontró con las manos puestas en los hombros de un mancebo y con los labios en la frente de él, precisamente en el lugar donde el cabello empieza. Y a sus pies estaba esparcido un montón de astas de flecha.

Hízose ella atrás y le miró.

—Erináceo—dijo—, sois muy diferente del chico del panadero, al parecer.

—Mientras fui erizo invisible—contestó él—, lo supe todo; ahora he perdido toda aquella sabiduría y sólo sé dos cosas. Una que soy hijo de un Rey. Me robó siendo niño un panadero sin principios y soy en realidad el hijo del Rey usurpador, sobre cuya cara me puse a botar durante la noche; es lastimoso botar sobre la cara del padre de uno cuando se tiene el cuerpo lleno de púas; pero yo lo hice, Princesa, por vos, y lo hice también por mi padre. Y ahora voy a su lado a contárselo todo y a pedirle que me perdone.

—¿Os vais?—preguntó la Princesa—. ¡Ah, no os vayáis! ¿Qué haré yo sin mi erizo?

Erináceo permanecía ante ella con toda la gallardía de un Príncipe.

—¿Qué otra cosa recordáis de vuestra sabiduría de erizo?—preguntó la Reina llena de curiosidad. Y Erináceo contestó, no a ella sino a la Princesa:



## Cuentos de Calleja

—La otra cosa, Princesa, es que os amo.

—¿Y no hay una tercera, Erináceo?—dijo la Princesa bajando los ojos.

—Sí la hay, pero ésa vos la habéis de decir y no yo.

—¡Oh!—dijo la Princesa, un poco desconcertada—. Entonces sabéis que yo también os amo...

—Los erizos son animales muy sabios—dijo Erináceo—, pero yo no lo supe hasta que vos me lo dijisteis.

—¿Qué yo os lo dije?

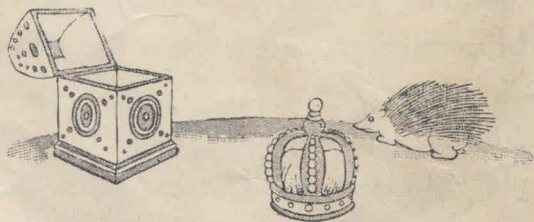
—Cuando besasteis mi carita puntiaguda, Princesa—dijo Erináceo—, entonces lo supe.

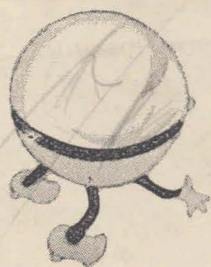
—Pues a casarse tocan—dijo el Rey.

—Eso es—confirmó Benévola—, pero yo no invitaría a nadie a la boda.

—Excepto a vos, buena hada—dijo la Reina.

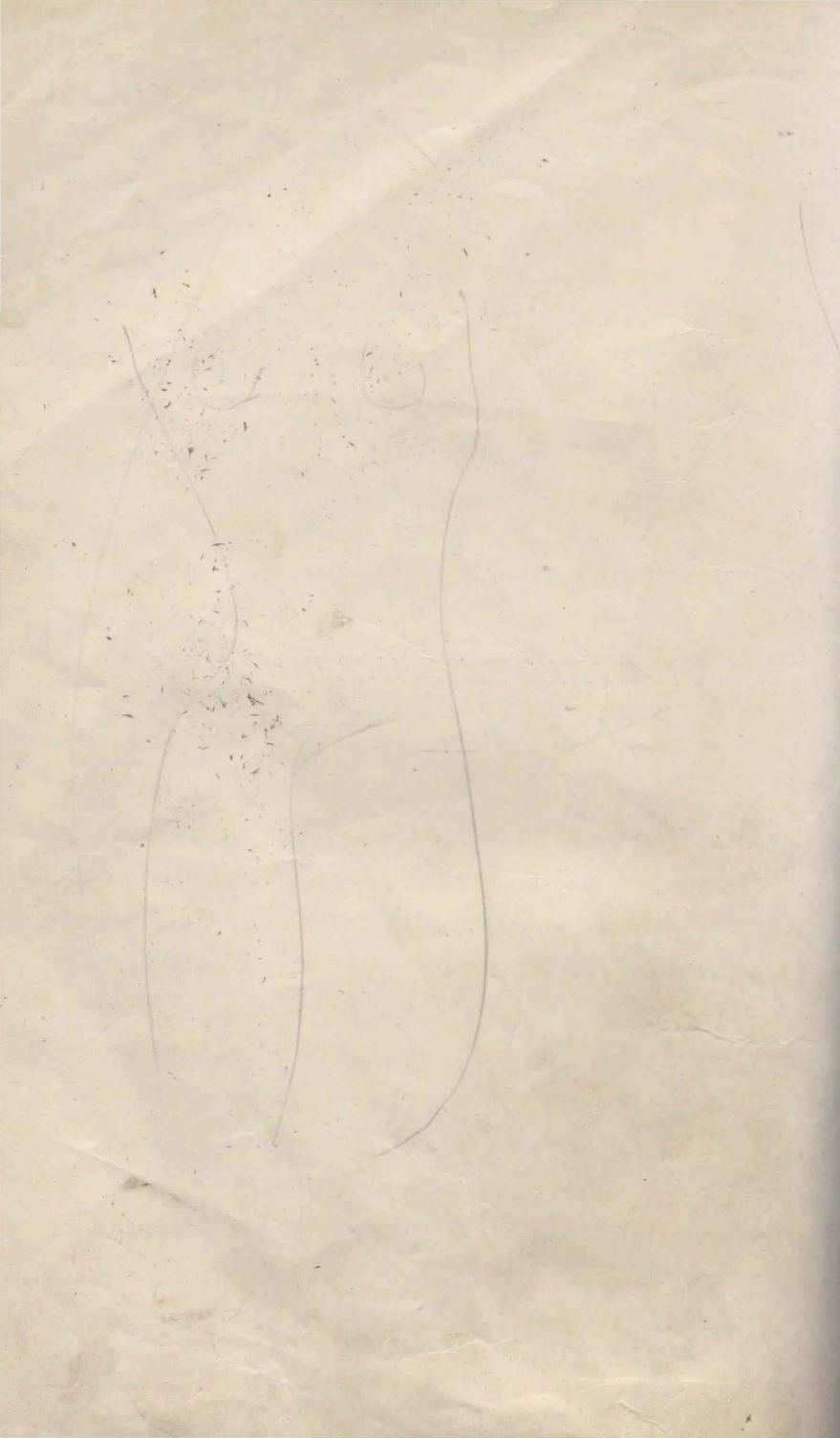
—Bueno; así como así, pasaba cerca de la casa... No hay tiempo como el presente—exclamó Benévola en tono jovial—. ¿Por qué no mandáis que se pongan ahora mismo a tocar las campanas para la boda?





*LA PELOTA SALTARINA*







CUANDO tenéis costumbre de pasar el verano a la orilla del mar desde pequeños, es muy duro tener que quedarse en la capital sólo porque a unos tíos vuestros se les ocurra no moverse de casa, y limitarse a ver la Exposición de pinturas y asistir a las subastas del Hotel de ventas.

Bien lo echaban de ver Angelito y Tomasita. Sus tíos no eran de esos tíos simpáticos que hay. Hubiérase tratado de tía Clara, tan hábil para vestir una muñeca y tan graciosa para contar un cuento de hadas, o de tío Reinaldo, que le lleva a uno de paseo y le da dos pesetas de una vez, sin preguntar nunca en



qué se han empleado, y las cosas cambiarían. Pero se trataba de tío Tomás y de tía Ángeles.

Tía Ángeles era toda ceremonia; se sentaba siempre muy tiesa y se empeñaba en que uno se acordase de lo que le habían dicho; a Ángel le habían puesto tal nombre porque era el de ella... aproximadamente. Y por tío Tomás se llamaba así Tomasita; era sordo, a todo le sacaba su moraleja correspondiente, y las criadas decían de él que era muy roñoso.

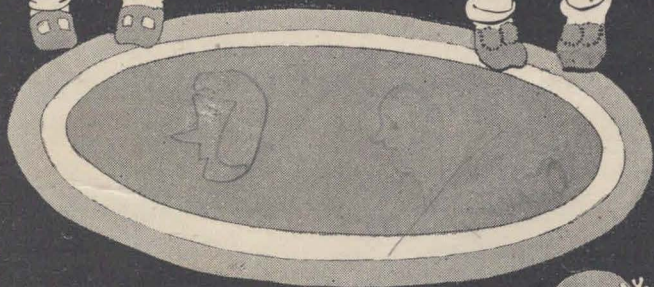
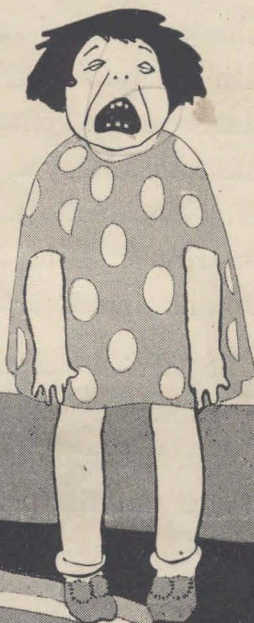
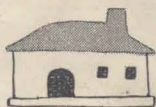
—Sí que lo es, por desgracia—afirmaba Tomasita.

—Señorita, quiero decir—explicaba la doncella—que es de los que a la mano cerrada la llaman puño.

—Sólo una vez en su vida me dio una peseta—dijo, gruñendo, Angelito—, y cuando fui a tomar un refresco de zarzaparrilla la dí a cambiar y resultó falsa.

No podían los chicos hacerse cargo del motivo de que sus tíos se metieran en todo lo que estaban haciendo; y en su interior habían tomado la resolución formal de que cuando fuesen mayores no habría tío ni tía que entrase en su casa. No se les ocurría pensar, a las pobres criaturas, que un día había de llegar en que ellos a su vez fuesen tíos y tías, o por lo menos, una de las dos cosas.

Aquel año hacía mucho calor en la capital; el pavimento parecía una empanada caliente, y el asfalto un bizcocho abrasador; soplaban además un vientecillo curioso, coleccionista de polvo, de pajas y de pape-



riban.



lotes, que luego se cansaba de hacer colección y lo repartía todo por los patios y los jardines de las casas. En el cuarto de plancha, donde solían jugar los niños, no se había vuelto a poner el transparente desde un día en que ellos lo quitaron para que les sirviese de telón en una comedia que pensaban escribir y que por último no escribieron. El sol de la tarde entraba ardiente por las ventanas, y los chicos estaban cada vez más sofocados, y se iban irritando gradualmente, hasta que Angelín dio a Tomasita un cachete que le hizo llorar, y Tomasita pegó a su agresor una patada en la espinilla que le hizo poner el grito en el cielo.

Sentáronse después en rincones opuestos del cuarto de plancha, y estuvieron lloriqueando y poniéndose motes, diciendo que ojalá no hubiesen nacido, lo cual es una tontería; pero ya recordaréis que hacía mucho calor. .

Cuando se cansaron de ponerse motes, fue Tomasita la que de pronto gritó—: Bueno, Angelín, vamos a estar contentos.

—¿Contentos con el calor que hace?—dijo Ángel en tono sombrío.

—Hemos sido malos—replicó Tomasita, restregándose los ojos con el vestido de su muñeca—, pero el calor tiene la culpa. Tía Ángeles la dice a mamá muchas veces que el calor le pone los nervios como las



cuerdas de un violín. Eso quiere decir que se enfada por cualquier cosa.

—Entonces no es culpa nuestra—afirmó Ángel—. Se suele decir: «Sé bueno y serás dichoso», aunque tío Reinaldo lo dice al revés: «Si eres dichoso, puede que seas bueno». Yo sería buenísimo si estuviese contento.

—Y yo también—añadió Tomasita.

—¿Qué necesitaríais para estar contentos?—dijo una voz fina, entrecortada, que salía del cajón de los juguetes; y al mismo tiempo cayó de él, rodando, la pelota grande de goma, verde y encarnada, que tía Clara les acababa de regalar. Apenas habían jugado con ella, porque el jardín estaba muy caluroso y lleno de sol, y cuando se habló de jugar en la calle, a la sombra, tía Ángeles dijo que los niños bien educados no juegan en la calle; y no les dejaron salir.

Fue rodando la pelota muy despacito, y la luz que brillaba en su recién pintada superficie hubiérase afirmado que les hacía guiños. Os figuraréis que les sorprendería mucho oír hablar a una pelota; nada de éso. Cuanto mayores seáis y más extrañas cosas os ocurran, veréis como la que más os asombra es la que menos os sorprende. (Quisiera saber por qué. Pensad en ésto y escribidme después lo que se os haya ocurrido).

Púsose en pie Angelito y dijo—: ¡Hola!—; pero era demasiada cortesía. La hermana contestó a la pregunta de la pelota:

—Quisiéramos vernos a la orilla del mar, sin tías y sin ninguna cosa que nos moleste; y sin tíos, como es natural—dijo.

—Pues bien—dijo la pelota—; si estáis seguros de que vais a ser buenos, ¿por qué no me hacéis botar?

—Aquí no nos dejan—explicó Tomasita—porque no se rompan los cacharritos que me regalaron el día de mi santo.

—Pues en la calle—indicó la pelota—. A la sombra se está muy bien.

—Los niños bien educados no juegan en la calle—dijo tristemente Ángel.

La pelota se echó a reír. Si no habéis oído nunca reírse a una pelota de goma, no me entenderéis. Es el rumor de esa especie de saltito rápido, rápido, rápido y suave, suave, suave que da la pelota cuando la dejáis, cansados de hacerla botar.

—Pues en el jardín—propuso.

—Vamos al jardín, por mi parte, si quieres—contestó amablemente el niño.

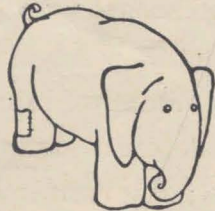
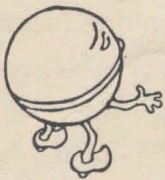
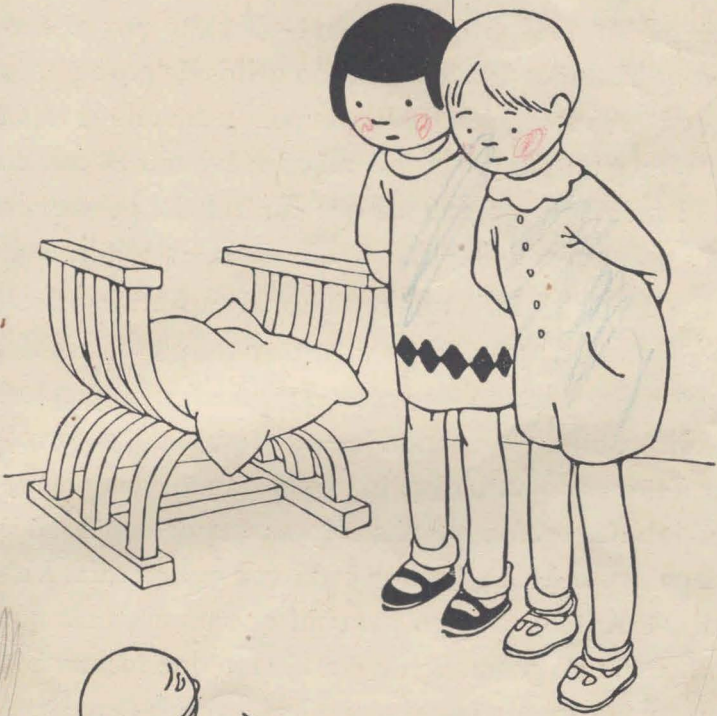
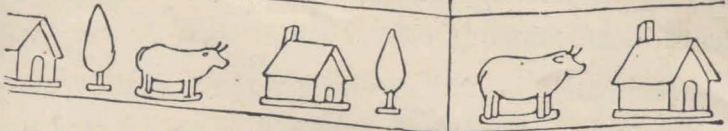
Se fueron con la pelota al jardín y la hicieron botar al sol, sobre el césped seco y amarillo.

—Venid—les dijo la pelota—, haced lo que yo hago.

—¿Qué?—preguntaron los niños.

—Lo que yo hago: saltar. Eso es: ¡más alto, más alto, más alto!

Los niños se habían puesto a dar botes como si sus



~ 6 ~.



pies fuesen pelotas de caucho; no tenéis idea de la deliciosa sensación que experimentaban.

—¡Más alto, más alto!—les gritaba, saltando excitadísima, la pelota verde y encarnada—. ¡Venid detrás de mí, más alto, más alto!—Y saltó por el sendero y los niños tras ella, dando gritos de gozo por lo nuevo de la sensación. Saltaron por encima de la tapia los tres a un tiempo, y los niños volvieron la cabeza en el momento preciso en que tío Tomás, golpeando los cristales con los dedos les decía—: ¡No!...

No sabéis la gloria que se siente al encontrarse lleno de elasticidad; ¡eso de no arrastrar un pie detrás del otro, como cuando os sentís fatigados o aburridos, sino ir saltando, y cuando los pies tocan al suelo, volver a brincar más arriba, todo ello sin molestia ni cansancio!... Sin duda habréis oído hablar de aquel señor griego que cobraba fuerzas cada vez que se caía. Llamábase Anteo, y tengo para mí que no era más que una pelota de goma, verde por el lado que tocaba a la tierra y encarnada por el que miraba al sol. Pero basta ya de erudición clásica.

Tomasita y Ángel botaban en pos de la Pelota Saltarina. Saltaron cercas y tapias, jardines secos y calles ardorosas; pasaron por los lugares en que campos y huertas y casitas de ladrillo claro indican la separación que existe entre la capital y el suburbio. Cruzaron los arrabales, polvorientos y desaseados, con

geranios en todos los jardines y cortinas a medio descorrer; y poco a poco, los faroles se hicieron escasos, la campiña más verde y los setos más altos: era el campo, el campo verdadero, con sendas en lugar de calles, y por las sendas, la pelota saltaba, saltaba, saltaba y los niños detrás. Tomasita, con su vestido almidonado, de cuello tan estrecho, y Angelito con el traje de marinero que a diario llevaba, un poco apretado también por los sobacos. El de los días festivos le estaba ancho. Nadie parecía reparar en ellos, pero ellos reparaban en todos los chiquillos que iban de paseo por los caminos suburbanos, y los compadecían.

—¿A dónde vamos?—preguntaron a la pelota, que les respondió con una relumbrante sonrisa verde y encarnada:

—Al lugar más delicioso del mundo.

—¿Cómo se llama?—preguntó Angelito.

—Se llama Villadondequeráis.—contestó la pelota—. Y los tres siguieron adelante. Fue un viaje maravilloso: arriba y abajo, a través de los sotos o por encima de las cercas, ya junto a la puerta de una alquería, ya tocando en las chimeneas, arriba y abajo, salta que te salta...

Por último llegaron al mar, y la Pelota Saltarina les dijo:

—¡Ya estáis aquí! Sed buenos, porque no hallaréis

más cosas que las que hacen la felicidad de los que las tienen.

Con ésto, se echó como una pelota cualquiera a la sombra de una roca húmeda de algas marinas, y se durmió, cansada de tan largo viaje. Pararon de saltar los niños y miraron alrededor.

—¡Ay, Tomasita!—exclamó el niño.

—¡Ay, Angelito!—exclamó Tomasita.

Justo era su asombro, porque el lugar a donde la pelota les había guiado era tan hermoso como pudiera soñarlo la fantasía, y mucho más aún.

Todos los niños suelen sentir lo que sentís vosotros cuando habéis hecho un viaje muy largo y muy caluroso en un tren polvoriento; les molestan los baúles y el portamantas que se quedaron en el cruce; o si, cuando llegan a la fonda, les dicen que pueden ir a echar un vistazo a la playa con tal que estén de vuelta a la hora de tomar el te, mientras mamá y la señorita de compañía se ponen a abrir las maletas.

Pero Tomasita y su hermano no habían hecho uno de esos viajes pesados, ni llegaban a una fonda estrecha y desagradable, ni les esperaba el te con manteca aceitosa y un tarro de mermelada sin abrir.

—¡Mira cuántas arenitas de plata!—dijo ella—. ¡Y se pierden de vista!

—¡Y rocas!—dijo él.

—¡Y acantilados!





—¡Y grutas en los acantilados!

—¡Y qué fresco hace!—observó Tomasita.

—¡Pero ésto es tan agradable y tan abrigado!...—  
completó Angelín.

—¡Cuántas conchas!

—¡Y ovas!

—¡Y allí detrás las dunas!

—¡Y a lo lejos árboles!

—¡Y aquí un perro para coger los maderitos que le  
tiren al mar! ¡Ven acá, «Turco»!

Un perrazo negro les atendió por tal nombre; quizá  
porque era negro o porque todos se llaman «Turco»,

—¡Hay también palas!—continuó la niña.

—¡Y cubos!—exclamó el muchacho.

—¡Y qué lindas estrellas de mar!

—¡Y una cestita... con merienda!

Sentáronse y empezaron a merendar. Era un piscoblabis riquísimo. Langosta y helados de fresa y de piña, almendradas y tostaditas de pan con manteca, y zarzaparrilla para quitarse la sed. Mientras comían, pensaban en su tía y en su tío, en su casa, en la ternera enflaquecida y en el pastel de serrín, y se sentían felices.

En el momento de acabar, vieron a cierta distancia que el mar verde se conmovía en un remolino de latigazos y salpicaduras, y, quitándose los vestidos, se metieron en el agua a ver lo que pasaba. Era una foca,

muy amable y bien educada, que les enseñó a nadar y a bucear.

—Pero ¿no nos sentará mal el baño después de la comida? ¿No es perjudicial?—preguntó Tomasita.

—Nada de éso—contestó la foca—. Aquí no hay nada perjudicial, mientras seáis buenos. Venid que os enseñe a jugar al paso marino, admirable juego, frío y tonificante. Probemos.

Por último, la foca les dijo—: Me figuro que traeréis vestidos humanos, y no son a propósito. Mis dos hijos mayores tienen unos que se les han quedado cortos. Si los queréis...

Y se sumergió, volviendo a salir en seguida con dos trajes de mallas doradas de piel de foca, que dio a los niños.

—Gracias, muchas gracias—le dijeron—. Es usted muy amable.

Casi estoy seguro de que nunca habéis tenido la suerte de probaros un traje de mallas hecho de piel de foca, de los que no se echan a perder con la arena ni con el agua, ni con las compotas, ni con las sopas de leche, ni con todas esas cosas tan buenas que dejáis caer en los vestidos que os regala vuestra cariñosa familia. Pero si podéis, imaginaros cuán bonitas eran las mallas que se pusieron los dos niños.

Tomasita y Ángel se pasaron el día jugando en la playa, y cuando se cansaron de jugar, se metieron en





in l. us.

una gruta y encontraron la cena a punto; salmón y pepino, conejo y limonada; y para acostarse, un gran lecho de paja y hojas secas, musgo y helechos, y todas esas cosas que os han parecido siempre tan a propósito para tenderos en ellas, aunque no os lo hayan consentido.

Por la mañana, pudín para el almuerzo, pato asado y jalea de limón; el día pasaba como un sueño venturoso, roto únicamente por la sorpresa deliciosa de los manjares. La pelota se levantaba para enseñarles a jugar al polo acuático, y ellos la hacían dar saltos en la arena, lanzando gritos de gozo y de placer. Ya sabéis que a una pelota le gusta que la hagan botar los que la quieren bien; es como si se le dieran golpecitos en el hombro a un amigo.

En Villadondequeráis no había casas, ni tinas para el baño, ni bandas de música, ni criadas de servir, ni guardias, ni tías, ni tíos. Podíais hacer durante todo el día lo que os diese la gana, con tal de ser buenos.

—¿Qué ocurriría si fuésemos malos?—preguntó Angelito, y la pelota, poniéndose muy seria, le contestó:

—No seré yo quien os lo diga; pero os aconsejo con el mayor interés que no tratéis de averiguarlo.

—No, no lo haremos, de ninguna manera—aseguraron los dos, yéndose luego a jugar con los conejos de las dunas, que eran muy simpáticos y aficionadísimos a toda clase de juegos.



En la tarde del tercer día, Tomasita estaba silenciosa, la pelota le preguntó.

—¿Qué te pasa, nena saltarina? Cuéntamelo.

Y ella le dijo:

—Quisiera saber cómo está mi madre, y si tiene una de esas jaquecas tan fastidiosas.

—¡Así me gusta!—contestó la pelota—. Ven conmigo y te enseñaré algo de éso.

Dio un bote, los niños corrieron tras ella y la vieron caer en un estanque entre rocas, dando un susto tremendo a las plantas acuáticas, sin que la pelota reparase en ello.

—Mirad—les dijo desde el fondo del agua. Y al mirar los niños vieron que el estanque era como un espejo; pero no se veían reflejados en él. Lo que veían era el salón de su casa, y a papá y mamá en él, muy buenos ambos. Sólo parecían estar un poco fatigados, igual que los tíos, que se encontraban allí también. Tío Tomás decía:

—¡Gracias a Dios que se fueron los chicos!

—¿Saben dónde estamos?—preguntó Angelín a la pelota.

—Se imaginan que lo saben—contestó la pelota—o vosotros os imagináis que ellos se figuran que lo saben. Sea lo que quiera, se encuentran a gusto. Buenas noches.

Y se fue de un salto, como una pelota cualquiera, a



descansar en el sitio acostumbrado. Los dos niños fueron a buscar su grato, suave y blando nido de paja y hojas secas y helechos y musgo, y se echaron a dormir. Pero Angelín estaba resentido con Tomasita porque ella se había acordado de su madre antes que él, y le dijo que se llevaba todos los helechos; y se durmieron los dos muy enfadados. Al despertar estaban más enfadados aún. Hasta entonces se habían ayudado mutuamente a hacer la cama en seguida de levantarse, pero aquel día no lo hicieron.

—No veo por qué motivo he de hacer yo las camas—dijo él—; éso es cosa de chicas, no de chicos.

—No veo por qué motivo he de hacerlas yo—replicó Tomasita—; éso no es cosa de señoritas, sino de criadas.

Entonces ocurrió una cosa terrible. De repente, surgió de la nada, procedente de ninguna parte, una doncella muy alta y robusta, limpia de veras, que les dijo:

—Tiene usted mucha razón, señorita; a mí me corresponde hacer las camas. Y tengo también encargo de que se acuesten los dos a las siete.

Pensad lo tremenda que les parecía una cosa así a unos niños que se habían acostumbrado ya a no irse a la cama hasta que se sentían inclinados a ello. Los dos salieron a la playa.

—Mira lo que ocurre cuando uno es malo—dijo



Tomasita; y Angelito exclamó por toda respuesta—: ¡Chitón!

Estuvieron contentísimos hasta la hora de comer. Aquel día les pusieron pichones asados, boquerones y arroz con leche, y durante todo el día fueron buenísimos y trataron muy cortésmente a la pelota. Ángel le contó lo referente a la terrible aparición de la doncella, y la pelota movió la cabeza (ya sé que no habéis visto nunca mover la cabeza a una pelota y que, muy probablemente, no lo veréis jamás) y dijo:

—Niño saltarín, aquí puedes continuar siendo dichoso por toda una eternidad, si eres contentadizo y bueno. Si no...; mira, son las siete menos cuarto...; ya es hora de irse a la cama.

Y tuvieron que irse a la cama. La doncella los acostó, después de lavarlos con jabón amarillo, algo del cual se les metió en los ojos. Encendió una lamparilla de noche, y se sentó entre los dos hasta que se durmieron, sin dejarles hablar, de modo que tardaron en dormirse mucho más de lo que hubieran tardado a no estar ella allí. Y las camas eran de hierro, con colchas y sábanas calientes, suaves, y muchas más mantas de las que eran precisas.

Al día siguiente se levantaron lo más pronto que les fue posible; jugaron al balompié acuático en unión de la foca y de la Pelota Saltarina, y cuando llegó la hora de comer, les dieron langosta y helados. Pero



Tomasita estaba de mal humor, y dijo—: ¡Ojalá fuese pato!—. Antes de que hubiese acabado de decirlo, tenían delante un plato de cordero y otro de arroz, y no hubo más remedio que sentarse a la mesa y comerse con toda pulcritud, porque la doncella cuidaba de que no se dejasen nada en el borde del plato ni hablaran con la boca llena.

En adelante ya no hubo platos sabrosos, sino únicamente cosas por el estilo de las que se suelen comer en casa. Pero aún es posible la felicidad sin sabrosos manjares, a trueque de andarse con mucho tiento. Los días eran todavía bastante gratos, y todos los seres del mar y de la tierra se les mostraban cariñosos y atentos. La foca les enseñaba cuanto sabía, y estaba siempre dispuesta a jugar con ellos. La estrella de mar fue su maestra de Astronomía, y con el pez espada aprendieron esgrima. Los cangrejos les enseñaban a bailar, las aves marinas a hacer nidos—conocimiento que no necesitaron aplicar nunca—, y si las ostras no les enseñaron nada fue porque son estúpidas, no por falta de sentimientos amistosos.

Bañábanse los niños a diario en el mar, y si se hubiesen contentado con ésto, nada malo hubiera ocurrido. Pero no se contentaron.

—Vamos a hacer un baño—dijo Angelito—para que entre el mar en él y lo llene, y luego nos bañamos en él.

Y, cogiendo sus palas, abrieron un hoyo; en ésto no había daño ninguno, podréis decirme con razón. Pero cuando el hoyo estuvo hecho y el mar fue arrastrándose, arrastrándose, hasta que una ola reventó con fuerza en la arena e irrumpió arremolinada en el hoyo. Tomasita y Angelito se pelearon al borde, discutiendo quién había de meterse primero, y la ola, arrastrando la arena, se volvió al mar; de modo que de los dos ninguno se bañó en la flamante bañera. Todo quedó húmedo y arenoso, y el borde, levantado con tal esmero, se desmoronó por muchas partes. Mirándolo estaban con sorda irritación, cuando la arena empezó a moverse y a removerse, y a levantarse como si algún enorme animal marino la elevase con su ancho lomo. La arena húmeda se escurrió por uno y otro lado, y un objeto puntiagudo como el dorso fino de una vaca fue apareciendo lentamente. Hízose mayor por instantes, y desprendiéndose de la arena surgió una caseta de baños calientes en el mismo lugar en que habían pretendido bañarse en el hoyo.

—¡Vaya!—exclamó Ángel—. ¡Ahora sí que la hicimos!

La habían hecho buena, es verdad, porque en la puerta de la caseta se leía en un gran letrero: EN ADELANTE OS BAÑARÉIS SIEMPRE AQUÍ.

Acabóse, pues, aquello de meterse en el agua cuando les parecía y como les daba la gana. Tenían que tomar

baños calientes, y la caseta olía a agua salada y a toallas ajenas húmedas.

Después de ésto, a los chicos no les gustaba mucho la orilla del mar, y preferían ir a jugar a las dunas con los conejos, tan hospitalarios y amables, o al bosque, donde crecían tantas especies de flores campestres, sin letreros como los que ponen: «Se prohíbe tocar», encima de las que más os gustan. Los niños pensaban en lo que tío Tomás diría si estuviese allí, y se sentían verdaderamente dichosos.

Pero una vez Tomasita cogió unos convólvulos blancos, unos geranios rojos y algunas calceolarias—de ésas que nunca os dejan coger en vuestras casas—e hizo con todas aquellas flores una guirnalda que se puso en la cabeza.

Entonces dijo el niño—: ¡Eres tonta! Pareces una maceta.

Pero ella le replicó—: Ya verás tú si soy tonta. ¡Qué bonitas estarían en un sombrero, si fuesen artificiales! ¿Por qué no tendré yo un sombrero?

Y lo tuvo. Un sombrero muy duro, que le hacía daño en las sienes, donde estaba cosida la goma, y además aquel vestido tan almidonado que la arañaba, y toda su ropa interior, y medias y botas pesadísimas; y Angelito se vio con su traje de marinero estrechísimo por debajo de los brazos; y tuvieron que llevar-



—¡Tonta! ¡Si el país de las hadas no existe ni cosa que lo valga!...

En aquel momento un hada de alitas brillantes, color de cola de pavo real; pasó revoloteando por encima de la senda y fue a posarse en una magnolia.

—¡Mira, Angelito! Es un hada—volvió a gritar Tomasita—; ésto es el país de las hadas y ésa es un hada muy hermosa. Mira..., ya se va.

Pero él no quiso mirarla; dio media vuelta y cerró los ojos.

—¿Qué ha de haber país de las hadas? ¡Cuando yo te lo digo!—gruñó—. Yo no creo en hadas.

Y de repente, ¡qué horror!, el hada se convirtió en un guardia—todo el mundo sabe que existen los guardias y no hay quien deje de creer en ellos.

Y todas aquellas raras y hermosas flores se agostaron y desaparecieron sin dejar más que espinas y pinchos, y la neblinosa sendita cubierta de musgo que corría por lo alto de las rocas se convirtió en un paseo público por el que se puso a andar el guardia arriba y abajo, sin parar un momento, observando a los niños que jugaban; y bien sabéis lo difícil que es jugar cuando alguien os mira, sobre todo si ese alguien es un guardia.

Ángel estaba muy enfadado; sostenía la imposibilidad de que hubiese gusanos de luz tan grandes como faroles de bicicleta; y en Villadondequeráis los había.



Después de ésto fue cuando empezaron a salir faroles de gas a lo largo del paseo, en el que brotó un kiosko alumbrado con bombillas incandescentes; y una banda de música se puso a tocar en él, porque ¿para qué sirve un kiosko sin su correspondiente banda de música?

—¡Necios chiquillos, tontos!—dijo la Pelota Saltarina poniéndose más roja de ira por el lado que no se puso más verde de rabia—. ¡Botando estoy de cólera al ver que desperdiciáis todo lo bueno y que habéis convertido a Villadondequeráis en estación veraniega!

Y se puso a botar irritada, playa arriba y playa abajo, hasta que la doncella salió de la cueva y dijo a los dos hermanos que no metiesen tanto ruido, y el guardia les gritó:

—¡Circulen, circulen! Están entorpeciendo el tránsito.

Ahora he de referiros algo tan penoso que no le encontraréis excusa: para mí no la tiene. Sólo he de pedir os que penséis cuánto trabajo cuesta portarse relativamente bien, y cuán fácil es, en cambio, ser malo de remate.

Cuando la Pelota Saltarina se quedó quieta, dijo Angelito:

—Me gustaría saber qué es lo que la hace saltar.

—¡No, no lo averigües!—gritó la niña, que había



oído decir a su hermano lo mismo con otras pelotas y sabía demasiado bien a dónde iba a parar.

—No, no lo hagas—dijo—. Acuérdate de que nos trajo aquí, de que ha sido siempre tan buena...

Pero el niño replicó:

—¡Bobadas! Una pelota no siente y podremos jugar lo mismo con ella, en cuanto haya visto lo que tiene dentro.

Y antes de que Tomasita hubiera podido evitarlo, sacó el cortaplumas que tío Reinaldo le regaló en el penúltimo día de su santo, y echando mano a la pelota, clavó en ella la hoja puntiaguda. La Pelota Saltarina lanzó un débil gemido de pena y de dolor, y en un suspiro tenue y lastimero exhaló su espíritu bondadoso y quedó exánime, como una masa de caucho verde y roja, en manos del asesino. Tomasita rompió a llorar, pero el despiadado Angelito abrió la pelota y miró a su interior. Bien sabéis lo que encontraría: el vacío; el trocito de caucho que forma un bultito en el exterior de la pelota y que podéis tocar con los dedos cuando está viva y es dichosa en la alegría de sus saltos.

Los niños se miraban desconsolados.

—¡Ojalá... Ojalá no lo hubiese hecho!—dijo, por último, Angelín; pero, antes de que Tomasita le contestara, la cogió de la mano.

—¡Mira!—gritó—, ¡mira el mar!



Era, en verdad, un espectáculo terrible. El mar azul, movedizo y deslumbrador, se iba secando delante de sus ojos, y en menos de un minuto se tornó llanura polvorienta. Tendió apresuradamente un par de rieles, unos palos del telégrafo, un poste de señales, y se convirtió en el ferrocarril que pasaba por detrás de su casa.

Los niños, gimiendo horrorizados, volviéronse hacia las dunas. Frente a ellos alzábanse unas casas de ladrillo, como si las fuese dibujando una mano invisible. La arena de la playa se endureció, tornándose pavimento. Las dunas verdes tomaron un tono gris, y eran techos de pizarra, y Tomasita y Angelito se encontraron ante la puerta de hierro de su propia casa, en la acera. Tío Tomás, asomado a una ventana, estaba esperándolos, y tía Ángeles les dijo que no era digno de personas bien educadas aquello de irse a la calle a jugar.

Los mandaron a la cama inmediatamente, por disposición de tía Ángeles, y tío Tomás dispuso que al día siguiente se desayunaran con pan seco.

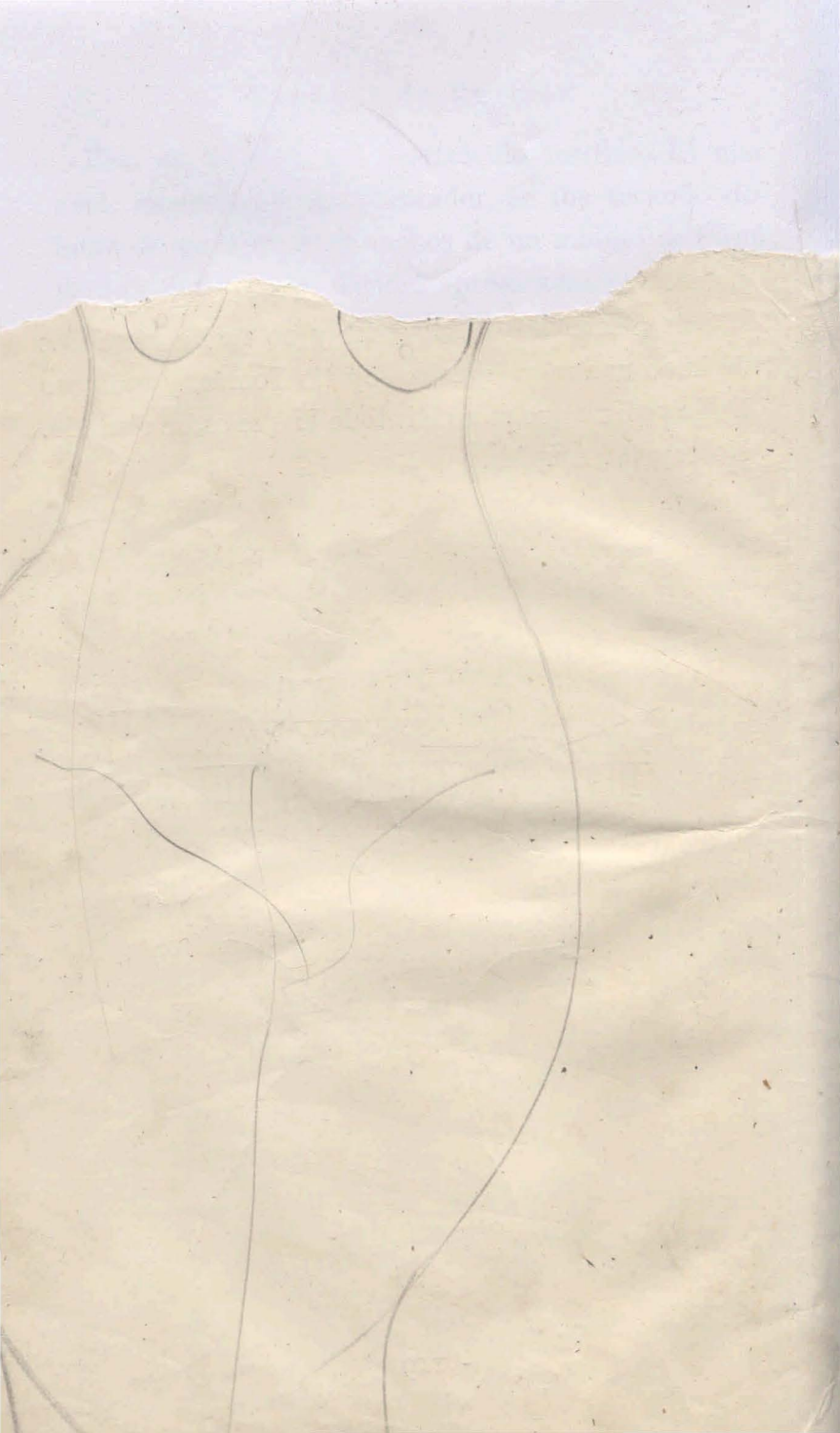
Angel y Tomasita no han vuelto nunca a Villadondequeráis, ni han visto más a la Pelota Saltarina, o sus míseros despojos; pero ni de lo uno ni de lo otro son dignos. Ciertó que Tomasita no merece tanto vituperio como Ángel, indigno de su nombre, pero igual castigo sufrieron los dos. Yo no puedo impedirlo. Lo



modo.

Sois muchachos inteligentes y no he de ofenderos sacando una moraleja. No soy tío Tomás, y tampoco he de pedir os que recordéis todo lo que os he contado. No soy tía Ángeles.

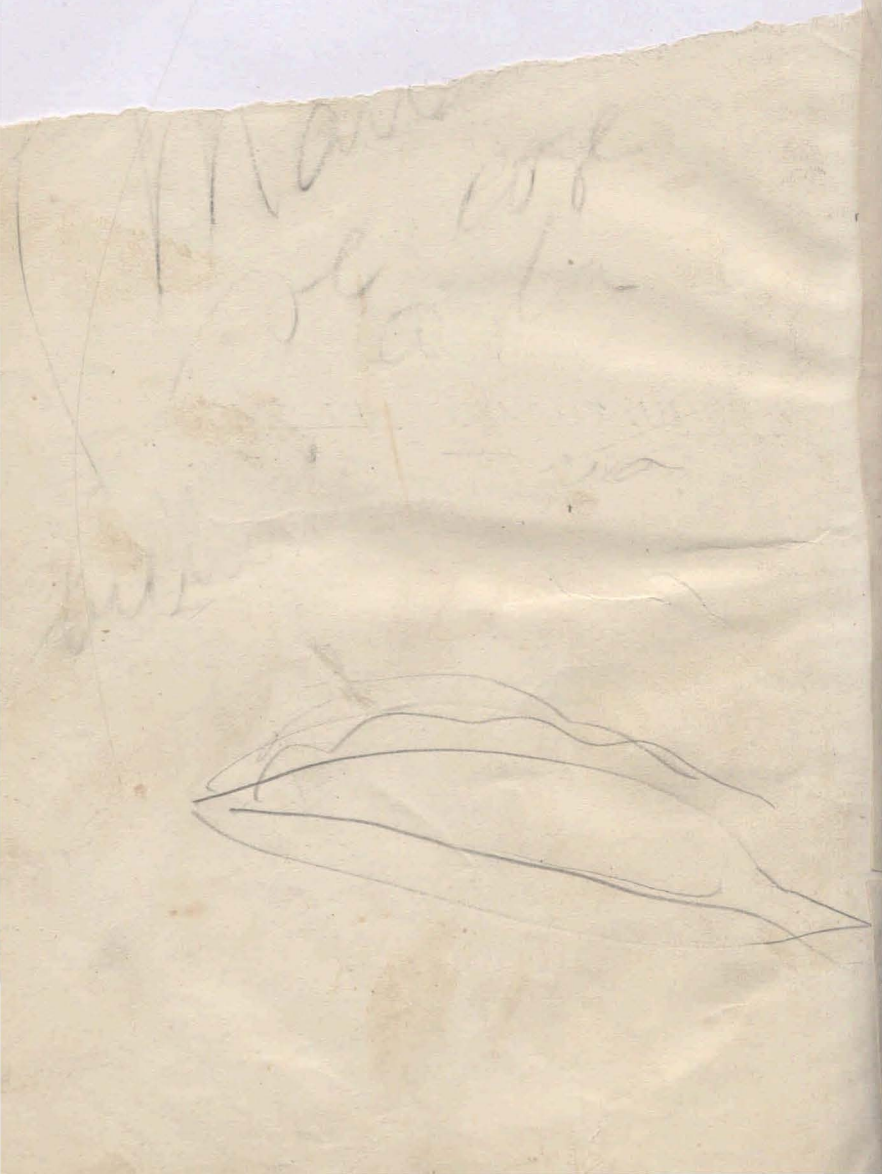






*EL CORAZÓN DEL MAGO*







**T**ODOS tenemos nuestra debilidad. Yo tengo debilidad por las moras de zarza. Vosotros, acaso, por los automóviles. El Profesor Górriz tenía debilidad por los bautizos, y por los bautizos reales. Siempre estaba esperando que le invitasen a la ceremonia bautismal de todos los infantitos, y claro está que nunca le invitaron, porque ni era gran señor, ni duque, ni siquiera comerciante en tocino, en te, o en cualquier otra cosa de categoría verdaderamente elevada, sino tan sólo un pícaro mago que por razones de economía y por el cuidado en servir a la parroquia había logrado hacer muy buenos negocios. No siempre había sido ma-

lo. En su niñez fue buenísimo, según creo, y su vieja nodriza, casada hacía ya mucho tiempo con un agricultor, solía decir que era el nene más precioso que gastó mantillas y que sus piernecillas gordezuelas eran las más bonitas del mundo. Pero desde entonces había cambiado mucho, como a tantos otros les pasa, y quizá su profesión fue motivo de ello. Bien sabéis todos—me atrevo a decirlo—que los zapateros remendones suelen ser flacos, los cerveceros, por lo general, gordos, y los magos, siempre unos pillos.

Bueno, pues aquella debilidad suya por los bautizos fue creciendo, creciendo cada vez más, en vista de que nunca se le daba gusto, y, por fin, harto de esperar, se plantó en un bautizo sin esperar a que le convidasen. La ceremonia fue magnífica; bautizábase un hijo del Rey de las Islas Afortunadas, y al principito se le dio el nombre de Fortunato. Nadie se ocupó del Profesor Górriz; tenían sobrada educación para echarle, pero le dieron a entender que nunca debía haberse presentado allí; se sintió intruso, como en realidad lo era, y aquéllo le enfureció de tal suerte, que cuando todas las brillantes, esplendorosas y risueñas hadas madrinas se apiñaban alrededor de la cunita de raso azul para ofrecer al niño sus dones de hermosura, fortaleza y bondad, hizo el Mago de súbito un encantamiento muy difícil, (y de memoria, como vosotros cuando echáis cuentas), y dijo:



—Todo eso ha de ser Fortunatito, pero le digo yo que será el príncipe más bobo del mundo. Dicho ésto, se desvaneció en una nubecilla de humo encarnado que echaba una peste de dos mil demonios, y como no había dejado señas, el Rey de las Islas Afortunadas no pudo perseguirle por delito de alta traición.

Górriz se sintió feliz al pensar que había hecho desgraciada a tanta gente—, porque toda la Corte, incluso el niño, lloraba a lágrima viva cuando él desapareció—, y más cuando leyó en los periódicos la noticia de otro bautizo real, en el que podía, asistiendo, hacer desgraciada a mucha más gente. Se había señalado para su celebración la fecha del miércoles inmediato, y el Mago acudió a la ceremonia con disfraz de poderoso salchichero.

Tratábase entonces de una niña. Górriz se acercó a la cunita de terciopelo rosa, y cuando se le habían ofrecido a la Princesa todas las cualidades lisonjeras del mundo, gritó de pronto—: «Todo eso ha de ser Anita, pero le digo yo que será la princesa más fea del mundo».

Y la niña se volvió fea en el momento mismo. Aqué- llo fue terrible. ¡Tan linda como era la criatura! Todos decían, poco antes, que nunca habían visto nena más linda; es lo que se oye más a menudo en los bautizos.

Luego que hubo vuelto fea a la desventurada Prin- cesita, el Mago trató de recordar el ensalmo que le





había de hacer desvanecerse, pero con gran horror por su parte no hubo ni humareda roja ni peste infernal que se lo llevara, sino que siguió allí, en donde no deseaba permanecer de ningún modo. Una de las Hadas le había visto un segundo más tarde de lo necesario para salvar a la Princesa, y, dándose cuenta de lo que iba a hacer, había formulado a toda prisa un fuerte conjuro para evitar que se desvaneciese. Aquel Hada era una Maga Blanca, y, ya sabéis que la Magia Blanca es mucho más fuerte que la Magia Negra, y también mucho más a propósito para experimentos de salón. Así, pues, el Mago se quedó «como un cerdo abierto en canal», según dijo alguien, no muy cariñosamente, echando todos de ver que, pese a su disfraz, se trataba de un Mago. La buena Maga Blanca se inclinó y besó a la Princesita.

—¡Anita!—exclamó—guarda este beso hasta que tengas necesidad de él. Ya sabrás de qué modo has de emplearlo con el tiempo. Señor Rey, el Mago no puede ya desvanecerse. Debíais mandarle detener.

—¡Detened a ese hombre!—dijo el Rey, señalando a Górriz—. Supongo, señora, que vuestros encantamientos tendrán fuerza permanente...

—En absoluto—dijo el Hada—; por lo menos no han de desaparecer mientras no sean inútiles.

Encerraron, pues, al Mago en una torre de enorme altura, y le dejaron jugar a cosas de magia; pero nin-



guna fórmula suya podía tener eficacia fuera de la torre, y, por lo tanto, nunca pudo salvar la doble guardia extraordinaria que estaba, día y noche, de centinela. El Rey hubiera querido ajusticiar al Mago, pero la Maga Blanca le advirtió que no debía hacerlo.

—¿No veis—dijo—que es la única persona que podría devolver su hermosura a la Princesa? Ello ha de ser algún día. Pero no le andéis pidiendo que lo haga, porque no hará nunca nada para que se lo agradezcáis. Es así, y no puede ser de otro modo.

Corrieron los años. El Mago seguía en la torre, dedicado a los juegos de magia y aburridísimo—porque es muy triste éso de sacar del sombrero unos conejitos blancos, y extraer el sombrero de la nada, sin tener delante gente que os admire.

El Principe Fortunato era un niño tan bobo que se perdió casi al principio de esta historia y se fue por el campo diciendo que se llamaba Jaime, lo cual no era cierto. Una panadera le encontró y le tomó por hijo; vendió los botones de diamantes de su abrigo por trescientos doblones y como era una mujer muy honrada, separó doscientos para que Jaime pudiese disponer de ellos cuando fuese mayor.

Corrieron más años. Anita seguía siendo horrorosa, y se tenía por muy desgraciada, hasta que, al cumplir veinte años, fue a verla Belinda, prima suya casada

tonces y se proponía darle una grata sorpresa. Al llegar a la ciudad preguntó sus señas y le dijeron que vivía en la Torre Negra.

—Pero ande con cuidado—le dijo la gente—, porque es un redomado bribón.

—¡Dios te valga!—exclamó la vieja nodriza— ¿Qué daño me ha de hacer, si le crié de chico, cuando gastaba mantillas y tenía las piernecillas más gordezuelas y bonitas que os podáis imaginar?

Fuése, pues, a la torre, y los guardias la dejaron pasar. A Górriz le agradó bastante verla—pensad que no había tenido ni un visitante en veinte años—y le gustó muchísimo ver el jamón y la miel.

—Pero ¿en dónde puse los huevos?—dijo la Nodriza—; ¿y las manzanas? He debido de dejármelo todo en casa.

Así era. Pero el Mago no hizo más que agitar una mano en el aire y allí veríais una canasta llena de fruta, que antes no había. Los huevos fue sacándolos del sombrero de ella, de los pliegues de su manto, y hasta de su misma boca, como un perfecto mago. Bien es verdad que era un brujo en toda la extensión de la palabra.

—¡Anda!—exclamó ella—, parece cosa de magia.

—Es cosa de magia—dijo él—, mi profesión es ésa. ¡Qué gusto tener un auditorio delante! Veinte años

llevo viviendo solo. Esto está muy solitario, sobre todo por la noche.

—¿No puedes salir?—preguntó la Nodriz.

—No: las órdenes del Rey han de respetarse, pero es una vida de perros—. Hizo un puchero, se procuró un pañolito mágico sin más que cogerlo del aire, y se enjugó los ojos.

—Toma un aprendiz, hijo mío—indicó la Nodriz.

—¿Para que aprenda mi arte? No en mis días.

—Figúrate que te traen uno tan bobo que no logre aprenderlo.

—Eso estaría muy bien; pero es inútil poner anuncios pidiendo un bobo; nadie se presentaría.

—No necesitas anunciarlo—dijo ella—. Y salió para entrar de nuevo con Jaime, que era en realidad el Príncipe de las Islas Afortunadas y también el chico del panadero, a quien ella había traído consigo para que le llevase el caballo de las riendas.

—Oye, Jaime—le dijo—, ¿quieres o no quieres ser Aprendiz?

—Sí—contestó el pobre niño bobo.

—Pues dale tu dinero a este señor.

Jaime hizo lo que se le mandaba.

—Mis últimas dudas se desvanecen—dijo el Mago—: es bobo. Nodriz, vamos a celebrar el acontecimiento con un traguito de cualquier cosa, pero no





delante del chico, para no sentar precedentes. Jaime; vete a fregar. Aquí no, tonto; en la cocina.

Fuése Jaime a fregar; y como era muy desmañado, rompió un frasquito que estaba en el vasar, y que contenía esencia de sueños, e instantáneamente brotó del agua la visión de una Princesa más hermosa que la luz del día, tan hermosa que el mismo Jaime, con ser quien era, no pudo menos de advertir su hermosura y tendió los brazos hacia ella; pero la Princesa se deslizó por el aire hasta el sumidero de la cocina; y cuando quiso estrecharla contra su pecho, se desvaneció. Lanzó él un suspiro, y se puso a fregar otra vez con más ardor que antes.

—No quisiera ser tan bobo—dijo; y en aquel instante oyó llamar a la puerta. Enjugóse las manos y fue a abrir. Una muchacha apareció, con un pintoresco vestido, todo andrajos y girones.

—Dígame—preguntó la muchacha, que, por supuesto, no era otra que la Princesa—, ¿está el Profesor Górriz?

—Hacedme el favor de pasar—dijo Jaime, y la hizo entrar en la sala.

—¡Por vida de!..—exclamó Górriz—. ¡Vaya un día! Tres visitas sólo por la mañana. ¡Cuánta amabilidad! ¿No queréis tomar asiento?

—Esperaba—dijo la encubierta Princesa—que me ofrecieseis algo más.

—¿Un vaso de vino?—dijo el Mago—. ¿Queréis beber un vaso de vino?

—No, gracias—dijo la muchacha mendiga, o sea la Princesa.

—Pues... quitáos el velo—agregó la Nodriz—, porque si no, al salir, no advertiréis las ventajas de llevarlo.

—No puedo—dijo Ana—, no sería prudente.

—Demasiado linda, ¿eh?—continuó el Mago—. Tranquilizáos, que aquí estaréis segura.

—¿Entendéis de magia?—preguntó ella brusca-mente.

—Un poco—contestó él con ironía.

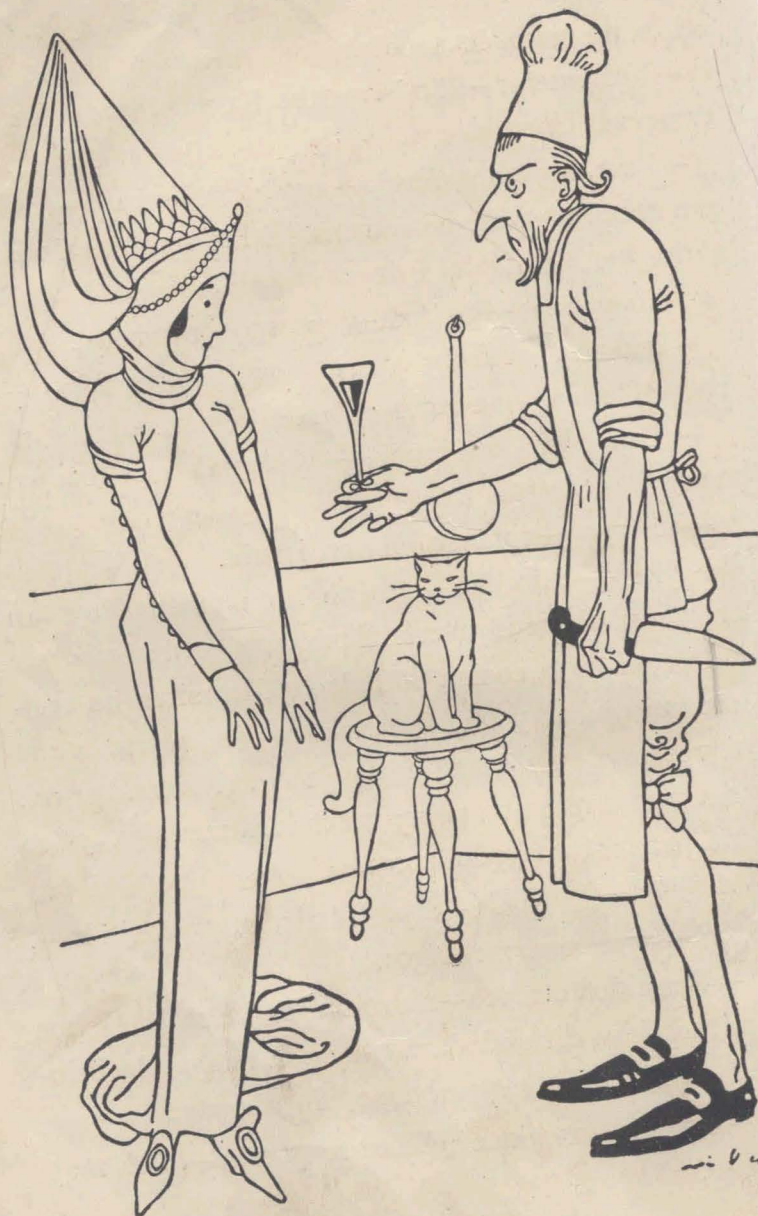
—Bueno—dijo ella—, es por esta razón: Soy tan fea que nadie se atrevería a mirarme, y deseo entrar de fregona en la cocina de Palacio. Necesitan un cocinero, un pinche y una friegaplatos y he pensado que tal vez pudieseis darme algo que me hiciera bonita. No soy más que una pobre muchacha mendiga, y éso sería para mí una gran cosa..

—Idos enhoramala—dijo Górriz, muy enojado—. Nada quiero con mendigos.

—Tome dos cuartos—murmuró el pobrecito Jaime poniéndoselos disimuladamente en la mano a la Princesa—. Es todo lo que he podido ahorrar.

—Gracias—cuchicheó ella en respuesta—. Sois muy bueno.





Y dirigiéndose al Mago añadió:

—Por casualidad tengo cincuenta doblones. Y los daré por una cara nueva.

—Trato hecho—gritó el brujo—. ¡Esta es otra boba!—. Agarró el dinero, levantó la varita de virtudes y cátrate que ante los ojos asombrados de la Nodrizza y del Aprendiz, la horrible muchacha mendiga se convirtió en la más adorable Princesa del mundo.

—¡Anda!—exclamó la Nodrizza.

—¡Mi sueño!—gritó el Aprendiz.

—¿Querriáis—interrumpió la Princesa, darme un espejo?—. Corrió el Aprendiz a descolgar uno que estaba encima del sumidero de la cocina y se lo alargó.

—¡Oh!—dijo ella—, ¡qué linda soy! ¿Cómo os lo podré agradecer?

—Muy fácilmente—dijo el Mago—: mendiga y todo, os ofrezco mi mano y mi corazón. Y llevándose la mano al chaleco, sacó del pecho el corazón. Era grueso y rojo, y su aspecto desagradó a la Princesa.

—Os lo agradezco muchísimo—dijo—, pero no quisiera...

—Insisto en ello—exclamó Górriz.

—Pero, a decir verdad, vuestro ofrecimiento...

—Generoso hasta más no poder, estoy segura—intercaló la Nodrizza.

—Mi afecto está comprometido—respondió la Princesa bajando los ojos—. No puedo casarme con vos.

—¿Os negáis?—preguntó Górriz, y la Princesa dijo que sí con la cabeza.

—Bueno, pues entonces iré a vuestra casa, y hablaré con vuestro padre. No rechazará él un ofrecimiento así. Nodriza, ven a cepillarme el abrigo.

Salió, cerrando la puerta que estaba enfrente, y subió la escalera, con la Nodriza detrás.

Entonces la Princesa explicó en dos palabras al Aprendiz quién era.

—No quiero—añadió—que me vaya a ver a casa. Se encontrará con que soy la Princesa y me volvería otra vez fea en un dos por tres.

—No os verá en casa—dijo resueltamente Jaime—. Yo podré ser bobo, pero también soy fuerte.

—¡Qué valiente sois!—dijo Ana llena de admiración—. Pero yo preferiría escurrirme tranquilamente, sin meter ruido. ¿Podréis abrir el cerrojo de seguridad que tiene esta puerta?

Trató de hacerlo el Aprendiz, pero era demasiado torpe, y la Princesa no tenía fuerza bastante para lograrlo.

—Lo siento—dijo el Aprendiz, o sea el Príncipe—. No puedo abrir la puerta; pero, cuando él la abra, le sujetaré y podréis escaparos. He soñado con vos esta mañana—agregó.

—Yo también he soñado con vos—dijo ella—, pero erais distinto.



—Quizá—dijo el pobre Jaime con tristeza—la persona con quien soñastéis no era un bobo como yo lo soy.

—¿De veras lo sois?—gritó la Princesa—. Me alegro mucho.

—Eso no me parece muy amable.

—No lo creais; lo digo porque si es éso todo lo que os hace distinto del hombre que soñé, pronto he de remediarlo.

Y diciendo así le puso ambas manos en los hombros y le dio un beso. Con el beso, la bobería se le disipó como una nube y se volvió tan avisgado como el que más; y además de tener todos los conocimientos ordinarios que hubiera adquirido si hubiese permanecido en su Palacio, supo quién era y en dónde estaba, y para qué estaba allí, y toda la geografía del reino de su padre, su exportación e importación, y el movimiento de su política. Y supo también que la Princesa le amaba.

En vista de ello, la estrechó entre sus brazos y la besó en la frente, y ambos se sintieron muy felices y empezaron a decirse mil ternezas, y a encontrar el mundo muy hermoso y a maravillarse de cómo se habían encontrado, siendo así que la tierra no sólo es hermosa, sino también bastante grande.

—Mi primer beso fue un beso mágico—dijo ella—. Mi hada madrina me lo dio, y te lo he tenido guardado





todos estos años. Ya puedes arreglártelas para salir de aquí y venir a Palacio. Ahora encontrarás medio, porque eres listo.

—Sí—confirmó él—; ahora ya soy listo; puedo descorrer el cerrojo para que salgas. Vete, amor mío, vete antes de que vuelva.

La Princesa escapó, y tan a punto, que ella salía por una puerta y el doctor Górriz entraba por la otra.

Se enfureció al verla escapar; y no me atrevo a escribir las cosas que dijo a su Aprendiz cuando vio que Jaime había sido tan bobo que le había abierto la puerta para que huyese. No eran piropos ni mucho menos.

Trató de salir en persecución suya. Pero la Princesa había prevenido a los guardias y no pudo salir.

—¡Oh!—gritaba—; ¡si mis viejas artes mágicas tuviesen efecto fuera de esta torre! Pronto la alcanzaría.

Entonces, de una manera extraña y confusa, pero muy cierta, sintió que el conjuro de la Maga Blanca, el conjuro que le tenía ligado, se desvanecía.

—¡Al Palacio!—gritó; y precipitándose en la caldera que colgaba encima del fuego, se sumergió en ella, saltando al suelo en forma de un león rojo, y desapareció.

Sin vacilar un instante, el Príncipe, o sea su Aprendiz, le siguió, pronunciando las mismas palabras y sumergiéndose en la misma caldera, mientras la pobre



Nodriza chillaba y se retorció las manos. En cuanto tocó el líquido de la caldera y saltó afuera otra vez, se dio cuenta de que no era el mismo de antes. Era, en efecto, un verde dragón. Sintió que se desvanecía —sensación nada tranquilizadora— y reapareció, con una rapidez que le dejó sin aliento, en su propia figura, junto a la puerta trasera del Palacio.

Corto había sido el tiempo transcurrido, pero ya el Mago había conseguido colocarse de cocinero del Rey. Cómo lo pudo lograr no teniendo informes, es cosa que no sé. Quizá se los procuró por arte de magia, como se había procurado los huevos, las manzanas y el pañolito.

El asombro y el malhumor de Górriz al ver que su fiel Aprendiz le había seguido calmáronse en seguida, porque comprendió cuán útil podría serle un pinche tan bobo. Por supuesto, él no tenía idea de que Jaime se hubiera vuelto listo a causa de un beso.

—¿Pero cómo vais a guisar?—preguntó el Aprendiz—. ¡Si nunca habéis sabido hacerlo!

—Guisaré—dijo el Mago—como lo hago todo: por arte de encantamiento—. Y así lo hizo. Quisiera tener tiempo para contaros cómo preparó una comida de catorce cubiertos en unas cacerolas totalmente limpias, cómo fue Jaime a mirar si había especias en una alacena que halló vacía, y cómo, un instante después, vio salir de ella a la Nodriza. Tanto tiempo había es-

tado solo el Mago, que no parecía sino que se despertaba con ansias de que le admirasen, y saltaba de una alacena a otra, sacaba de unos jarros vacíos gatos y cacatúas, y hacía aparecer y desaparecer ratones y conejos, hasta que a Jaime le empezó a dar vueltas la cabeza, de tanta habilidad, y la Nodrizza lloraba lágrimas de pura alegría ante la maravillosa destreza de su ahijado.

—Todo este trajín es malo para mi corazón—dijo el Mago por último; y sacándose lo del pecho lo colocó en un vasar. Al movimiento que hizo, su libro mágico se le cayó del pecho, donde lo guardaba. Recogiólo el Aprendiz sin que Górriz lo viera; estaba ocupándose en hacer que la lámpara de la cocina volase alrededor del cuarto como un pichón.

En aquel preciso instante llegó la Princesa, más encantadora que nunca, con un sencillo vestido de mañana, todo blanco de gasas y diamantes.

—¡La muchacha mendiga—exclamó el brujo—ataviada como una Princesa! Pues he de casarme con ella, a pesar de todo.

—Vengo a dar órdenes para la comida—dijo Anita, y entonces él, cayendo en quién era, lanzó un débil grito y se quedó inmóvil, tembloroso.

—¡Órdenes para la comida!...—exclamó la Nodrizza.—Entonces sois...

—Sí—afirmó Anita—. Soy la Princesa.

—¡Soís la Princesa!... —replicó el Mago—. Pues bien, con mayor motivo he de casarme con vos. Y si os negáis, apenas me hayáis dicho que no, os vuelvo fea. ¡Vaya! ¿Conque vosotros creéis que me he estado entreteniendo con los guisos?... Pues lo que hice fue elaborar el ensalmo más fuerte del mundo. Casáos conmigo, o bebed...

Aquellas terribles palabras hicieron temblar a la Princesa.

—Bebed, o casáos conmigo—repetía el Mago—. Si os casáis conmigo, seréis hermosa para siempre.

—¡Vaya!—interrumpió la Nodriza—, bien digno eres de una Princesa.

—Se lo diré a papá—contestó Anita, sollozando.

—No, no es necesario—dijo Górriz—. Vuestro padre no lo ha de saber. Si no queréis casaros conmigo, bebed ésto y seréis mi fregona, mi horrible friega platos, y vendréis a fregarlos eternamente a la torre solitaria.

Diciendo así, la cogió por la muñeca.

—¡Alto!—gritó el Aprendiz, o sea el Príncipe.

—¿Alto? ¿A mí? ¡Qué absurdo!—exclamó el Mago, lleno de asombro.

—¡Alto, he dicho!—repitió Jaime, o sea Fortunato— ¡Tengo vuestro corazón!—. Lo tenía, en efecto, y lo levantaba con una mano, mientras en la otra tenía un cuchillo de cocina.





— Si dais un paso más para acercaros a esa señorita — declaró —, clavo el cuchillo.

El Mago dio un verdadero brinco, de terror y agonía.

— ¡Cuidado, cuidado! — gritó —, ¡mira bien lo que haces! ¡Es tan fácil que ocurra un accidente! ¡Figúrate que se te escurre un pie! No habría excusa posible... Es mi corazón lo que tienes en la mano. Mi vida depende de él...

— Ya lo sé. Es lo que le ocurre a todo el mundo con su corazón — dijo Fortunato —. Sois nuestro, amiguito. Pincesa, ¿queréis tomaros la molestia de llamar a la guardia?

No se atrevió el Mago a resistir, y los guardias le detuvieron. La Nodriza, hecha un mar de lágrimas, consintió en guisar un succulento y sencillo almuerzo, y, cuando hubieron comido, compareció el Mago ante el Rey.

Pero éste, en cuanto vio a su hija tan hermosa, llamó por teléfono a una infinidad de príncipes, ansioso de casarla en seguida, por si acaso se volvía fea otra vez. Razón por la cual, antes de juzgar al Mago, tenía que elegir Príncipe con quien casar a la Princesa. Escogió al Príncipe de las Montañas de Diamante, mozo simpático, formal y con una bonita renta. Pero en cuanto se lo propuso a la Princesa, declinó ella tal honor, y el Mago, que estaba a los pies del trono, cargado de cadenas, empezó a soliviantarse y gritó:

—¿Me perdona la vida Vuestra Majestad si le indico algo que ignora?

El Rey, hombre curioso en exceso, contestó:

—Sí.

—Pues sabed—continuó Górriz—que la Princesa no se quiere casar con el que habéis elegido, porque ella misma se ha buscado novio: mi Aprendiz.

La Princesa tenía el propósito de decírselo a su padre cuando pudiera verle a solas y de buen talante. Pero en aquel momento estaba de mal humor y había gran concurrencia.

Trajeron arrastrando al Aprendiz, y los ruegos desesperados de la Princesa no arrancaron al Rey más que estas palabras:

—Bueno. Ahorcarle, no le ahorcaré. Será tu padrino de boda.

Cogió luego de la mano a su hija, la puso en medio del salón y colocó a la derecha de ella el Príncipe de las Montañas de Diamante, y a su izquierda, al Aprendiz. Después dijo:

—Perdonaré la vida a ese mozo enamorado que tienes a la izquierda, si me das palabra de no hablarle nunca más, y si me prometes casarte con el caballero que tienes a la derecha, esta misma tarde, antes de la hora del te.

La cuitada Princesa miró a su enamorado, en cuya boca vio formarse esta palabra—: Promete.



Y así, dijo—: Prometo no hablar nunca más al caballero que tengo a la izquierda y casarme con el caballero que está a mi derecha, hoy mismo, antes de la hora del te—. Y tendió la mano al Príncipe de las Montañas de Diamante.

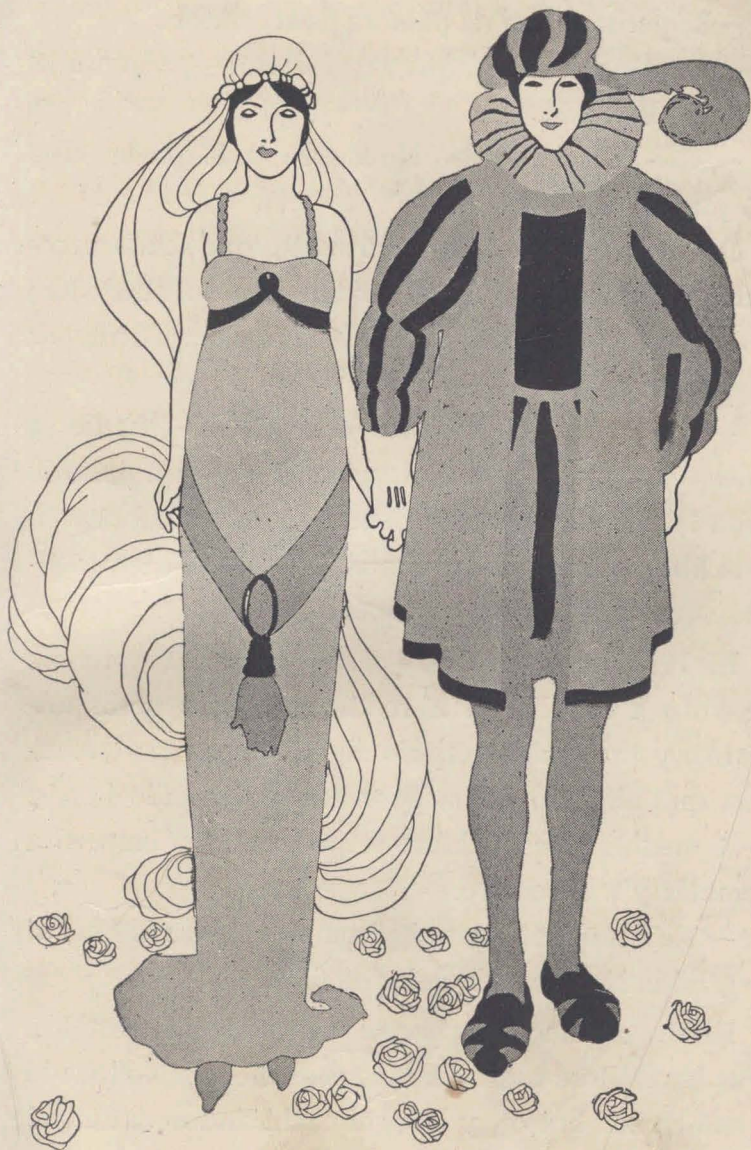
Entonces, de repente, en un abrir y cerar de ojos, el Príncipe de las Montañas de Diamante se encontró trasladado a su izquierda, y la mano de ella se encontró con la del Príncipe que amaba, el cual estaba a su derecha. Y, sin embargo, nadie parecía haberse movido. Aquéllo era cosa de magia, y de la fina, de primer orden.

—¡Limpio— exclamó el Rey—, absolutamente limpio!

—¡Psé, una bagatela!—dijo con modestia el Aprendiz—. Me he quedado, no sólo con el corazón, sino con el libro de recetas del Mago.

—Bueno, pues ya haremos mejor uso de él, ¿verdad?—comentó el Rey enojado—. Dios os bendiga, hijos.

Algo se le pasó el enojo cuando puso en claro que el Aprendiz era en realidad el Príncipe de las Islas Afortunadas, y mucho mejor partido que el Príncipe de las Montañas de Diamante; y estaba más contento que unas pascuas cuando la Nodriz se acercó a su trono a pedirle que dejara otra vez en libertad al Mago, sobre todo porque cuando pequeñito era el nene más precioso que gastó mantillas y tenía las piernecitas más gordas y más bonitas del mundo.





El Rey, movido por tales argumentos, dijo:

—Le perdonaré si da palabra de ser bueno.

—Lo serás, ¿verdad que sí, precioso?—preguntó la Nodriza llorando.

—No—dijo el Mago—. No lo seré; y, lo que es peor, no puedo serlo.

Tan feliz era entonces la Princesa, que sentía necesidad de que todos fuesen dichosos a su alrededor; pidió, pues, a su novio que hiciese bueno a Górriz por arte de magia.

—¡Ay, querida!—contestó el Príncipe—, nadie se vuelve bueno por arte de magia. Bien podría quitarle toda la maldad que tiene dentro, para lo cual hay en este libro una receta excelente; pero si lo hiciera, tendría que volverle muy pequeño.

El Príncipe Fortunato—o sea Jaime, el Aprendiz se puso a estudiar el libro durante unos pocos minutos, y pronunció después algunas palabras en lengua que ninguno de los presentes había oído jamás.

A medida que hablaba, el pícaro Mago empezó a temblar y a encogerse.

—¡Niño mío, sé bueno! ¡Promete que serás bueno!—gritó la Nodriza, sin dejar de llorar.

El Mago parecía encogerse dentro de sus vestidos. Fue haciéndose cada vez más pequeño. La Nodriza lo tomó en sus brazos, y él siguió achicándose hasta tal punto que era como si ella no sostuviese más que un



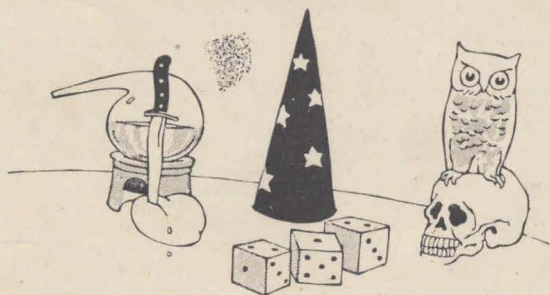
lío de ropa. Entonces, lanzando un grito de amor y de triunfo, desgarró las vestiduras del Mago, y sacó de ellas un nene rollizo, con sus mantillas y aquellas gordas piernecitas que tantas veces describiera amorosamente.

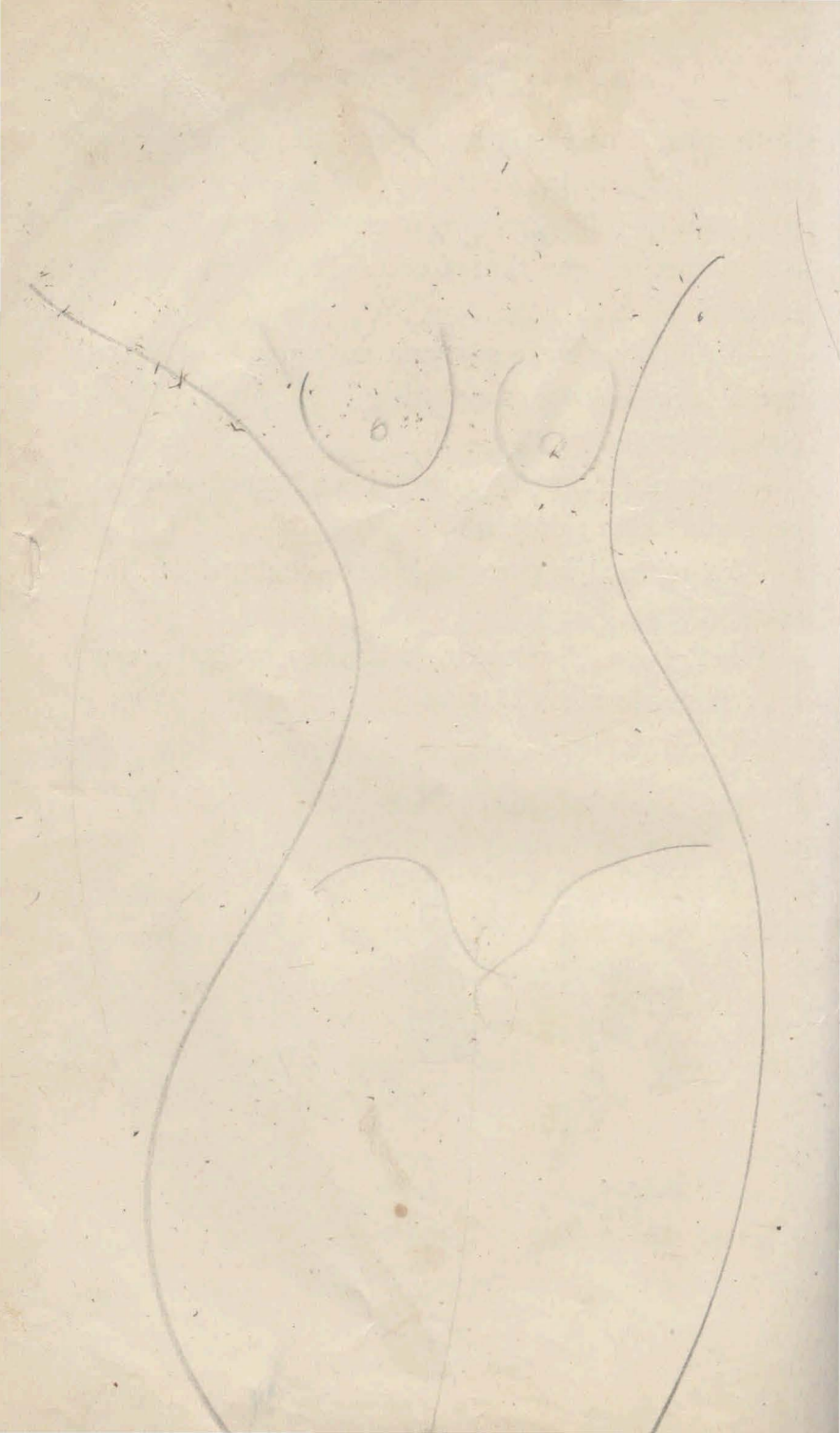
—Ya dije que no se quedaría muy grande si había que sacarle de dentro toda la maldad—indicó el Príncipe Fortunato.

—¡Voy a ser bueno, sí, voy a ser bueno!—dijo el nene que había sido Mago.

—Ya miraré yo por que lo sea—confirmó la Nodriza.

Y así acaba el cuento, en amor y en boda, con un diluvio de rosas blancas.





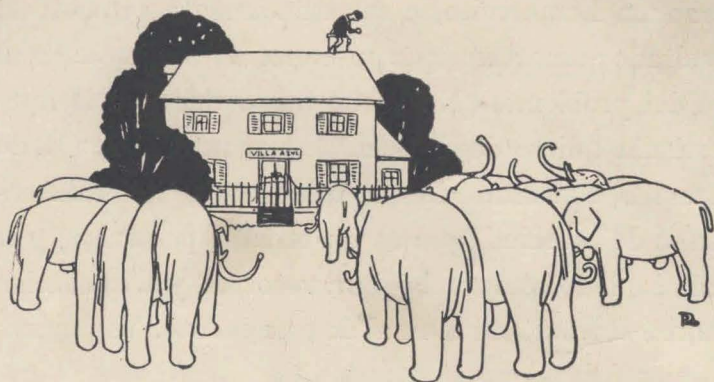


*CALCULOS QUE SALEN BIEN*









«SI ventisiete serones de manzanas cuestan 125 duros  
16,25 pesetas y 6 perras chicas, ¿cuánto costarían  
los mismos serones si los hubiera llenado una persona  
poco escrupulosa que solamente hubiera puesto en ellos  
siete novenas partes de manzanas por cada serón, com-  
pletando el peso con serrín?»

Tal era el problema.

No será muy difícil acaso para quien haya estudiado  
con calor durante años enteros en alguna Escuela Es-  
pecial, Superior o Preparatoria, ni para hijos de gente  
acomodada; pero a Eduardo se le hacía tan duro como  
una galleta de barco. Llegó a resolverlo, sin embargo,

como un hombrecito, e inmediatamente presentó el resultado al maestro, que puso una B muy perfilada al pie del problema. ¿No sabéis acaso que una B muy perfilada quiere decir Bien? En cuanto al resultado obtenido, consultaré con un individuo de la Real Academia de Ciencias (que es un terrible personaje) y le pediré que lo compruebe para vosotros, y si lo consigo pondré el resultado al final de este cuento. Yo por mis propias fuerzas no sé sacarlos.

Eduardo, miraba con alegría aquella B tan perfilada. Raras veces se le presentaba ocasión de verla, y cuando la veía sentía verdadero placer.

—Pero ¿para qué sirve ésto?—decía—; todo sirve para algo menos una lección. Si plantas semillas en el jardín salen flores, a no ser que las semillas estuviesen podridas o que te olvides de dónde las sembrastes y no puedas regarlas. Si compras un conejo... ahí lo tienes hasta que se muera. Y si te comes tu comida... pues se te pasa el hambre a lo menos durante unas horas. Pero las lecciones...

Mordía con saña el mango de su pluma, y metió la cabeza en el pupitre para buscar algo con qué jugar después con un compañero. Sostuvo la tapa del pupitre con la cabeza, como me figuro que habréis hecho vosotros más de una vez; el interior del pupitre estaba oscuro, y una súbita luz en el fondo del mismo brilló de un modo vivo e inconfundible.



—Ésto es un cohete—pensó al pronto Eduardo.

Pero no era un cohete; era una especie de luciérnaga, sólo que mil veces más blanca y brillante. Porque era la luz de la razón pura y resplandecía en los ojos de gloria del Hada de la Aritmética. ¡No sabréis que hay un Hada de la Aritmética!... Porque si supierais tanto como yo, sería una necedad que me pusiera a contaros cuentos; ¿no os parece?

Aquellos maravillosos ojos relucían y centelleaban frente por frente a los ojos saltones de Eduardo, que no salía de su asombro.

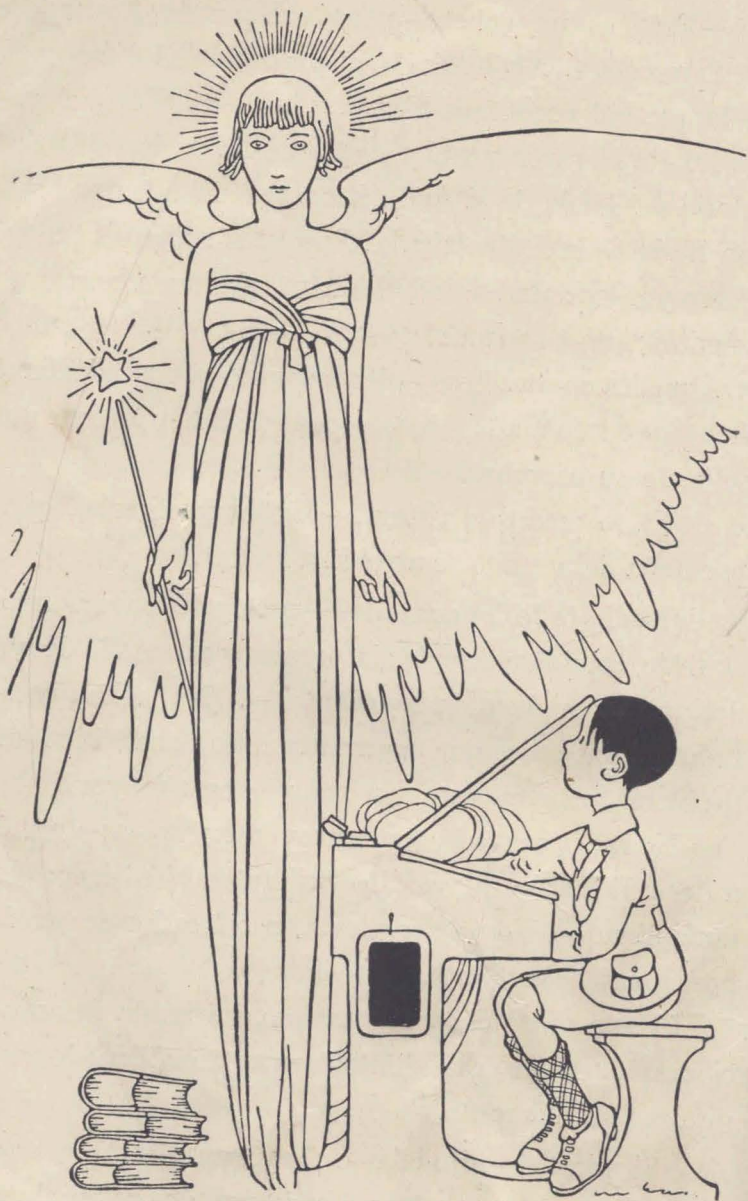
—¡Ya lo creo que sirven!—dijo al muchacho, que por nada del mundo se atrevía a hablar.

—¿Nadie te lo ha contado?—prosiguió, sacudiendo su traje, tejido de cálculos integrales y adornado de un deslumbrador fleco de logaritmos—. ¿No te han contado que las cosas que ocurren cuando te sale bien un problema ocurren también cuando eres mayor?

—No me importa lo que ocurra entonces—se atrevió a decir Eduardo, al ver los brillantes ojos llenos de amabilidad—. Voy a ser pirata, o salteador de caminos, o cosa semejante.

El Hada se irguió, y su graciosa guirnalda de ecuaciones de primer grado tembló, mientras Eduardo respiraba afanosamente.

—¡Si, pirata!—dijo ella—. ¡Vaya un pirata, que no sabe calcular lo que le toca a cada uno de sus hombres



en el botín, hasta las tres décimas séptimas partes de un eslabón de oro de la cadena del capitán muerto! ¡Vaya un salteador de caminos que no sabe distribuir las cuarenta y dos balas de los revólveres de sus siete intrépidos secuaces, para que a cada uno de los quince enemigos le toque su parte correspondiente! ¡Quita de ahí!—dijo despectivamente el Hada de la Aritmética.

Pero los ojos de Eduardo, como antes he dicho, estaban muy abiertos, saltones.

—Ahora veo— observó de pronto—lo bonita que es usted.

El Hada de la Aritmética no tenía más que una debilidad, una debilidad muy femenina: le gustaban los piropos. Si eran torpes, tanto mejor, aun torpes le gustaban.

Bajó los ojos y se puso a jugar tímidamente con la borla de ejemplos varios de fracciones vulgares que adornaban sus vestiduras.

—Me figuro que no esperarías que te oyesen—dijo con toda amabilidad.

Eduardo se envalentonó.

—Cuando hago una cosa, siempre espero que ocurra algo en seguida; cuando hablo de conejos blancos necesito tener en seguida un conejo blanco.

—Pues dile al maestro que te ponga un sencillo problema de multiplicar referente a conejos blancos.



Adiós, hijo mío, mejor me conocerás con el tiempo, y cuanto mejor me conozcas más me has de querer.

—Ya te quiero ahora—dijo Eduardo.

El Hada se echó a reír y despelgó sus espléndidas alas, en que relucía la gloria entera de las Matemáticas superiores.

Cerró Eduardo los ojos deslumbrados y los abrió en el instante en que la tapa del pupitre le caía sobre la cabeza, a impulso de una mano nada vacilante. Era, en efecto, la mano del profesor de matemáticas.

Le puso éste otro problema, y por coincidencia extraña se hablaba en él de conejos blancos. Empezaba: «si siete mil quinientos sesenta y tres conejos blancos...» Eduardo, con el cerebro hecho un torbellino, lo resolvió correctamente por una especie de inspiración, como un antiguo profeta, o como una máquina de calcular.

Cuando volvió con sus libros debajo del brazo al hotelito rojo cuyas tejas significaban para él el hogar, se encontró con una agitada multitud que se apiñaba junto a las puertas pintadas de blanco.

Toda la parte delantera del jardín y casi toda su parte trasera era una hirviente masa de conejos blancos. Para hablar con exactitud, había allí siete mil quinientos sesenta y tres. Nadie más que yo los ha contado. Eduardo, regocijadísimo, y sus padres, divertidos, nunca pudieron hacerlo.

—¡Cuántas conejeras vamos a necesitar!—exclamó Eduardo alegremente. Pero cuando su padre volvió de la Bolsa, donde pasaba los días entre números, sin duda bajo la dirección inmediata del Hada de la Aritmética, dijo en seguida—: Que avisen al recovero.

Así se hizo, y sólo un par de conejos blancos siguió siendo propiedad de Eduardo; pero, gracias sin duda al Hada de la Aritmética, por Navidad, aquellos dos conejos se convirtieron en diez.

Una vez despachados los conejos, la paz tendió sus alas perezosas sobre el hotelito; pero no fue por mucho tiempo.

—Dispensen—vino a decir el cocinero, asombrado, entrando en el salón—; las bodegas están rebosando de manzanas. Casi todas podridas. Pero yo no sé quién las trajo ni quién las recibió.

Por una vez en su vida de embustes, el cocinero decía la verdad. La bodega rebosaba de manzanas. Para ser exactos, había allí manzanas por valor de diecinueve duros, diecinueve pesetas, dos perras gordas y un céntimo.

Se fue Eduardo a acostar, ya completamente seguro de que no había soñado lo del Hada de la Aritmética, y pensativo y ansioso trataba de adivinar sobre qué materias versarían los problemas al día siguiente. Esperaba que no se hablaría en ellos de serpientes ni de maestros de escuela dominical.

## Cuentos de Calleja

El problema del día siguiente se refería a naranjas. Eduardo lo resolvió muy bien, y volvió a su casa conmovido por los más dorados presentimientos. No eran infundados. Todo el comedor y la mayor parte del recibimiento, hasta el séptimo escalón de la escalera interior, cuidadosamente alfombrada, aparecían cubiertos de áureas frutas. El padre de Eduardo habló no se qué de ciertos guasones, y mandó llamar al frutero. Eduardo se comió nueve naranjas y  $\frac{3}{7}$  de otra, y se fue a acostar todo amarillo, pero no completamente desgraciado.

Ya no había duda para él.

Al otro día el problema hablaba de elefantes, y eran en número tal, que su padre, al volver de sus asuntos, se sintió muy molesto y mandó aviso al dueño de la casa notificándole que iba a dejar un hotel en que con semejante abundancia se producían naranjas y elefantes.

Nadie sospechaba que Eduardo tuviese la más leve participación en los sucesos. Y, en realidad, no era suya la culpa.

Quisiera tener espacio para referiros lo que ocurrió cuando uno de los problemas puestos a Eduardo hablaba de medias tostadas. De los setenta y cinco cerdos que daban vueltas en un circo a distintas velocidades, sólo diré que parte del circo fue a parar al gabinete de la madre de Eduardo. Ni puedo detenerme tampoco a





relatar la historia de las trescientas lámparas eléctricas que aparecieron de pronto en el antes feliz hotelito. La madre de Eduardo se pasaba el día llorando, cuando no le daba por reír, y la gente venía, desde muy lejos, a contemplar la casa encantada. Porque cuando surgieron en ella cuatro mil lechuzas blancas y una torre de iglesia, todo el mundo pensó que aquéllo no era pura casualidad.

El maestro de Eduardo tenía un gusto delicadísimo para plantear problemas, y una vez, el que planteó se refería a bastones. Eduardo lo hizo mal, a propósito, pero de nada le sirvió, porque al volver a casa, allí estaban los bastones lo mismo que si lo hubiera hecho bien. Y como aquella mañana había cogido la navaja de afeitar de su padre para sacar punta a un lapicero, no fueron inútiles todos aquellos cincuenta y siete bastones.

Pero lo que convenció a Eduardo de la necesidad imperiosa de ver nuevamente al Hada de la Aritmética y rogarla que retirase los obsequios que la hacía, fue lo de la cisterna. No es muy cortés quien rechaza un obsequio, pero Eduardo lo tuvo que hacer. En el problema tenían que vaciarse tres azumbres en trece minutos y quince segundos; pero la cisterna de la casa tenía ya un agujero independiente, desde que a Eduardo se le ocurrió probar su flamante barrena, y cuando llegó del colegio se encontró con que los techos goteaban

abundantemente y la escalera parecía un Niágara. Aquello era conmovedor, pero en cuanto llegó el fontanero y el padre de Eduardo supo lo del agujerito, vio el muchacho que la solución era todavía más desagradable de lo que él se figuraba.

Con ésto se marchó a la cama llevándose una vela encendida y su libro de Aritmética. En cuanto puso la vela sobre la mesa de noche, una gota de agua que cayó del techo la apagó; tuvo que bajar la escalera para encenderla de nuevo. La dejó sobre la mesa y ¡chas!, apagada. Luego sobre una silla y ¡chas!, apagada. Por fin tuvo que dejar la vela encendida dentro de la jofaina que, por extraña casualidad, era el único sitio seco de la habitación.

Entonces abrió el libro, seguro de que en él hallaría algo con que evocar al Hada. Recitó la tabla de multiplicar hasta nueve, pero el Hada no aparecía. Leyó luego en voz alta los distintos teoremas con sus ejemplos correspondientes, pero sin resultado. Llamó después al Hada y no vino. Por último, empezó a contar mezclando con los números invocaciones y otras palabras:

—¡Oh, Hada buena!, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. ¡Ven en mi ayuda!, ocho, nueve, diez, once. ¡Hada hermosa, simpática, linda y amable! Nueve por nueve, ochenta y uno. ¡Hada querida, ven!, siete millones doscientos mil seiscientos cincuenta y nueve...



¡Toda la vida te querré si vienes ahora! Tres séptimos de cinco novenos, de cinco duodécimos, de dieciséis quinceavos.

¡Tan amable como fuiste el otro día! Dos y dos, cuatro, y tres siete. ¡Ven, ven ahora mismo, no tienes idea de la terrible confusión en que me has metido! Siete por nueve, sesenta y tres. Pero me figuro que lo hiciste con buena intención. ¡Hada querida! De trece a treinta y siete, van venticuatro. ¡Ven y mira el abismo en que estoy. ¡Ven!..., y el producto os dará el resultado que buscáis.

Calló Eduardo sin alientos, y miró a todas partes buscando al Hada; pero su habitación, con el agua que goteaba del techo, las toallas húmedas y los cazos por los suelos, no eran lugar digno de un Hada. Dando un suspiro, comprendió Eduardo que allí no acudiría nunca.

—Y mañana voy a tener otro jaleo—pensó—. Así fue en efecto.

El profesor de matemáticas estaba aquel día contento consigo mismo, porque había logrado que su mejor alumno resistiese a los atractivos de la Sección de Letras. La clase echó de ver en seguida el buen talante del profesor—es cosa que al punto se nota—y Eduardo se aventuró a pedir que los ejemplos de aquel día se refiriesen a un modelo de máquina de vapor.



—Pero a una nada más, señor maestro, si le es lo mismo—se apresuró a puntualizar.

El maestro consintió, y por fortuna el problema no hablaba de una caldera rota ni de otro accidente por el estilo, sino que se refería lisa y llanamente a la velocidad del modelo. Así Eduardo pudo saber, en cuanto lo resolvió, el lugar exacto donde encontraría en su casa la máquina de vapor, y el resultado estaba bien.

Metió entonces la cabeza en el pupitre y empezó de nuevo a invocar:

—¡Oh, Hada buena! Si dividimos, 4.700 duros entre A. B. y C... ¡Ven, ayúdame! Tres décimas partes de un duro son una peseta cincuenta céntimos. ¡Hada querida!, once, doce, trece, catorce; oh, Hada buena! ... y así sucesivamente.

Pero el Hada no acudió. Su compañero de mesa le murmuró al oído:

—¿Qué mascullas ahí?—y le pinchó con un alfiler en la pierna—. ¿Es que el problema no te sale?

De pronto, a Eduardo se le ocurrió lo que tenía que hacer: plantearse a sí mismo un problema. Y fue éste:

«Si en mi pupitre hubiera: 7.535 hadas y de ellas restara 710 y añadiese 1.006, y las demás huyeran por grupos iguales de 783 hadas, ¿cuántas me quedarían en el pupitre?»

Hizo las operaciones y llegó al resultado: una. Inmediatamente volvió a abrir el pupitre, y allí estaba



el Hada de la Aritmética, más hermosa que nunca, ostentando magnífica vestidura de exponentes con franja de inconmensurables que le llegaba hasta los pies en armoniosas curvas. Llevaba en la mano, como un cetro, la gloria astral del binomio de Newton; pero sus ojos eran estrellas de magnitud todavía mayor. Aunque sonreía, sus primeras palabras fueron de severidad.

—¡Habrás botarate!—dijo—. ¿Cuándo aprenderás a ser cuidadoso? Aquí me tienes por casualidad. Debiste plantear el problema más claramente, diciendo: siete mil Hadas de la Aritmética. Porque imagínate tú que hubieses encontrado un Hada en el pupitre y ese Hada hubiera sido de la Gramática... o la del Balompié... ¿qué hubieras hecho entonces?

—Pero ¿hay un Hada del Balompié?—preguntó Eduardo.

—¡Ya lo creo! Hay un hada para cada cosa que se puede aprender. Un Hada de la Paciencia, un Hada del Buen genio, un Hada que enseña a hacer pan, y un Hada del amor. ¿No lo sabías?

—No—dijo Eduardo—, pero... mira...

—Ya estoy mirando—contestó ella fijando sus brillantes ojos en los saltones de Eduardo, enteramente lo mismo que la primera vez.

—No..., quiero decir..., vamos...—decía el muchacho.

—Te estoy oyendo—insistió ella.

—Hada buena, Hada hermosa, Hada querida...—  
empezó a repetir Eduardo.

—¡Vaya!, ¿qué quieres?

—¿No oíste lo que te dije ayer, mientras goteaba el  
techo de mi cuarto llenando de agua la habitación?...

—¿Por nueve sitios diferentes?... Sí lo oí.

—Pues, bueno...—dijo Eduardo.

—¿Quieres decir que te has cansado ya de que se  
realicen los resultados exactos de tus problemas? ¿Pre-  
fieres lo de antes?

—Sí, por favor—suplicó Eduardo—, si no te mo-  
lesta... Ya sé que lo has hecho por amabilidad, pero  
mira: algunas veces han ocurrido cosas de mucho  
bulto.

Y al decir ésto, me figuro yo que pensaría en los  
elefantes.

—Lo hice sólo por complacerte—dijo el Hada ha-  
ciendo un pucherito—. Pero voy a dejarlo todo como  
estaba. ¿Estarás contento? Pues aún te queda un tercer  
deseo; ya sabes que siempre son tres los deseos que  
realizamos: es costumbre de nuestra profesión. Dí,  
pues, qué deseas.

No había puesto Eduardo mucha atención a tal dis-  
curso, del que sólo había oído lo de «dejarlo todo como  
estaba», y el «¿qué deseas?» final. Y contestó:

—Deseo volverte a ver algún día.

El Hada de la Aritmética le sonrió, con lo cual su belleza se hizo aún más esplendorosa. No se esperaba ella tal contestación.

—Estaba segura de que ibas a pedir una jaquita, o un juego de bolos, o un par de ratas blancas—dijo—. Me volverás a ver, Eduardo, adiós. Y la visión radiante se desvaneció en una nubecilla de sonrosadas permutaciones.

Cuando Eduardo llegó a su casa supo que en la despensa se había encontrado un modelo de máquina de vapor y que se lo habían dado a su hermanito para que jugara. Hay tristezas que una pluma como la mía nunca podrá describir como es debido.

\* \* \*

Eduardo es hoy una reposada persona mayor; viste levita negra y el pelo se le va desprendiendo poco a poco de la sabia cabeza; me figuro que es por sentirse indigno de cubrir tan gran cerebro. El Hada ha permanecido invisible al lado suyo durante muchos años, hasta que el otro día la vio.

Se había hecho doctor en Ciencias con nota de sobresaliente; pero nada significaba ésto para Eduardo. Era astrónomo del Real Observatorio, para lo cual tenía méritos más que suficientes.

Un día, al levantar la cabeza después de varias horas de investigación, se encontró con que había in-





ventado una flamante Hipótesis Hipernebulas, y entonces pensó en el Hada, y al pensar en ella la vio. Apoyábase ligeramente sobre un montón de libros que tenía por base los «Principia» de Newton y por remate la última obra de Eduardo: «La cuarta dimensión y las ulteriores», Él la conoció en seguida y apreció al instante, más que cuando era chico, el esplendor de sus ojos y de sus alas, porque ahora entendía de tales cosas.

—¡Hada querida, Hada hermosa!—exclamó gozoso—, ¡cuánto me alegro de verte!

—Nunca me aparté de tu lado—dijo ella—: me gustaría seguir favoreciéndote. ¿Necesitas alguna cosa?

El gran matemático que Eduardo había llegado a ser llevó la mano a los escasos cabellos.

—Nada—dijo—, nada.

Y entonces se acordó de la escuela y del compañero de al lado y del viejo pupitre en que solía guardar luces de bengala—. A no ser...—añadió— a no ser que puedas volver a hacerme joven.

Y se enjugó una lagrimilla, clara como un problema resuelto.

—No puede ser—le dijo el Hada—; no lo puedes tener todo. La única persona que podría lograrlo para tí es el Hada del Amor. Si la hubieras encontrado a ella en el lugar mío, serías siempre joven, pero no habrías inventado la «Hipótesis Hipernebulas».



## Cuentos de Calleja

—Me figuro que ya no podré encontrarla nunca— dijo Eduardo; y mientras hablaba miró al jardín, en donde una muchacha estaba cogiendo rosas.

—¡Quién sabe!—replicó su protectora—. El Hada del Amor no suele vivir en los pupitres de las escuelas ni en los libros que tratan de la cuarta dimensión.

—¡Quién sabe!—se dijo Eduardo; y añadió en voz alta—: El Hada del Amor ¿suele vivir en los jardines?

—¡Quién sabe!—volvió a decir el Hada de la Aritmética, un poco triste; y desplegando las brillantes alas salió volando por la ventana de la habitación y de este cuento.

Eduardo se encaminó al jardín de las rosas. ¿Encontró en él al Hada del Amor?

¡Quién sabe!

\* \* \*

Nota.—El individuo de la Academia de Ciencias me dice que el resultado de aquel problema del principio es 95 duros, 23,75 pesetas, 2 perras grandes y 1 perra chica.

¿Está en lo cierto el individuo de la Academia de Ciencias?

¡Quién sabe!





*LA MONTAÑA AZUL*



NONA VENTURA



*Los dos son muy adiosos*

**T**ONINO era un muchacho, y a su abuelo le llamaban Tonino el viejo. El cuento que vais a leer se refiere a Tonino el nieto, y no hay quien crea una palabra de todo él, excepción del propio Tonino.

Tonino era natural de Formigueira, pueblo de que acaso no se hable en la historia; pero si en la historia se habla de Formigueira, no es de la del cuento, sino de otra muy distinta. Era un lugar en que todos tenían obscura la tez, no muy medrada la estatura y muy mal carácter; en Formigueira no gustaban las gentes



## Cuentos de Calleja

blancas de rostro, aventajadas de cuerpo y alegres de genio. Cuando la madre de Tonino vio que su hijo era blanco como un narciso y que reía todo el tiempo, exclamó:

—¡Ay, hijo mío, debes de salir a tu abuelo; y no te pareces en nada a mi familia!—y de pena que le dio acabó por morir.

Entonces Tonino el viejo tuvo que encargarse de la criatura, porque al padre del niño le habían matado en la guerra pocas semanas antes.

Los de Formigueira luchaban constantemente con las tribus vecinas, salvajes de roja piel, no merecedores





de mejor destino que el de ser muertos; pero siempre moría en la demanda algún formigueirano, porque todo juego tiene sus quiebras, y donde no hay peligro no hay gloria, ¿no es verdad?

A Tonino se le conservó rubio el pelo, y con los años su constumbre de reirse fue creciendo; aprendía las lecciones con el mismo afán que otros se dedicaban a sus juegos. Era un chico excelente, y de no haber tenido el pelo rubio y el carácter muy abierto, hubiera logrado ser el más popular entre todos sus compañeros de escuela.

Su abuelo le llamaba «gracioso», pero los de Formigueira solían llamarle «holgazán»; porque ya os he



dichò que todos eran muy negros y, por lo general, muy desagradables. Corrían de un lado a otro por toda la ciudad, y todos parecían solicitados por los más urgentes negocios o acudir a una cita de la más viva importancia. Pasábanse el día corriendo, dedicados a sus asuntos, apenas se paraban un instante a almorzar o a tomar el te, y nadie había visto nunca dormido a uno de ellos.

—¿Por qué, abuelito—preguntó una vez Toninó—



por qué son así? ¿Por qué no se sientan a descansar en determinados momentos, como usted y como yo?

—Así es el carácter nacional, hijo mío—contestó Tonino el viejo—. No pueden estar parados: es la raza, que no lo consiente. Todos se parecen aquí, excepto nosotros dos. Mira, sino, al rey, que anda más deprisa aún que los otros y es más... y es más noble y activo, así Dios le guarde.

El viejo acabó su discurso en tono muy distinto del que había empleado al comenzar; y era porque, de pronto, había vislumbrado los destellos de la corona del rey, que asomaba la cabeza por la esquina más próxima.

El rey de Formigueira iba siempre deprisa, de un lado a otro, y, por consiguiente, rara vez se le veía en el trono; sus leales súbditos tenían que mantenerse ojo avizor, porque estaban seguros de encontrársele delante cuando menos lo esperaban. Os figuraréis que esta leve dificultad podría ser fácilmente vencida sólo con esperar al rey donde menos les pareciese que podía estar; pero si intentáis en vuestra casa un procedimiento análogo con el aya, el tutor o la niñera, ya veréis que no resulta todo lo fácil que a primera vista parece.

—¡Hola!— dijo el rey deteniéndose ante el portal y soltando una sonora carcajada—¿conque maquináis una traición? Ya sabéis la pena marcada por el Código:

apretarle a uno con tenazas negras hasta que... bueno... hasta que no sienta ya uno el dolor...

—¡Su Majestad siempre tan ocurrente!—dijo en tono cortés Tonino el viejo; y Tonino el pequeño resolvió arreglárselas para que cuando fuese mayor no le fuesen con ocurrencias por el estilo.

El Rey inspeccionó rápidamente toda la casa, mirándolo todo: aparador, sillas, platos y cacharros. Molesto porque a nada le podía poner tacha, dijo: «Mucho cuidado con el lujo», y se escapó para ir a caer sobre alguna otra humilde morada. No había etiquetas para el rey Antonino XXIII. Se metía por todas partes sin esperar a que le invitaran, y cogía a sus súbditos en la disposición que los encontraba.

—El rey Antonino XXIII es el más noble de los monarcas—afirmó Tonino el viejo, cuando su nieto y él se sentaron a tomar su modesta comida.

—Bueno, abuelito, ya se ha marchado, y, por milagro, no se ha puesto a escuchar detrás de la puerta—dijo el nieto.

El rey, entretanto, corría de aquí para allá por las calles muy concurridas de su capital, sorprendiendo noticias y dejando ver a sus súbditos que su reinado no era meramente cuestión de fórmula, sino que se interesaba en realidad por lo que hacían sus más insignificantes vasallos.

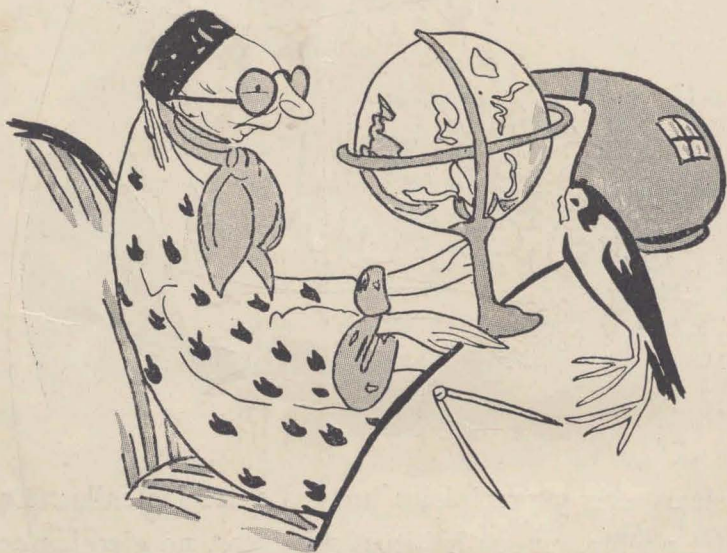
Era una ciudad muy rara, toda cuevas, con peñas



escarpadas y precipicios hondos entre las calles. Los del pueblo, en sus hábitos laboriosos, no ejercían comercio ninguno, o, por mejor decir, no fabricaban ninguna cosa. Edificaban casas y se ocupaban del sustento de sus familias. Envolvían a sus hijos muy cómodamente y los llevaban de un lado a otro en edad más temprana de la que nosotros consideramos segura, y ordeñaban sus vacas, muy grandes, verdes y con alas; se bebían la leche, cogían la fruta de los árboles



en el llano que se extendía al pie de la ciudad, y se las vandeaban de un modo bastante aceptable. Únicamente una quiebra tenía la vida en Formigueira, y era su incertidumbre. A cada momento podía sobrevenir un terremoto que echara por tierra media ciudad, y los activos ciudadanos no tenían más remedio que



reedificarla. Pronto lo hacían, porque a industriales no les ganaba nadie. Más terribles aún eran las lluvias tormentosas y ardientes que caían a veces sobre la población; el agua hirviendo acababa con todo. Por fortuna, tales lluvias eran poco frecuentes.

Tonino el viejo era enterrador y custodio de los

archivos de la ciudad, cargos que desempeñaba esmeradísimamente. No tenían sus lápidas una mota de polvo. Horas y horas se pasaba dándoles brillo, y se sabía de memoria la mayor parte de las inscripciones. Después de cada terremoto cuidaba siempre de restituir las losas a su primitivo lugar, y un día en que es-



taba dedicado a tal operación, encontró una lápida que no recordaba haber visto antes. Llamó a Tonino el pequeño, que había ido a la escuela graduada, para ver si conseguía descifrar las palabras truncadas escritas en ella.

—Parece que está en idioma extranjero—le dijo.

—No lo entiendo—contestó el chico—; no está grabado, es cosa de la piedra. Parece como si calara desde el otro lado.

Volvieron la losa, y en la otra cara leyeron una inscripción que cien veces habían ya leído.

AQUÍ YACE SATURNINO SEQUEIRA  
DE LA R. ACADEMIA DE MAGIA.

*Aunque no lo creáis, cerca está el día  
en que se ha de cumplir su profecía.*

*Nota. — Ya veréis si lo está o no lo está.*

—¡Ay!—exclamó Tonino el viejo—¡Pobre Saturnino! Parece que fue ayer. Era muy buena persona, pero no prosperó mucho. Mago de profesión, casi nadie le tenía por una gran cosa; únicamente el rey, si acaso, y nunca le ayudó. Sabía hacer juegos de manos con un par de huevos y un sombrero, aunque a veces se le rompían. Y casi nunca le salió aquel otro del pañuelo y del pececito.

Tonino el viejo fue a colocar la losa en su sitio, pero su nieto la sostuvo con una mano, mientras con la otra intentaba rascar el dorso de la lápida.

—Aquí ha de haber algo—dijo—; dejémosla derecha en vez de colocarla y yo la restregaré perfectamente a ver si leemos lo que pone. ¡Pobre Sequeira! Me gustaría saber de qué profecía se trata. ¿Era ducho en profetizar, abuelo?

—Ni pizca—dijo el enterrador—. Pero hay que ha-





cerle la justicia de reconocer que lo abandonó en sus últimos años. La gente había dado en reirse de él, porque nunca ocurrían las cosas que profetizaba. Ha-

cia el final de su vida se quedó muy débil, y apenas lanzaba una predicción de año en año. En otro tiempo hubiera dicho: «No sé si el domingo lloverá»; pero entonces ya no se atrevía a sospechar nada; era un viejecito muy sereno, el pobre Saturnino. No se le asombraba así como así.

Tonino el pequeño trató de que otros chiquillos compañeros suyos se interesaran por la inscripción del reverso de la losa del pobre Sequeira, pero ninguno le hizo caso. Tenían demasiada prisa para que consintieran en dedicarse a una operación tan lenta como la de descifrar lápidas sepulcrales; pero Tonino, perseverante, siguió trabajando. La fregó muy bien con jabón y potasa, polvo de ladrillo y vinagre, piedra pomez y gamuza, asiduidad y paciencia, cosas, estas dos últimas, que lo dejan todo perfectamente claro. Al cabo de algún tiempo empezaron a verse unas cuantas letras aquí y allá, y luego Tonino pudo leer palabras enteras.

Una era «montaña» y otra «leche» y otra que no se leía bien. La última palabra era «reinando» y la segunda «Tonino».

—Esto debe referirse a mí—pensó el muchacho—, porque trae mi nombre.

—Algo tendrá que ver con el rey—dijo Tonino el viejo—porque dice «reinando»; lo que debes hacer es





irte a palacio en seguida,  
y ándate con cuidado no  
sea que él se entere por  
sí mismo.

Tonino anduvo con cuidado, y antes de cinco minutos llegó al Palacio Real. El rey, por un milagro, no se dedicaba en aquel momento a la tarea de espiar a sus súbditos, sino que estaba en su trono, en medio de sus hormigueantes cortesanos negros, ocupadísimos todos en hacerse lo más diminutos que les era posible. La razón de ésto consistía en que el rey era muy bajo, aunque presumía de no serlo. En el padrón y en la lista civil se indicaba siempre como «hombre robusto,



de estatura regular»; pero ni a lo regular llegaba, y en robustez no aventajaba tampoco a los demás.

—¡Hola, chico!—exclamó el rey Antonino XXIII—  
¿Qué te trae por aquí?

—Una profecía—respondió Tonino.

—Profecías no faltan—interrumpió el rey Antonino—, pero carecen de interés desde que el pobre Saturnino Sequeira murió. ¡Aquél sí que era un profeta con toda la barba!—prosiguió, dirigiéndose a los cortesanos— Cuando yo era niño, me profetizó una vez que si llegaba a la mayor edad acaso sería rey. Aquello le agradó mucho a mi padre, el difunto rey; bien lo recuerdo.

Inclináronse todos los cortesanos, y le manifestaron que era, en realidad, admirable. Tonino habló luego:

—Lo mejor sería que V. M. viniera a ver la profecía, porque debe de ser la última del sabio Sequeira, y dice que se ha de realizar.

—¿Y no puedes traerla aquí?—preguntó el rey.

—No —repuso el muchacho—, porque está en una losa sepulcral.

—Claro que no—dijo el rey, pensativo—no tienes bastante robustez. Tu estatura aún no llega a la regular.

—Venga V. M. a verla cuando guste—añadió Tonino—. No hay prisa.

—Pues vamos—ordenó el rey—. Me canso ya de estar sentado.



Salieron todos, rey, cortesanos, heraldos, hombres de armas, portaestandartes y alabarderos, y por las calles angostas, oscuras, agrietadas de la población

llegaron al cementerio, en donde había sepulcros de todas clases, lápidas tendidas y erguidos mausoleos.

Tonino pasó delante de todos y se arrodilló junto a la lápida. Se puso luego en pie de un brinco, y exclamó:

—Apresúrese, que se ve tan claramente como su nariz entre sus ojos.

—Como su real nariz entre sus reales ojos, dirás— corrigió todo apurado Tonino el viejo.

Pero el rey, con el interés que mostraba, no se enteró de las palabras de sus súbditos.

Se acercó a la piedra, y leyó, al mismo tiempo que Tonino y los cortesanos:

*«Cuando Tonino la blanca leche beba  
de la Montaña Azul, vestirá seda.  
En el país nadie más alto habrá;  
la población feliz con él será.  
Pan tendrá el pueblo fiel bajo su mando,  
y él dos mil años vivirá reinando.*

*¡Hurra!*

*Saturnino Sequeira.»*

Cuando el rey lo hubo leído exclamó:

—¡Ya me parecía a mí!

Los cortesanos dijeron lo mismo.

—Tonino soy yo—dijo el rey.

Los cortesanos dijeron que sí, que lo era.



—Soy el rey Tonino XXIII—dijo de nuevo.

Y los cortesanos repitieron que sí, que lo era. Todos hablaban a la vez, en coro.

—Me pusieron Antonino, naturalmente—prosiguió su inquieta majestad, dando vueltas entre sus dedos al collar de oro—, pero ya sé que mis súbditos, al hablar de mí, usan siempre a mis espaldas el cariñoso diminutivo.

Los cortesanos aseguraron al rey que así era.

—¿Supongo que no habrá otro que se llame Tonino?

El rey paseó una mirada amenazadora sobre la multitud, y todos dijeron: «No hay nadie». Tonino el viejo se puso extraordinariamente pálido, y corriendo al archivo tomó el registro de nacimientos y se





cambió el nombre, poniéndose Cecilio Ernesto Simón. Pero Tonino el nieto exclamó sin preocuparse:

—Yo me llamo Tonino.

—¿Cómo? — dijo Su Majestad — Vamos a verlo en seguida. ¡Guardias, apoderaos de él! Dí cómo te llamas.

—Tonino—repitió.

—No te llamas Tonino—dijo el rey—te llamas...— No se le ocurría de pronto otro nombre y se quedó callado.

—Me llamo Tonino—insistió el chicuelo.

—Que lo lleven al Palacio del Parlamento—ordenó el rey, rabioso en su interior—y que trabé conocimiento con la Maza.

Y Tonino trabó conocimiento con la Maza y recibió una azotaina que se encargó de darle la Foca Mayor, colérico animal que vivía en el Parlamento en una jaula. Tan sin fuerzas, quebrantado y entristecido se quedó, que se puso contentísimo cuando le permitieron asegurar que se llamaba de cualquier modo que fuese agradable al rey, excepto Tonino; y que, claro está, en la vida se había llamado de tal modo. Por fin quedó en llamarse Guillermo Federico Simón, y le pusieron en libertad bajo fianza.

—Pero aunque no quieran, Tonino me llamo—iba diciendo para sus adentros cuando volvía a su casa, lleno de tristes recuerdos de la Maza y de la Gran Foca—. Me gustaría saber dónde está la Montaña Azul...

Mucho rato anduvo dándole vueltas Tonino a la profecía del pobre Saturnino. Acaso los apretones de la Gran Foca se le habían estampado en la imaginación. Por ésta o por otra razón, no se le olvidaba, y al día siguiente, mientras andaba errante por los escarpados linderos de la ciudad, se puso a mirar el paisaje que a sus pies se extendía. No era muy interesante que digamos. Una vasta selva de verdes árboles parecidos a bambúes, con cuyo fruto se alimentaba el pueblo,



## Cuentos de Calleja

rodeaba la parda colina en que se alzaba la ciudad; y más allá de la selva veíase el comienzo de otra selva más anchurosa, adonde nunca habían osado llegar



los de Formigueira, selva cuyas hojas eran cien veces mayores que el mismo rey, y en que los troncos de los árboles eran mayores que países enteros. Por encima

de todo extendíase el cielo azul; pero por más que Tonino miraba, no veía por ningún lado montañas azules.

De repente observó que la selva mayor se agitaba y estremecía, apartándose a uno y otro lado sus hojas enormes.

—Debe de ser un terremoto—pensó Tonino, echándose a temblar, pero sin moverse de su sitio; y su valor obtuvo el premio que el valor merece. Un momento más tarde, las ramas de la vasta selva se apartaron y una figura gigantesca, saliendo de la espesura, entró en el bosque de árboles semejantes a bambúes. Tenía en la mano un enorme tazón blanco, tan grande que podría botarse en él un buque. Si la frase no hubiera de parecer algo ridícula, me atrevería a decir que aquella figura dio a Tonino la impresión de una muchacha gigante. Sentóse entre los bambúes, y al sentarse aplastó millones de árboles. Con un cucharón tan largo como dos veces el comedor de gala del rey empezó a sacar líquido del tremendo pilón. Vio Tonino grandes zoquetes, como bloques de frío mármol, gravitar en el vasto cucharón, se dio cuenta de que la muchacha gigante estaba tomando gigantescas sopas de leche. Llevaba un vestido gigantesco, y aquel vestido era azul. Tonino comprendió en seguida. Allí estaba la «Montaña Azul» y en aquel mar tan grande, tan grande, del tazón, estaba la leche, la leche de la «Montaña Azul».

Tonino permaneció unos instantes inmóvil, y después, corriendo todo lo de prisa que pudo, se fue derecho a la real presencia. Para ser más exacto, se dio de bruces con Su Majestad, que, según costumbre, salía precipitadamente de Palacio. Al rey le molestó mucho aquello. Se negó a escuchar una palabra de lo que Tonino había de decirle, mientras no estuvo reunido el Parlamento y votada una ley reforzando las penas establecidas contra la desvergüenza. Entonces pudo Tonino referir lo que había observado, y en cuanto lo refirió, todos corrieron hacia las murallas de la ciudad para verlo. Pero ya no se veía ninguna montaña azul.

Entonces Su Majestad le dijo a Tonino lo que pensaba de él, que, por cierto, no eran cosas agradables de oír.

—No soy embustero—contestó Tonino—. Siento haberos dicho lo que os dije; más me hubiera valido ir en persona y aprovecharme yo solo. Me llamo... Guillermo... Federico... Simón...—y calló todo confuso.

—Ya sé cómo te llamas—dijo el rey—, y si tal montaña existe, cosa que ni por un momento he creído, lo mejor que podías hacer es ir y traerme un poco de leche (aunque no creo que haya tal leche) del tazón de la montaña (que según presumo, no existe más



que en tu imaginación). Si lo traes aquí, serás debidamente recompensado.

—Perfectamente—dijo Tonino—¿La traigo en una jarra o en un bote?

—Yo te dejaré mi pichel—contestó el monarca—, y no dejes de traerlo lleno.

Cogió Tonino el pichel, que tenía una inscripción:

«Al buen reyezuelo. Recuerdo de Amberes». Besó a su abuelo y emprendió su largo y peligroso viaje.

Atravesó las calles tumultuosas, en que todos iban corriendo con el fantástico apresuramiento habitual, y salió por las puertas de la ciudad al camino que llevaba al bosque. Los



troncos de los árboles eran muy altos, crecían muy erguidos y una amortiguada luz verde brillaba en derredor. El terreno era quebrado y escabroso y Tonino a veces tenía que dar un largo rodeo para evitar algún peñasco o hendidura. Pero adelantó bastante porque era buen andarín, y no se equivocó de camino, por más que el país le era del todo extraño.

Se habían dado en su escuela clases nocturnas para enseñar a los muchachos el arte de recorrer sin extraviarse tierras desconocidas, y Tonino había seguido todas las conferencias, tomando apuntes, y además enterándose, razón por la cual se hallaba en disposición de practicar lo que había aprendido, y se alegraba de no haber perdido el tiempo en hacer caricaturas de los maestros o en jugar con los chicos que estaban a su lado o en salpicar de tinta a los muchachos más estudiosos.

Pero el viaje era más largo de lo que él había creído, y el pichel casi le servía de estorbo: temiendo estaba que se le rompiese, y es cosa terrible eso de romper un pichel con un letrero que dice: «Al buen reyezuelo». No sería fácil sustituirlo, porque hay actualmente muy pocos picheles de éstos. La demanda es escasísima o nula.

Por fin la luz verde del bosque empezó a volverse más brillante, y Tonino vio que se acercaba a un claro

entre árboles y entró en él con cuidado, poquito a poco, porque tenía los pies doloridos.

Salió de la enramada, y vio un espacio abierto en redondo, con millones de árboles caídos y comprendió que aquel era el lugar en que la montaña se había sentado a comer su inconcebible desayuno enorme.

Pero no se veía por allí montaña alguna, y Tonino pensó que nada mejor podía hacer que esperar sentado, a ver si la Montaña Azul acudía al mismo lugar la mañana siguiente a tomar el desayuno.

Buscó un lugar de descanso en que pudiera estar seguro y pronto halló el que necesitaba: una angosta cueva de techumbre y paredes de tierra seca. Allí se pasó todo aquel día y la noche siguiente, alimentándose con la fruta de los árboles caídos.

A la mañana siguiente se oyó un roce de árboles que se agitaban, y, dando zancadas por encima de las altas copas presentóse la Montaña Azul; el bosque se inclinaba al peso de sus colosales patazas negras, calzadas con zapatos macizos de monstruosos cordones. Tan grande era cada uno de aquellos zapatos que hubiera podido aplastar a cien Toninos de un pisotón. Así es que él se escondió en su cueva, y pronto conoció por el crujido del suelo, parecido a un terremoto, que la montaña se había sentado.

Entonces salió. Se hallaba demasiado cerca para que pudiese ver bien a la montaña, pero vio cerca de



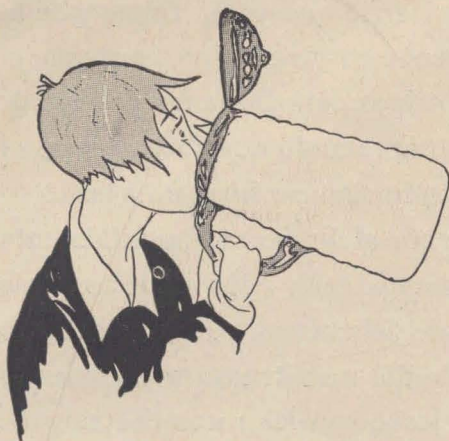
sí un gran pliegue azul de su vestido, y en lo alto la lejanía azul de las gigantescas rodillas de la muchacha. En su cumbre relucía un vasto redondel blanco, el gran tazón de sopas de leche.

Tonino empezó a trepar por el pliegue azul. Era una tabla rígida, almidonada —me figuro que con almidón gigantesco—, y soportaba su peso con facilidad. Pero la ascensión era larga, y lanzó un hondo suspiro de satisfacción al llegar a la meseta de las rodillas de la muchacha gigante y ver ante sí la suave redondez de porcelana del amplio tazón. Intentó una y otra vez escalar su pulida superficie, pero todo



fue inútil. Entonces advirtió que podía trepar por la manga del brazo gigantesco cuya mano sostenía el cuenco. Haciendo de tripas corazón empezó a subir, despacio y con tiento, apretando contra su pecho el precioso pichel. Su respiración se hizo fatigosa conforme iba subiendo, pero al fin se vio triunfalmente en lo alto de la gran manga azul. Fácil era ir a rastras desde allí hasta el borde del cuenco, y al cabo se halló en la resbaladiza orilla del monstruoso pilón, viendo a sus pies el lago de leche con las rocas de pan que flotaban en él, sobre un abismo de muchos metros. La cabeza le dio vueltas, y perdiendo pie, pero sin soltar el pichel, cayó de cabeza en las sopas de gigantesca leche. Por fortuna las sopas de pan eran blandas. Tonino se subió a una de ellas. Estaba empapado, pero ningún hueso se le había roto, y el pichel... ¡oh, alegría!, el pichel estaba incólume. Lo inspeccionó ansiosamente Tonino, sentándose en una roca, lugar de descanso resbaladizo e inseguro. No tenía el pichel más que una rajita junto al asa, y Tonino creía recordar que antes ya estaba así.

—No sé cómo voy a arreglármelas para salir— dijo—. Quizás no lo consiga nunca, pero por si lo consiguiera lo mejor que puedo hacer es llenar el pichel—. E inclinándose en la roca lo metió en el lago de leche, mucho más espesa que la de las vaquitas verdes y aladas, única que Tonino conocía. Acababa de llenar



el pichel y de taparlo con un trozo de pergamino que había traído a prevención de los archivos de la ciudad, cuando, de repente, estalló en sus oídos un estruendo como de tronada. A la verdad que casi se le

rompe el oído; y el susto fue tal que a punto estuvo de escapársele de entre las manos el precioso pichel. En tonces una ola de leche le cubrió casi hasta la cabeza. El cuenco macizo se inclinó hacia un lado, y hubo de pronto un choque como el de un temblor de tierra. Habían dejado el tazón en el suelo. Tonino se dio cuenta de que la Montaña Azul le había visto y había dado un grito. ¿Qué iría a hacer la muchacha gigante? ¿Le mataría?, y ¿cómo le mataría, si le mataba?

Estas interrogaciones suministraron a Tonino abundante materia para interesantes reflexiones en los momentos inmediatos.

Miró en derredor, buscando sitio por donde escapar. Por todas partes se alzaban las lisas paredes blancas. El tremendo cucharón que había visto en manos



de la Montaña Azul no se había quedado, por desgracia, en el cuenco, que, sino, por allí se podía trepar. Se tuvo por perdido; pero de repente vio que por el borde del tazón asomaba el fino tronco de un árbol y que lo empujaban hacia él, sí, hacia la misma roca de pan que le sostenía. ¿Trataban de aplastarle? ¡No! La extremidad del tronco se quedó apoyada en el pan, a su lado, y suavemente se movió hacia él. Entonces vio que la Montaña Azul no era un ser sanguinario; no se trataba de destruirle, sino de ofrecerle un modo de escapar. Presuroso encaramóse en el árbol; pero cuando estaba a medio salir, la muchacha gigante tiró el árbol a un lado, y con Tonino agarrado a él, fue a dar con estrépito en medio del bosque. Cuando Tonino volvió en sí, a poco más lanza un grito de alegría viendo intacto el pichel.

Nunca supo cómo volvió a su casa.

Cuando dio el pichel a Su Majestad, el monarca le miró y le dijo:

—Esta leche es muy espesa.

—Es leche de vaca gigante—contestó Tonino—; bébasela y veamos qué ocurre.

—No haré tal—dijo el rey, desconfiado—. Figúrate que fuese veneno. Necesito que la analicen.

—Bueno, V. M. me prometió una recompensa—dijo Tonino—, y no la escatimaría si supiera cómo me la he procurado. A poco me matan, créalo.

—¡Recompensa!—dijo el rey que había inspeccionado muy cuidadosamente el pichel—¡Recompensa, después de haberme roto el pichel, este pichel que tanto quería, con su dedicatoria «Al buen reyezuelo»! ¡Buena recompensa mereces! Más valdría que la Gran Foca te diese una azotaina...

Pero ya Tonino no estaba allí. Corrió a casa de su abuelo, y su abuelo no estaba en casa; no había más que una carta sobre la mesa de la cocina.

«Querido nieto—decía la carta—: El rey se ha enterado de que mi nombre, según el Registro Civil, era Antonio Abad, y se niega a creer que el cambio por el de Cecilio Ernesto Simón se hiciese cuando nací. Voy a ponerme en seguridad huyendo, y no tengo más que una recomendación que dejarte: *Haz lo mismo que yo*. Te quiere de veras tu abuelo».

Tan bien le pareció a Tonino la recomendación, puesto que también constaba su nombre en el Registro Civil, que iba a seguirla cuando, de repente, se abrió la puerta y apareció el rey con el ejército detrás. Cuchicheaban, bullían y se apretujaban todos en derredor de la casa, lo rompieron y destrozaron todo en ella y cuando ya no les quedó ningún estropecio que hacer se llevaron a Tonino a la cárcel

—Así me premia por haberle traído lleno el pichel—decía para sus adentros el pobre Tonino, sentado en la prisión, cargado de cadenas y esperando a que



le juzgaran—. ¡Ojalá me hubiera yo bebido la leche! Para ésto sirve la lealtad. Pero no me importa: Tonino me llamo y él no, y estoy dispuesto a decirlo aunque me ahorquen.

De acuerdo con tal resolución, al día siguiente, ante el tribunal, Tonino lo sostuvo y, lo que es más, anduvo muy cerca de que le ahorcaran. Porque el rey Antonino XXIII estaba furioso. Bailaba de puro co-



raje y necesitó que seis primeros ministros le ayudasen a calmar su emoción, mientras el juicio continuaba. Se acusaba a Tonino de tentativa de asesinato contra el rey. Todo aquello, según el fiscal, no era más que una conspiración. La profecía de Saturnino Sequeira, ignorada de todos hasta que Tonino la descubrió; la Montaña Azul que sólo Tonino había llegado a ver; el espeso líquido misterioso, todo revelaba negra traición y villanía. La rajadura del pichel era una agravante singularísima. (Todos estos terminajos eran los que empleaba el fiscal). Se trataba de una vil maquinación, seguía diciendo, pero había fracasado. El director del Laboratorio Judicial confirmó que la leche no era leche, sino cierta substancia explosiva harto peligrosa de analizar.

Miró Tonino al Jurado, volvió los ojos al Tribunal de Derecho y se convenció de que aquello iba poniéndose muy feo para él. Cuando se le preguntó qué tenía que alegar en su defensa, dijo:

—Hay personas con quienes es inútil alegar nada, porque no escuchan razones.

—Tengo el deber de advertirle—dijo el fiscal—que todo cuanto diga se ha de volver en contra suya.

—Ya lo sé—contestó apesadumbrado Tonino—, pero no lo puedo evitar, puesto que cuanto hago se vuelve en contra mía. Nunca debí decir a nadie una sola palabra de todo ésto. Pude haberme bebido yo

la leche y ser yo el rey, pero a él se la traje, y quien rompió el pichel no fuí yo. Por lo menos estoy casi seguro de no haberlo roto. Sólo siento no haberme bebido la leche.

—¡Que se la beba!—gritaron mil voces entre la compacta muchedumbre que llenaba la sala.

—¡No—intervino el rey, presuroso—, que pudiera no ser veneno!

—Séalo o no, V.M. no debe tomarla—dijo el fiscal en tono decidido—. Porque, si es veneno, el acusado merece bebérsela, y si no lo es, el acusado puede salir de aquí sin que nos quede duda acerca de su carácter.

—¡Es veneno!

—¡No lo es!

—¡Lo es!

—¡No lo es!

El griterío era cada vez mayor.

—¡No es veneno, sino leche!—clamó Tonino; y cogiendo de improviso el pichel, que habían llevado ante el Tribunal como pieza de convicción, se lo llevó a los labios, y antes de que el carcelero pudiese impedirlo lo apuró de un trago y salió de la sala, sin que, atónitos como estaban todos, pensara nadie en detenerle.

Apenas hubo salido, sintió en sí un súbito y terrible

cambio. Crecía, crecía, crecía. Precipitadamente se alejó de la ciudad, comprendiendo que pronto iba a ser pequeña para contenerle. Ya fuera, siguió creciendo cada vez más; los árboles de la selva cercana eran como hierbajos a sus pies, y el pichel se le escapó de las manos como un granito de arena. Y de pronto vio a su lado a la Montaña Azul, que era una muchachita con vestido de ese color, no más alta que él.

—¡Hola!—dijo la Montaña Azul—¿De dónde sales?

—De allá abajo, de la ciudad—contestó Tonino.

—¿De allá?—preguntó ella inclinándose hacia el suelo—Eso no es una ciudad, tonto; bien sabes tú que no es más que un hormiguero.

—Es mi ciudad natal—insistió él—y se llama Formigueira, y...

Le contó cuanto había ocurrido. Mientras le oía, sentóse ella en el suelo para escuchar cómodamente y aplastó millones de árboles al sentarse. Y Tonino se sentó igualmente, aplastando otros millones más, sólo que entonces le parecía que se sentaba en la hierba. El tamaño de uno influye mucho en las sensaciones que experimenta.

—Pues allí vivía yo—proseguía Tonino, señalando a la ciudad—, y me llamo Tonino de nombre.

—Ya lo sé—afirmó la Montaña Azul—; pero vives



al lado de casa, y bien lo sabes, y siempre has vivido allí, y eso no es más que un hormiguero.

Miró Tonino hacia abajo otra vez y le pareció que, efectivamente, aquéllo no era más que un hormiguero.

Pero conoció al rey, cuando le vio correr apresuradamente por las murallas, lo cogió entre sus dedos y lo dejó encima de un montón de estiércol de vaca. La vaca lo pisó, y así acabó el rey.

—A las hormigas no se las mata—observó la Montaña Azul—. Hay gente que las echa a veces agua hirviendo, o ciega los hormigueros, pero a mí me parece una crueldad.

Tonino pensó en la lluvia abrasadora y en los terremotos.

—Es un cuento bonito—prosiguió ella—y la verdad es que la hierba es como un bosque para las hormigas y el seto es como una gran selva. Sí, es un cuento bonito; el otro día me cayó una hormiga en mi tazón de sopas de leche, pero no sé cómo te has enterado.

—Tú no lo creerás—dijo Tonino—, pero yo las echaré migas de pan, ya que así lo dice la profecía de Saturnino Sequeira. Lo que no he de darles es leche, para que no se hagan mayores. Tienen un genio muy desagradable. ¡Qué horror si el rey hubiera sido como nosotros!

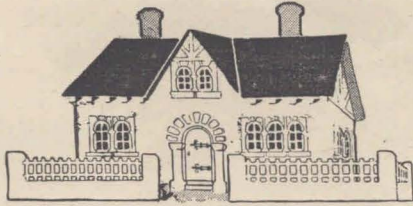
## Cuentos de Calleja

—Ea, vamos a casa—indicó la Montaña Azul un poco molesta—Estoy cansada. Es hora de comer, y no de hablar de reyes y de tonterías. Ya sabes tú que no eres más que Tonino el de al lado.

Y por más que hubiera sido antes otra cosa, es indudable que desde entonces el muchacho fue «Tonino el de al lado», y nada más.



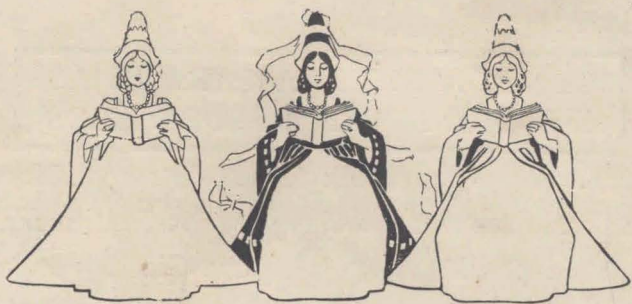
do



*FORTUNATO REY Y  
COMPAÑIA*







**H**UBO en tiempos una señora que, cuando llegó a la mitad de la vida, se encontró con una escasísima renta. Considerándose poco apta para cualquier otro comercio o profesión, decidió, sin vacilar un momento, dedicarse a la enseñanza, y abrió una selectísima pensión para señoritas. Se exigían y se daban los más intachables informes. Y para que su escuela fuese lo más escogida posible, la señora Giráldez puso a la puerta una placa de esmalte con un letrero escrito en muy buenos caracteres (Me figuro que sabéis lo que quiere decir “buen carácter”. En

ese estaba escrito el letrero de la placa de la señora Giráldez):

PENSIÓN SELECTA PARA HIJAS  
DE MONARCAS RESPETABLES

Muchos reyes que nada tenían de respetables hubieran dado sus reales orejas porque admitiesen a sus hijas en la pensión, pero la señora Giráldez era muy exigente en cuanto a referencias y sólo otorgaba a los reyes que eran realmente de primera clase el alto honor de pagar diez mil duros anuales por la educación de sus hijas. Así podía la profesora Giráldez ahorrar unos cuartos para tranquilidad de su vejez, y todo el dinero que ahorraba lo invertía en tierras.

No hubo más que un monarca que se negase a enviar su hija a casa de la señora Giráldez, alegando que una escuela tan barata no podía ser buena del todo; pero luego resultó que el tal monarca no estaba en disposición de presentar informes por completo satisfactorios.

Seis eran solamente las pensionistas, y los mejores maestros daban a los regios vástagos todas las enseñanzas que sus padres querían; y como no se obligaba a las chicas a dar lección, sino que la daban sólo cuando tenían gana, todas ellas decían que no había escuela más agradable en el mundo y se echaban a llorar cuando se les hablaba de salir de allí, aun en fecha remota. Así aconteció que las seis alumnas eran ya



unas muchachas casaderas cuando ocurrieron los sucesos que vamos a relatar. La princesa Margarita, hija del rey Fortunato, soberano del país, era la única chiquilla de la pensión.

Un año llevaría ya la niña en la escuela, cuando cierto día sonó un campanillazo y a poco se presentó la doncella con una tarjeta de visita cogida entre los dedos con la punta del delantal, porque era día de limpieza y tenía las manos húmedas.

—Un caballero desea verla, señora—dijo; y la señora Giráldez se conmovió toda ante la idea de que pudiera ser algún monarca respetable que le trajese una hija para educar.

Pero en cuanto miró la tarjeta se le pasó aquel pensamiento y exclamó: —¡Ay de mí!—, en voz baja, porque era muy fina. Si hubiera sido un ser vulgar, como algunos de nosotros, hubiese dicho: —¡Cáspita!—, y si hubiera sido más vulgar aún, como ninguno de nosotros espero que sea, hubiese soltado un: —¡Qué lata de hombre!—La tarjeta era ancha y satinada y estaba impresa en letras de oro. La señora Giráldezleyó:

<b>Caballero Lara</b>	
PROFESOR DE MAGIA (BLANCA) Y DE ARTE NEGRO	
SE DAN LECCIONES A DOMICILIO	TARIFA ESPECIAL PARA ESCUELAS Y REUNIONES DE SOCIEDAD.

La profesora dejó su libro, pues nunca explicaba sin tener un libro delante, se arregló la cofia amarilla y los grises cabellos y salió al locutorio a recibir al visitante, que al verla, hízole una profunda reverencia. Era muy alto, con cara de hambre, ojos negros y boca indescriptible.



—Tengo muchísimo gusto—dijo, sonriendo hasta enseñar, uno tras otro, sus treinta y dos dientes, cosa muy fina, pero muy difícil de hacer—. Tengo muchísimo gusto en volver a ver a mi antigua alumna.

—Gusto recíproco, se lo aseguro—dijo la señora Giráldez.



Y si a veces no es posible mostrarse atento y veraz a un mismo tiempo la culpa no es mía ni tampoco de la señora Giráldez.

—He hecho algunos viajes—continuó el profesor, sin dejar de sonreirse inconmensurablemente—para aumentar mi provisión de sabiduría. ¡Ay, señora! Vivir para aprender, ¿no es verdad? Ahora me siento sin la menor duda mucho más competente maestro que cuando tuve el honor de serlo suyo. ¿Puedo tener la esperanza de que me nombre profesor de su academia?

—Aun no me ha sido posible organizar un curso serio de Magia—respondió la directora—. Es materia que a los padres, y en especial a los que son reyes, les interesa muy poco.

—Pues a usted era lo que más le interesaba—observó él.

—Sí., pero... vamos., quizá más adelante...

—Es que yo necesito que se me nombre ahora—interrumpió él, con más cara de hambre que nunca—; mil duros por trece lecciones... siendo cosa de usted, amiga mía.

—Imposible de todo punto—afirmó ella; y lo dijo con toda decisión, porque sabía, gracias a la historia, cuán peligroso es que se consienta a un mago estar cerca de una princesa: siempre ocurre algo desagradable.



—Bien, perfectamente...—dijo el profesor.

—Mis alumnas, usted lo sabe, son todas princesas y para nada necesitan la magia, porque sin ella logran cuanto quieren.

—¿De manera que usted dice que *no*?

—Digo que *no*, *muchísimas gracias*—dijo ella.

Entonces, antes de que pudiera detenerle, de un salto se lanzó él a la puerta. La directora oyó el ruido de sus pisadas sobre el linoleum del corredor. Salió tras él con el tiempo preciso para que el otro le cerrara la puerta de la sala de estudio en las narices, corriendo después el cerrojo.

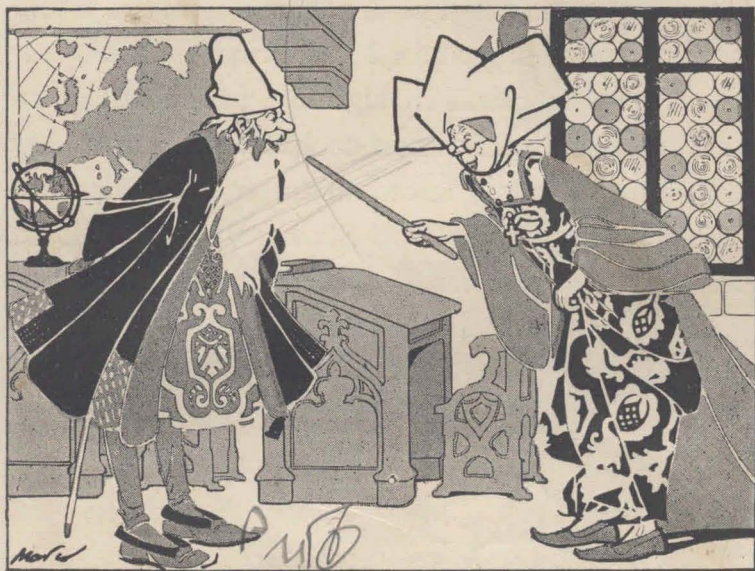
—¡Ya me lo temía yo!—dijo la profesora. Subió corriendo al tejado y se metió por la chimenea de la sala de estudio, que había sido construída con escalones para caso de incendio u otra eventualidad. Abriendo la rejilla salió del hogar a la habitación con un segundo no más de retraso. Las siete princesas habían desaparecido y el profesor de magia estaba solo entre los pupitres manchados de tinta, sonriéndose con aquella amplia sonrisa que tan conocida era de la señora Giráldez.

—¡Ah, hombre malvado, pérfido, nauseabundo!—gritó ella, lanzándose contra él con el puntero en alto.

Era sábado al día siguiente, y el rey de aquel país fue, como de costumbre, a buscar a su hija Margarita para que pasara la tarde con él. La criada que abrió

la puerta llevaba un delantal de dril y tenía el cabello ceniciento, de modo que el rey, al verla, creyó que eran cenizas y el delantal una arpillera, y preguntó con cierta intranquilidad; pero la criada dijo:

—No; he andado un poco por la cocina... aunque, para la falta que hace., pero la señora se lo dirá.



Hizo que el rey pasara a la mejor sala de recibo, con preciosas flores artificiales, paños para los muebles y acuarelas pintadas por las alumnas y los almohadones que con tanta delicadeza había bordado la tía parálitica de la referida señora Giráldez: salita deliciosa, en que se advertía la huella de una mano de mujer.



La señora Giráldez entró, pausada y triste. Llevaba un traje de arpillera con ingenioso bordado de cenizas en galón de oro y algunas cenizas sujetas por hilos de seda en lo alto de su cofia.

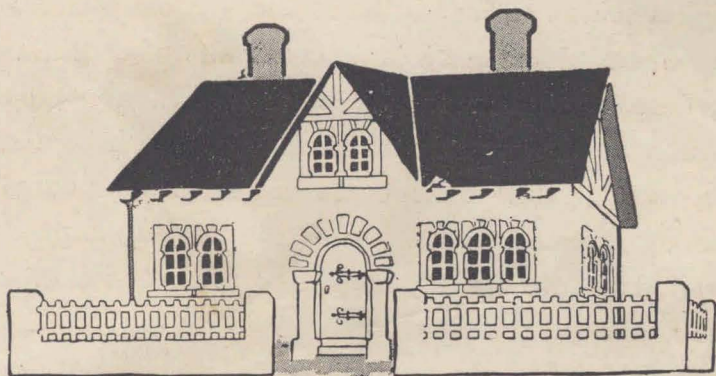
El rey, al verla, comprendió al punto que algo la molestaba.

—Espero que no será demasiado temprano—dijo.

—Vuestra Majestad no llega nunca demasiado temprano. Es siempre puntual, conforme se indicaba en vuestras referencias. Pero algo ha ocurrido y no quiero agravar vuestro infortunio ocultándolo. Vuestra hija Margarita, orgullo y tesoro de nuestra reducida sociedad, ha desaparecido: con ella han desaparecido sus seis reales compañeras. Ahora están en completa seguridad, pero por el momento, las siete fuera de mi alcance.







Sentóse el rey gravemente en una butaca forrada de brocatel que con otras butacas, un sofá, dos confidentes y seis sillas formaba una hermosa sillería, lanzó algunos gemidos lastimeros, sin encontrar palabras. Pero la directora, que había escrito de antemano en una pizarra y aprendido de memoria lo que le tenía que decir, pudo hablar con fluidez.

—Señor, no soy del todo digna de vituperio; si lo fuese, podríais ahorcarme, es decir: podéis ahorcarme si queréis; pero antes permitidme tener el honor de haceros una o dos advertencias explicatorias.

Dicho ésto, sentándose, le refirió todo lo ocurrido con la visita del profesor, deteniéndose en el punto mismo en que yo me detuve al contároslo a vosotros. El rey la oía estrujando nerviosamente el fleco del paño de púrpura que cubría el brazo del sillón.

—Nunca me agradaron los métodos del profesor—

dijo la señora Giráldez tristemente—, y siempre tuve mis dudas acerca de su carácter moral, dudas que hoy se han tranquilizado para siempre. Cuando dí por terminado mi curso de instrucción con él, hace años ya, tomé algunas lecciones de un maestro más entendido, y gracias a ellas, que me costaron, bien lo puedo decir, bastante caritas, he podido parar la rueda de ese rufián sin principios...

—¿Y salvar a la princesa?—exclamó el rey.

—No; pero la salvaré si Vuestra Majestad y los demás reales padres dejan el asunto enteramente en mis manos.

—Es asunto bastante serio—dijo el rey—; mi pobre Margarita...

—Me permito rogaros—interrumpió la directora con dignidad—que no deis importancia excesiva al acontecimiento. Cierto que es muy sensible, pero siempre ocurren en las escuelas cosas desagradables cuyas



consecuencias sólo se pueden de ordinario remediar procediendo con sumo juicio y tacto.

—La verdad es que merecía usted la horca—dijo el rey, vacilante.

—Sin duda—contestó la directora—, en el caso de que no queráis volver a ver a vuestra Margarita. Vuestro deber de padre, éso es, y vuestros deberes para conmigo... sí, es muy penoso un conflicto entre dos deberes.

—Pero ¿me puedo fiar de usted?

—Debo recordaros—dijo ella, irguiéndose con majestad—que los informes dados recíprocamente al comienzo de nuestros negocios fueron satisfactorios.

El rey se levantó.

—Esta bien, señora Giráldez—le dijo—Los progresos de Margarita mientras ha estado encomendada a sus desvelos me han dejado satisfechísimo, y me parece que lo mejor que puedo hacer es dejar el asunto enteramente en sus hábiles manos.

La directora se inclinó cortésmente, y el rey, con el corazón en pedazos, se volvió a su marmóreo palacio, ladeada la corona y roja la nariz de tanto llorar.

La pensión distinguida se cerró. Fue pasando el tiempo, y no hubo noticia ninguna de las princesas desaparecidas.

El rey se consoló a medias, porque su otro hijo, el Príncipe Dionisio, permanecía a su lado. Era Dionisio



un muchacho muy bueno y afable como él solo; pero un muchacho no es una muchacha.

La reina se quedó mucho más abatida que el rey, pero como tenía que estar al cuidado de la casa, dirigir la preparación de adobos y conservas, y confeccionar calcetines para el principito, no andaba muy sobrada de tiempo para llorar, y al cabo de un año dijo al rey:

—Esposo mío, debías buscar una ocupación para distraerte. No es muy regio que digamos eso de pasarse el día sentado y llorando a lágrima viva. Haz un esfuerzo, ocúpate en algo útil, aunque sólo sea en la fundación de un bazar, para poner la primera piedra.

—No me gustan los bazares—dijo el rey—; son como abejas: todo zumbido y trajín; pero lo de las piedras...

Y desde entonces comenzó a quedarse pensativo, sin llorar, y a tomar apuntes al respaldo de los sobres usados. La reina comprendió que no había hablado inútilmente.

Un mes más tarde, lo de las primeras piedras dio fruto. El rey fundó una Sociedad, y la casa Fortunato Rey y Compañía llegó muy pronto a ser una de las casas constructoras más importantes del mundo. Quizá no sepáis lo que es una casa constructora; pero os voy a contar lo que hizo la nueva Sociedad, y entonces lo sabréis.

Compraron todos los hermosos bosques y campiñas

que pudieron encontrar y los dividieron en parcelas cuadradas. Arrancaron árboles y hierbas, trazaron calles, pusieron en ellas faroles y edificaron horribles casas de ladrillo claro, con la pretensión de que la gente se fuese a vivir a ellas. Y como la gente suele ser curiosa, así lo hizo, con lo cual el rey y su Compañía se embolsaron muy pingües cantidades.

Es curioso el caso de que todas o casi todas las grandes fortunas se han hecho volviendo feas algunas cosas bonitas. Convertir la fealdad en hermosura es trabajo que se paga muy mal.

Las horribles callejuelas fueron prolongándose hasta las afueras de la ciudad, devorando la verde campiña como ávidas orugas amarillentas, hasta llegar al pie de la Colina de los Tréboles. Porque la propietaria de la Colina de los Tréboles no quería de ningún modo vender sus tierras, ofreciese lo que ofreciese la casa Fortunato Rey y Compañía. En vano los agentes de ésta fueron a visitar a los administradores de la propietaria, con sus mejores capas, espadas y escudos, y la convidaron a almorzar y le dieron exquisitos manjares y bebidas. La Colina de los Tréboles no se entregaba.

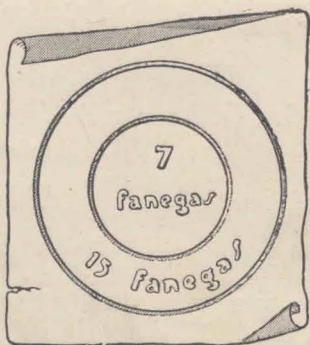
Al fin y al cabo, una viejecilla vestida de gris fue a las oficinas, todas de caoba y de pulido metal, de la Compañía y tuvo una entrevista particular con el rey en persona.

## Cuentos de Calleja

—Soy la propietaria de la Colina de los Tréboles— le dijo—y consiento en que edifiquen ustedes en todos sus terrenos, salvo en las siete fanegas de la cima y en las quince que rodean a esas siete; ustedes levantarán por su cuenta altas tapias alrededor de las siete fanegas y otras alrededor de las quince, pero de ladrillo rojo; nada de ese ladrillo claro de tres al cuarto que ustedes emplean. Y se dará una nueva ley mandando ahorcar a todo el que me robe fruta de cualquier árbol. Nada más. ¿Qué le parece?

Dijo el rey que sí, porque desde el disgusto no pensaba sino en edificar y su real espíritu se ensanchó al ver la Colina de los Tréboles comida por las orugas de amarillento ladrillo y techos de pizarra. No le agradaba mucho aquello de tener que levantar dos tapias de ladrillo rojo, pero lo hizo.

La vieja quería que las murallas y sus terrenos presentaran esta disposición:

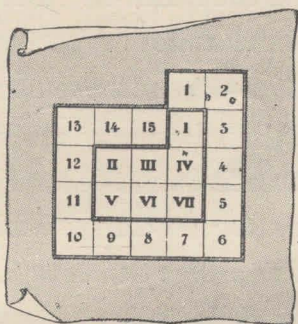




Pero era un engorro llegar a incluir la cantidad exacta de terreno en los dos círculos; los agrimensores se arracaban el pelo a puñados, y por último el rey dijo:

—¡Qué demonio! Hacedle así—, y dibujó un plano en la última hoja de un antiguo *Diario de Sesiones*.

Con arreglo al plano lo hicieron y quedó en esta forma.



Mucho le molestó a la vieja que sólo hubiese una tapia entre el huerto y el mundo exterior, como observaréis que pasaba en la esquina donde iban a juntarse el 1 y el 15 junto al I; pero el rey dijo que no podía edificar en distinta forma y que, de haberlo indicado ella, dos tapias hubiera tenido. De modo que hubo de conformarse. Sólo exigió que el rey le diese un dogo feroz que acometiera al que saltase la tapia por aquel punto débil en que los dos 1 se juntaban con el 15. Dióle el rey un robusto dogo llamado Marte,

y se lo llevó él en persona atado con una correa cuajada de piedras preciosas.

—Marte se precipitará sobre todo aquel que no tuviere sangre real—dijo—. Claro está que ni por soñación mordería a una persona real; cierto es que, por otra parte, no hay personas reales que se dediquen a robar huertas.

La vieja se conformó con tales razones. Ató a Marte junto a la esquina indefensa de su recinto interior y luego plantó unos manzanos muy menudos, hizo construir una casa y se sentó en ella como si algo esperase.

El rey era casi feliz. Las rastreras y tenaces orugas amarillas comiéronse la Colina de los Tréboles enterita. a excepción de la reducida corona verde, formada por los manzanos que al abrigo de las tapias levantábanse al lado de la casita de la vieja.

La pobre reina seguía con sus mermeladas, conservas y embutidos, sus lavados y planchados, y de vez en cuando, no se olvidaba de indicar a su esposo:

—Fortunato, amor mío, ¿crees que la señora Giráldez es verdaderamente persona de fiar? ¿Volveremos a ver a nuestra Margarita?

Y el rey, mesándose el abundoso cabello, respondía:

—Mujer, hay que tener paciencia; ya sabes que nos dieron informes inmejorables.

Y sucedió que cierto día la nueva ciudad de ladrillo que el rey había edificado presenció un grato aconte-

cimiento. Seis hermosos príncipes montados en blancos corceles pasaron por las callejuelas polvorientas. Los arneses de sus cabalgaduras brillaban con bordados de plata y deslumbradoras pedrerías, y sus armaduras de oro lucían tan esplendorosas al sol que todos los chicuelos palmoteaban; y tan juveniles, afales y bellos rostros tenían los príncipes que todas las viejas decían: —¡Bendiga el cielo sus bondadosos corazones!

No necesitaréis que yo os diga lo que aquellos príncipes buscaban; venían por las seis princesas mayores que tan venturosamente habían morado en la pensión distinguida. Sus seis reales progenitores, que vivían al otro lado del mundo, a muchos años de viaje de allí, no sabían aún lo sucedido y habían dado a los prín-





cipes las señas de la casa de la señora Giráldez, con instrucciones para que sin tardanza se casaran con las seis princesas y se volviesen con ellas en seguida.

Pero cuando llegaron a la pensión distinguida para hijas de monarcas respetables, la encontraron cerrada, y con su cartelito en la ventana para indicar que se alquilaba por módico precio, amueblada o sin muebles. Los seis príncipes miraron por turno al interior; en-



cantáronles los muebles, y aquellos refinados toques de una mano de mujer les atraieron como un imán. Alquilaron la casa, pero iban a comer a palacio por especial invitación de Su Majestad.

El rey contó a los príncipes la terrible historia de la desaparición de todas las alumnas; y cada uno de los príncipes juró por la cruz de su espada y por su honor que hallaría a la princesa misma con quien había de

casarse o perecería en la demanda. Porque, claro está, cada príncipe tenía que casarse con una princesa, con la que se le indicaba en sus instrucciones precisamente y no con una de las otras.

La primera noche que pasaron los príncipes en la casa amueblada fue bastante tranquila, y lo mismo la segunda, y la tercera, y la cuarta, y la quinta, y la sexta; pero la séptima noche, mientras los príncipes



jugaban a cara o cruz en el cuarto de estudio, oyeron de pronto una voz que no era la de ninguno de ellos. Decía:

—Romped por el África.

Miraron, remiraron y volvieron a mirar los príncipes por toda la habitación, y a nadie vieron. No habían sido educados para exploradores y no hubieran podido romper por el África por mucho que lo hubiesen necesitado.

—O si no, cortad por el canal de Panamá—dijo nuevamente la voz.

Pero acontecía que de los seis príncipes, ni uno solo era ingeniero. Así lo tuvieron que reconocer.

—Entonces, abrid la China—dijo la voz en tono desesperado.

—Es como el espíritu de un periódico imperialista—observó uno de los príncipes.

Mas pronto echaron de ver que la voz salía de una de las dos esferas colgadas con su armazón en el fondo de la sala de estudio. Era un globo terráqueo.

—Estoy aquí dentro—dijo la voz—, no puedo salir. Abrid la esfera por donde queráis, y sacadme. Por el África os será más fácil.

El príncipe Primitivo abrió el África con su espada y allí veriais caer una mitad del profesor de magia.

—Mi otra mitad está allí — declaró, indicando





la esfera celeste—. Dadme mis piernas, por favor...

Pero el príncipe Secundino manifestó:

—No corre tanta prisa.

Y el príncipe Tercio dijo a su vez:

—¿Por qué estabas encerrado ahí?

—Estaba encerrado por la virtud del más endiablado conjuro mágico que pudierais oír en todos vuestros condenados días—explicó la mitad superior del profesor de magia.

—Con que te encerraron, ¿eh?—preguntó el príncipe Cuarto—Pues no hemos de darte tus piernas así como así. Necesitamos un mago experto, y tú podrás servirnos.

—¡Pero si no estoy aquí del todo!—dijo el profesor.

—Basta con lo que hay—determinó el príncipe Quinto.

Y el príncipe Sexto propuso:

—Mira, necesitamos encontrar a nuestras seis princesas. Podíamos hacer conjeturas sobre la causa de su desaparición, pero lo pasado, pasado. Nos dices cómo hemos de recobrarlas, y después de las bodas te devolveremos tus piernas a la luz del día.

—Esta mitad mía se siente tan débil... —opuso el profesor de magia.

—¿Y qué le vamos a hacer nosotros?—dijeron todos los príncipes en tono amenazador—. Si no nos

indicas un medio, no vas a tener nunca una pierna en que apoyarte.

—Pues robad manzanas—dijo la mitad del profesor, malhumorada y volviendo a desmayarse.

Le dejaron tendido entre las mesas manchadas de tinta sobre el desnudo entarimado, y salieron a robar manzanas, cosa nada fácil, porque Fortunato Rey y Compañía habían ido edificando, edificando, edificando, y no había manzanos en aquellas partes del país que habían sido «urbanizadas» por los especuladores.

En vista de ello preguntaron al pequeño príncipe Dionisio adónde iba por manzanas cuando sentía el deseo de comerlas. Y Dionisio contestó:

—La vieja que vive en lo alto de la Colina de los Tréboles tiene manzanos en sus siete fanegas; pero en las siete fanegas hay un dogo feroz, y en las quince ya no quedan manzanas porque yo me las he comido todas.

—Pues intentaremos entrar en las siete fanegas—dijeron los príncipes.

—Bueno—contestó Dionisio—, si os cogen os ahorcarán. Y como yo os diga dónde es, iré también con vosotros y si no me lleváis lo cuento. Conque andando.

Porque Dionisio era un principito muy honrado y estaba persuadido de que nadie debe meter a otro en

un trance peligroso sin arriesgarse él, y además nunca hubiera robado manzanas si ello no hubiese sido tan peligroso como mandar ejércitos.

Así, pues, los príncipes tuvieron que aceptar, y a la noche siguiente Dionisio en persona se descolgó de su ventana por medio de una cuerda hecha con todas las medias y calcetines que su madre le había confeccionado: los otros príncipes le esperaban al pie de la ventana y todos juntos se dirigieron a lo alto de la Colina de los Tréboles.

Saltaron la tapia por el mismo rincón, y Marte, el perro, que estaba muy bien alimentado y conocía a





un príncipe en cuanto le veía, meneó respetuosamente la cola y les deseó muy buena suerte.

Los príncipes recorrieron toda la huerta, llena de rocío, fueron mirando un árbol tras otro; en ninguno de ellos había manzanas.

Por fin, precisamente en mitad del huerto, hallaron un árbol con troncos de cobre, ramas de hierro y hojas de plata, entre las cuales veíanse siete hermosas manzanas de oro.

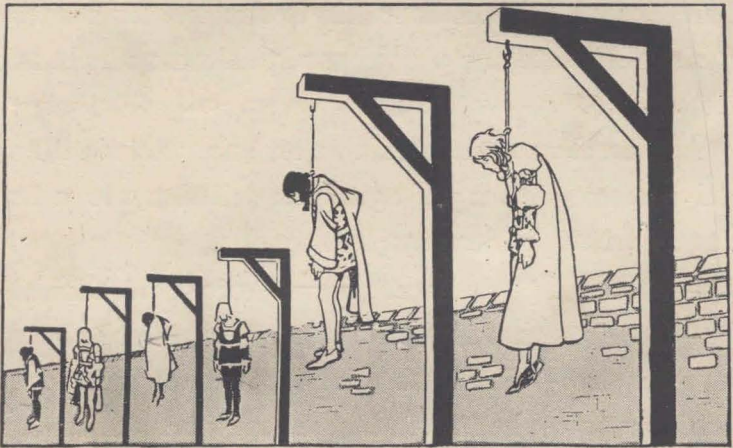
Cada príncipe cogió una de aquellas manzanas de oro sin hacer ruido, y salieron todos anhelantes por volver al lado de la mitad del profesor de magia y preguntarle qué debían de hacer después. Nadie dudaba ya de que el profesor les hubiese hablado con certeza; porque cuando si no decís verdad os van las piernas en ello, no es de creer que digáis voluntariamente una cosa por otra.

Salieron con el menor ruido posible, cada cual con su manzana en la mano, pero el salir el príncipe Dionisio no pudo resistir la tentación de pegarle un bocado a la suya. Abrió mucho la boca para que el bocado fuese muy grande, pero un instante después lanzó un aullido, porque la manzana era tan dura como la piedra y el pobre chico se había roto un diente.

Tiró la manzana lleno de cólera y un momento después la vieja salía precipitadamente de su casa. Dio un grito, Marte empezó a ladrar, el príncipe Dio-

nisio siguió aullando, toda la gente se despertó y los seis príncipes fueron detenidos y llevados a la torre entre guardias.

A Dionisio le dejaron libre en vista de su edad y además porque había perdido medio diente, lo cual es un castigo severo hasta cuando se roban manzanas.



Sentado el rey a la mañana siguiente en su tribunal de justicia, la vieja y los príncipes comparecieron ante él. Hecho el relato, dijo:

—Queridos huéspedes: os ruego que me dispenséis; las leyes de la hospitalidad son terminantes, pero el negocio es el negocio: no tengo ganas de que me vengán con chinchorrerías constitucionales por una pequeñez como ésta: mañana por la mañana seréis todos ahorcados.

Mucho les molestó aquéllо a los príncipes, pero ni protestaron siquiera; pidieron que les dejaran hablar con Dionisio y le dijeron lo que ocurría.

Dionisio fue inmediatamente a la casa amueblada que antes había sido pensión distinguida para hijas de monarcas respetables. Estaba cerrada la puerta, pero Dionisio sabía un medio para entrar, porque su hermana se lo había descubierto durante las vacaciones. Subió al tejado y bajó por la chimenea de la sala de estudio.

Allí, en el suelo de la sala de estudio, yacía la mitad del profesor de magia, agitándose débilmente y lanzando tristes y desmayados hipidos.

—¿Qué hemos de hacer ahora?—preguntó Dionisio.

—Robar manzanas—dijo el medio profesor con un leve suspiro.— Sacadme mis piernas. Por ahí, por la Osa mayor o por la Vía láctea las puedes encontrar fácilmente.

Pero Dionisio no se conmovía.

—Hasta que hayamos encontrado a las princesas, no—dijo—. ¿Qué hemos de hacer ahora?

—Robar manzanas, os he dicho—insistió el medio profesor malhumorado.— Siete manzanas, siete besos. Corta las cuerdas y vete ya de aquí. Déjame que me muera, chiquillo sin corazón. Tengo ya agujetas y calambres en las piernas.

Fuése Dionisio corriendo al huerto de las siete fa-



negas de la Colina de los Tréboles y vio a los seis príncipes ahorcados del manzano. El verdugo se había ido a almorzar y ya no había allí nadie. Pero los principitos no estaban muertos. Se subió Dionisio al árbol y cortó las cuerdas con el cortaplumas del hijo del jardinero. (En vuestros temas de francés habréis visto



mencionado muchas veces este cortaplumas del hijo del jardinero; ahora sabéis por qué se habla tanto de ese cortaplumas).

Cayeron al suelo los príncipes, y cuando hubieron vuelto en sí Dionisio les contó lo que había hecho.

—¿Por qué has cortado las cuerdas?—le dijeron todos. —¡Teníamos unos sueños tan hermosos!

## Cuentos de Calleja

—¡Vaya!—dijo Dionisio cerrando el cortaplumas del hijo del jardinero; y les volvió la espalda para marcharse. Pero los otros corrieron tras él y le dieron las gracias, contándole que habían soñado que se pa-



seában de bracero con las más hermosas y amables princesas del mundo.

—De nada sirve soñar esas cosas—dijo Dionisio.— Tenéis que buscar a las princesas que os están destinadas y el medio profesor ha dicho que robemos manzanas.

—¡Si ya no hay manzanas que robar!—observaron los príncipes; pero cuando levantaron la cabeza vieron otra vez en el árbol las manzanas de oro, lo mismo que el día anterior.



Cada cual volvió a coger la suya, pero Dionisio escogió una diferente. Pensó que debía mostrarse moderado, y ya que antes había cogido la mayor, cogió entonces la más pequeña de todas.

—Siete besos—gritó, y empezó a besar su manzanita de oro.



Besó cada príncipe la manzana que tenía en la mano y el sonido de los besos fue como el susurro del viento vespertino entre los árboles frondosos. Y al séptimo beso cada príncipe se encontró con que tenía entre las manos no una manzana, sino los dedos de una hermosa princesa. Dionisio tenía a su lado a su hermana Margarita, y tan contento se puso, que le prometió regalarle de una vez todos sus conejillos de Indias y su colección entera de sellos extranjeros. —¿Cómo os llamáis, hermosa y amable señora?—preguntó el príncipe Primitivo.

—Sexta—dijo su princesa. Y resultó que cada uno de los príncipes había cogido una manzana que no era la que le correspondía; de suerte que cada cual tenía junto a sí una princesa que no era la mencionada en sus instrucciones. Segundo había tomado la manzana en que estaba Quinta, Tercio la de Cuarta, y así sucesivamente; no era posible enredo más absoluto. Y sin embargo, ninguno quería cambiar.

Salió entonces de su casa la vieja, los miró, se echó a reír entre dientes y dijo:

—Ya podéis contentaros con la que tenéis.

—Estamos contentos—dijeron los doce a la vez—; pero ¿qué van a decir nuestros padres?

—Se conformarán con vuestra elección, —dijo la vieja—. Es lo único que pueden hacer los padres.

—Creo que debíais cambiar de pareja—dijo Dio-

nisio. —Yo soy el único que ha dado con la princesa que le correspondía, por no ser codicioso. Cogí la más pequeña.

La más alta de las princesas le enseñó una cicatriz que tenía en los brazos, la señal que habían dejado sus dientecillos dos noches antes, y todos se echaron a reír.

Pero la vieja declaró:

—No pueden cambiar, niño; cuando un príncipe ha cogido una manzana de oro que tiene dentro una princesa y la ha besado hasta que la princesa ha salido, ninguna otra princesa le conviene y a ella ningún otro príncipe.

Mientras hablaba la vieja, iba rejuveneciéndose, rejuveneciéndose, hasta que al pronunciar las últimas palabras estaba bastante rejuvenecida: ya no representaría más de cincuenta y cinco años.

¡Y era la señora Giráldez!

Saludáronla sus alumnas una tras otra con respetuosas cortesías y ella les permitió que la besaran en la mejilla, como si acabaran de levantarse.

Entonces todos juntos y muy felices, bajaron a la casa amueblada que antes fue pensión distinguida, y cuando el medio profesor hubo prometido por su honor de mago abandonar la magia y dedicarse a una profesión honrosa, sacaron sus piernas de la esfera estrellada y se las devolvieron; y él se volvió a unir

y se marchó, seriamente resuelto a vivir y morir ejerciendo la honrada profesión de hojaletero.

—Así no se desperdiciarán del todo mis aptitudes —dijo—; siempre habrá alguien que necesite algo de lata.

Cuando el rey preguntó a la señora Giráldez qué premio quería por haberle devuelto las princesas, ella le dijo:

—Dejad otra vez la tierra verde, señor.

Por este motivo la casa Fortunato Rey y Compañía se dedicó a hacer derribos y a quitar escombros de las calles que había edificado, y hoy está el país casi tan verde y tan hermoso como lo estaba antes de que la princesa Margarita y sus seis compañeras de colegio se hubiesen convertido en manzanas de oro.

—Fue un acierto de la señora Giráldez, éso de encerrar al profesor en ambas esferas—dijo la reina—. Por ahí se ve la ventaja de dar lecciones con los mejores maestros.

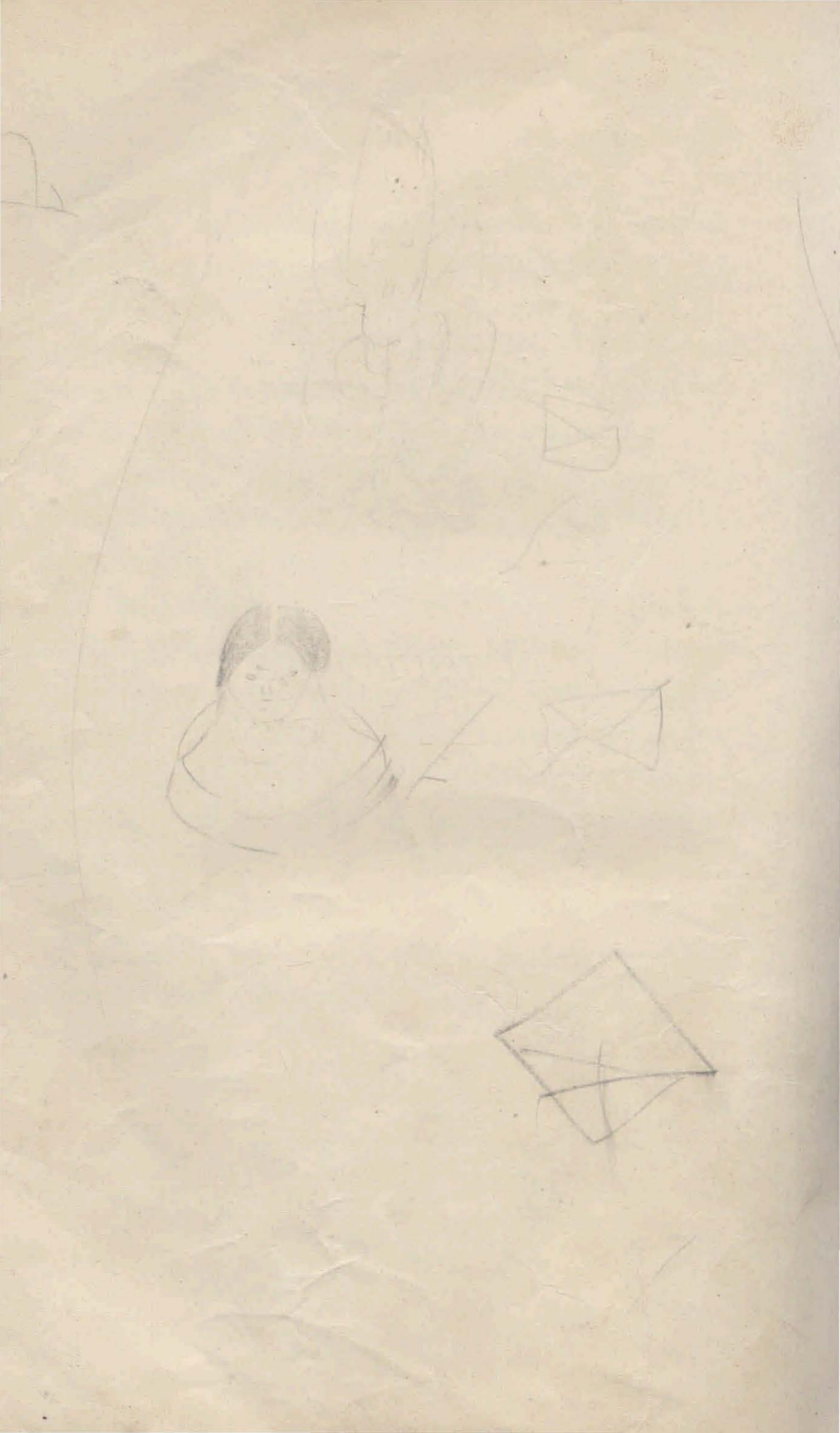
—Eso es—confirmó el rey—; siempre he sostenido yo que nada malo puede suceder cuando se ha insistido en tomar buenos informes.

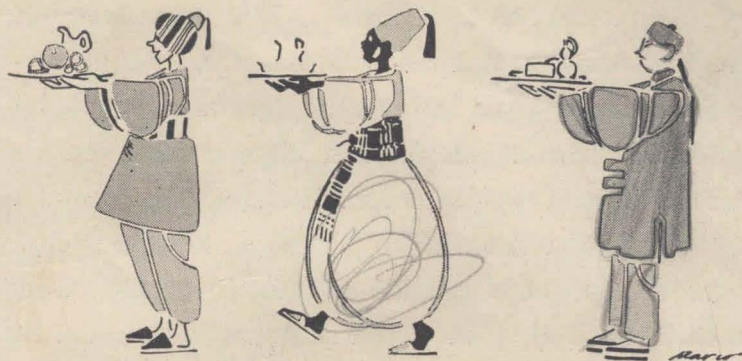






*ÉL USURPADOR*





ALGUIEN llamó con los nudillos a la puerta del despacho del rey. Levantó el rey la cabeza de los planos para los nuevos lavaderos municipales y suspiró, por que con aquélla eran ya veintisiete las veces que habían ido a llamar a su puerta desde la hora del almuerzo.

—Adelante— dijo el rey resignadamente. Y entró el director general de Beneficencia. Iba vestido de blanco y llevaba una blanca varita. Si hubieseis estado allí habríais visto qué limpieza reinaba en el despacho del rey. Los libros encuadernados en vitela blanca, el suelo esterado de blanco y de blanca seda



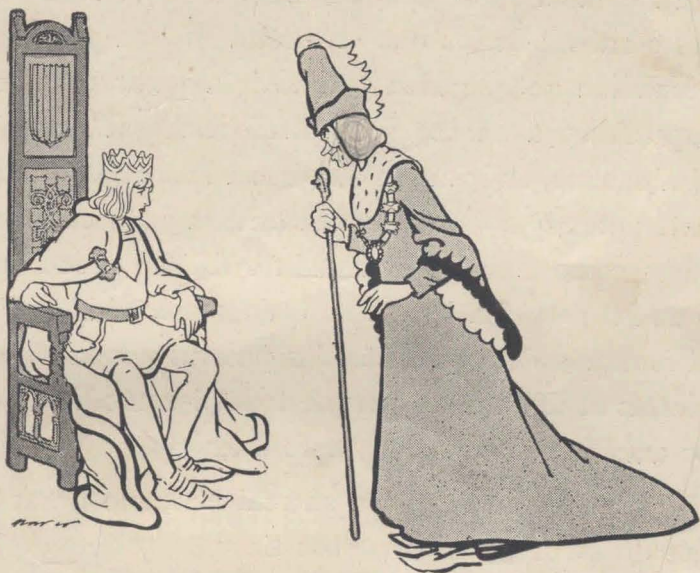
las cortinas del balcón. Claro está que no convendría que todosuviésemos cosas semejantes, aunque fuésemos reyes, porque los criados iban a tener mucho que hacer; pero aquel monarca, cuyo nombre era Albano, tenía una excelente ama de llaves. Ella cocinaba y ella lo dejaba todo limpio por magia blanca, lo cual es mejor aún que el barrido en seco, (si es que sabéis en qué consiste), y la buena señora sólo tardaba en ello cinco minutos cada mañana.

—Siendo muchísimo tener que molestar a Vuestra Majestad—comenzó a decir el director general de Beneficencia—; pero Silvano, el hermano de Vuestra Majestad, de quien no se tenían noticias hace tanto tiempo, acaba de llegar de las Indias Doradas y dice que no puede detenerse aquí más de media hora. Dio un salto el rey y descargó el puño sobre la blanca madera de la mesa en que estaban los Libros Blancos (Libros Azules o Rojos se les llama en otros países, pero todos vienen a decir las mismas sandeces, sea cualquiera el color de la cubierta).

—¡Hermano querido! No le he vuelto a ver desde que éramos muy chicos—gritó, echando a correr en su busca, recogidas las blancas vestiduras de terciopelo blanco para ir más deprisa por aquellos corredores de mármol.

El hermano del rey se bajaba en aquel momento de su elefante a la puerta principal de palacio. Era

un hombre moreno y amarillo, todo lacio y fruncido como una manzana muy vieja y vestido con un traje de felpa color naranja vivo, todo bordado de esmeraldas. El séquito del recién llegado llenaba la blanca plazoleta de mármol que se extendía ante el palacio real. En ella figuraban esclavos de todos colores, ne-

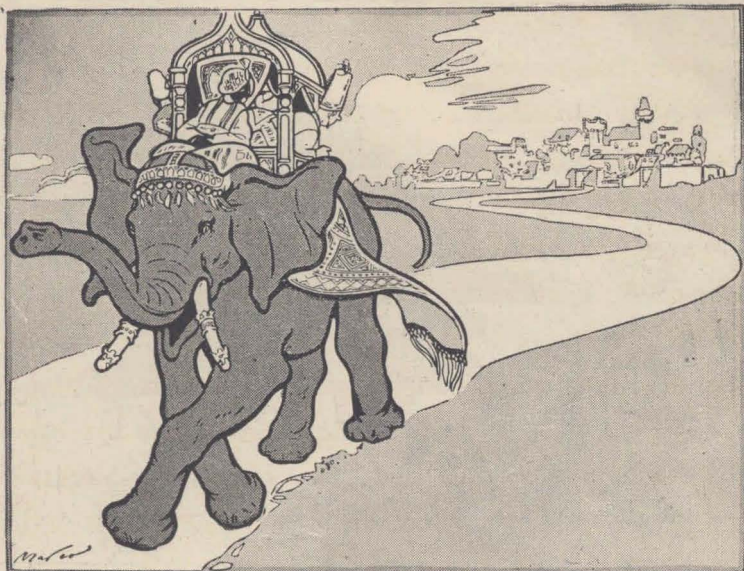


gros, morenos, amarillos y de crema, vestidos de toda clase de colores brillantes, escarlata y azul, púrpura y anaranjado, con espesos bordados de rubíes y zafiros, topacios y amatistas, a tal punto que apenas podían los ojos soportar los destellos y relumbrones que despedían a la luz del sol en la plazoleta.

—Bien venido, bien venido—gritó el rey Albanos yendo a besar a su hermano en ambas mejillas, como es uso en Albanatolia y en otros muchos países civilizados. Luego, sin soltarse las manos, le condujo a Palacio; siguióle la magnífica escolta enojada y la camarera mayor cerró la puerta principal, echando en seguida la cadena, pues tenía por muy posible que se cayesen al suelo desperdigados unos cuantos rubíes o zafiros de los que la escolta llevaba y estaba persuadida de que bien podían ir a parar los tales desperdicios a su cogedor cuando barriera después del almuerzo, en lugar de dirigirse a los bolsillos de la gente pobre que viniera por la tarde a pedir consejos al rey, como tenía por costumbre. Tal fue el comienzo de las perturbaciones que trajo consigo la llegada del hermano del rey. Antes las puertas permanecían abiertas el día entero, porque todos los súbditos del rey eran felices, y por lo tanto buenos.

El rey Albano festejó a su real hermano durante siete días, como en los buenos tiempos, y después le regaló un palacio para que lo habitara. Era todo de mármol blanco, tal como la mayor parte de los edificios de Albanatolia; pero el hermano del rey lo mandó pintar enteramente de rojo, sin perder un instante. Empezó a dar recepciones, a organizar cabalgatas, a repartir dinero entre la muchedumbre, y el pueblo fue tomándole cariño de día en día. Era un hombre





fuerte, animoso, dicharachero, de barbas negras, y vestía siempre de velludo, materia hasta entonces desconocida; iba en toda ocasión resplandeciente de piedras preciosas; había dispuesto un circo en el campo que se extendía detrás de su palacio, y fue el primero en introducir las carreras de caballos y el cinematógrafo—en colores muy vivos y todo—, con lo que se hizo popular en extremo; tanto, que el pueblo empezó a olvidarse del bien que el rey Albano le había hecho y a desear secretamente que ocupara el trono un rey más brillante, más bullicioso, como el príncipe Silvano.

Porque el rey Albano se había preocupado de tal



modo por el bienestar de su pueblo, que no le había quedado tiempo para pensar en divertirlo. Nunca organizó cabalgatas ni circos, y prefería los tés íntimos en compañía del director general de Obras benéficas, del Comisario de Sanidad pública y de unos cuantos espíritus selectos pertenecientes al Ministerio de Educación; pero lo que más le gustaba era dar paseos solitarios, entregado a la divagación, por los floridos huertos o las praderas de allende el río, donde crecían las azucenas blancas, o por las avenidas de álamos blancos, o por los pensiles palatinos, impregnados del denso aroma de las rosas blancas, entre las que, sobre balaustradas de mármol, desplegaban sus



colas blancos pavos reales. Y por donde quiera que iba, sólo pensaba en la felicidad de su pueblo y se complacía en trazar nuevos medios de hacerle dichoso. Todo estaba perfectamente dispuesto. Cada cual tenía buenos atavíos, abundante comida y no escasa ocupación, lo cual es muy importante; pero carecían de diversiones, y por ésto prestaban atento y descontento oído a las murmuraciones del hermano del rey.

Era Silvano mago, de esa magia negra o de color, enemiga de la ropa blanca. Siempre andaba manipulando con ácidos y álcalis, sulfitos y bicarbonatos, retortas y matraces, probetas, hornillas, morteros y otras cosas de la misma calaña; y cuando encontraba un bonito color por la mezcla de dos o más de esas materias, solía ponerlo en un frasco y lo plantaba en una de las ventanas de su mansión, de modo que por la noche sus ventanas lucían más que todas las farmacias y droguerías de la ciudad y el pueblo encontraba aquellas cosas más bonitas que los fuegos artificiales. De las ventanas del Palacio Real sólo salía un resplandor suave y blanco semejante a la luz de la luna; y todos lo encontraban muy soso.

El mago tenía costumbre de vagar por la población agitando el descontento de los habitantes con la misma facilidad que si se tratase de una de sus mescolanzas químicas; y aunque era popular, nadie le reconocía, porque solía ir disfrazado de persona res-



petable y el disfraz era lo más impenetrable que hubiera podido imaginarse.

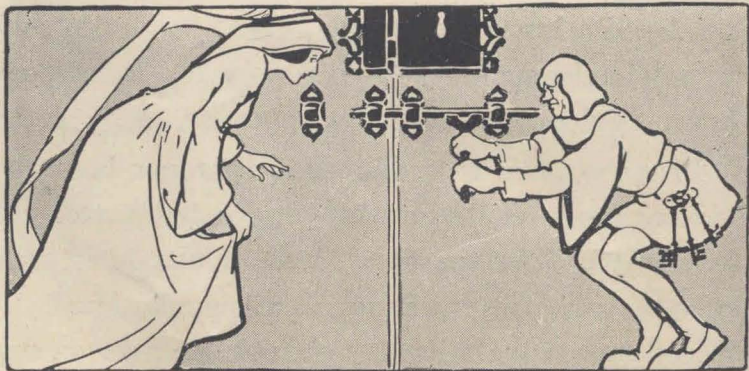
Una noche fue, disfrazado, a la «Cabeza del Rey», la más importante cervecería municipal, a beber agrios menjurges, y el rumor del pueblo era música suave para sus empecatadas orejas.

—No me gustan a mí los reyes como Albano—dijo el herrero.

—Con un real de masilla hago yo uno mejor cada día de la semana—dijo el pintor.

—¿Para qué sirve un rey, si no se le ve nunca?—dijo la mesonera.

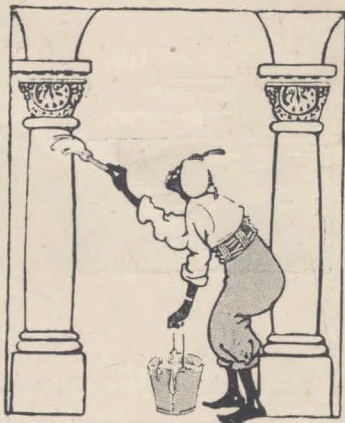
—Ni procesiones, ni banderas, ni carrozas doradas, ni rubíes, diamantes y zafiros, ni regias vestiduras de púrpuras y oro; nada de lo que un país leal tiene derecho a pedir de la munificencia de su soberano. ¡Sólo esas blancuras del antiguo régimen!—apuntó la camarera.



—¡Cuánto más vale una bata de velludo!— suspiró la mesonera.

—A mí algo de color me gusta—dijo el pintor.

—No pido jaspeados, que no todo el mundo está educado para comprender su hermosura; ¡pero siquiera un buen tono castaño oscuro, o un



azul ultramar!... Pues, nada: todo blanco, blanco, blanco; y no puedo más. De blanco nos manda vestir la ley, y que nos lavemos, por magia blanca, libre de gastos, en el Palacio Real, todos los lunes, de 10 de la mañana a 4 de la tarde. ¡Y éso de darnos tan sólo un tercio de cerveza por las noches! Os lo digo yo, muchachos: somos viles, unos esclavos miserables; ni más ni menos.

—¡Si tuviésemos—intervino el herrero—un rey como el tal Silvano!

—¡Ese sí que sería un rey! Como supiera lo que sienten por él nuestros libres corazones, mañana mismo estaría sentado en el trono.

Entonces Silvano, arrojando el disfraz, echó por tierra el jarro de cerveza adornado con el escudo de la villa, vertiendo sobre la ropa que se había quitado



el resto del negro menjurje. Y el mago se presentó ante los circunstantes, pálido, pero decidido, linterna sorda en mano. Tratábase, por supuesto, de una linterna mágica.

—¡Esclavos oprimidos!—gritó— ¡Pobre gente, vejada y esquilmada! ¡Seguidme! ¡Destronemos a un rey que se imagina enmascarar la tiranía con hipócritas cocinas públicas y disimula su despotismo infame con lavatorios gratuitos por magia blanca todos los lunes! ¡A Palacio, a Palacio!

Apuró cada cual su cerveza, y todos le siguieron, llevándose detrás a media población, que se unió a la muchedumbre, y encaminándose hacia la puerta Oriental, junto a la que se alzaba el palacio del rey.

Mientras el mago bebía cerveza disfrazado de persona respetable, el rey, vestido de blanco, según costumbre, paseábase por las enramadas de perales florecidos de blanco; era tiempo de primavera y pleni-



lunio. Y de repente, caminando por el césped cuajado de rocío, distinguió una figura vestida de blanco, y acercándose a ella vio que era una dama más hermosa que las hermosísimas estrellas de aquella maravillosa noche.

—¿Quién sois?—dijo el rey.

—Soy una infeliz princesa que busca fortuna—contestó ella.

—Pasaréis la noche en Palacio—dijo el rey, y la condujo por las suaves yerbas y bajo las ramas floridas del jardín. Llegados a la terraza, la princesa desprendió de su cinto una linterna, la puso encima de la balaustrada de piedra, cerca del sitio en que uno de los pavos reales blancos dormía en fofa masa de plumas, la encendió y abrió la puertecilla del cristal. Un torrente de luz se lanzó afuera, brillante como la del sol primaveral, y la iluminó toda: el rey vio entonces que su vestido no era blanco, aunque así lo creyó a la luz de la luna, sino amarillo de oro, y sus cabellos dorados, y sus ojos dorados y grises al mismo tiempo. Entonces, por vez primera en su vida, el rey pensó en sí mismo y en su propia felicidad, y cogiendo de la mano a la princesa exclamó:

—Nada habrá en adelante que me haga dichoso, ni siquiera la felicidad de mi pueblo, si he de separarme de vos. ¿Queréis quedaros conmigo y compartir mi trono?

La princesa replicó:

—Voy buscando fortuna. ¿Seréis vos quizá mi fortuna?

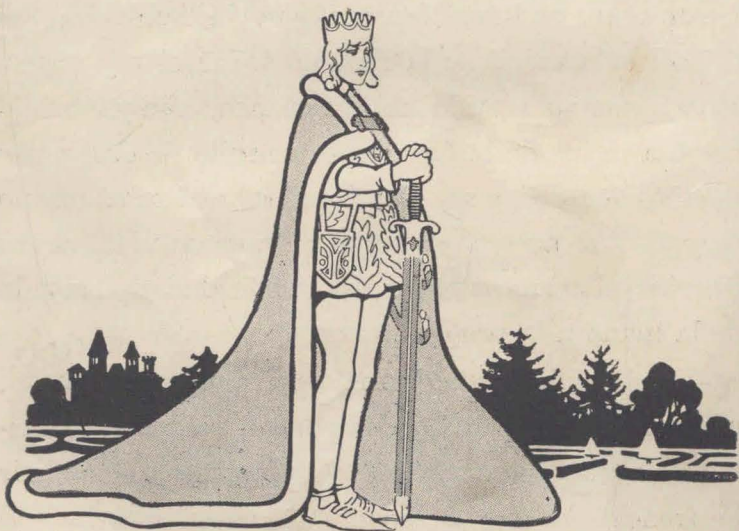
—No lo sé, amada mía—dijo el rey—; no sé si soy vuestra fortuna; pero sé que en vos está la mía.

Entonces la princesa palmoteó, diciendo:

—¡Esa es la contestación! Medio mundo he tenido que correr para escucharla ¿Me querréis siempre?

—Siempre, reina y señora mía—dijo él—, como vos habéis de quererme a mí. No somos de los que cambian a cada momento.

Diéronse un beso en prenda de amor y se pasearon después, en charla de amores, por la avenida de los



tejos, sin oír los gritos de la multitud que, guiada por el mago, se agolpaba ante la puerta principal. Como la vieron cerrada, volviéronse a su casa todos, pero a la mañana siguiente presentáronse otra vez con trompetas, banderas y girones de trapo de color cruzados sobre las blancas vestiduras. El rey les salió al encuentro.

Al verle la muchedumbre, cada cual se puso a gritar: —¡Abajo el rey Albano! ¡Abajo el rey blanco! ¡Viva la cerveza libre! ¡No más lavatorios!—y cosas por el estilo.

El rey se adelantó y les dijo:

—¿Qué hice yo sino procurar vuestra dicha? ¿Cuán-





do, hasta ahora, me ocupé de mi propia felicidad? ¿Quién os ha hecho pensar mal de mí? Pueblo mío, pueblo querido, ¿han estado alguna vez mis oídos cerrados a vuestras quejas? ¿Se os ha hecho injusticia? Decídmelo y se pondrá remedio. ¿Tenéis pesares? Dádmelos a conocer y sabré aliviarlos. ¿No sabéis que vuestro rey es vuestro servidor y que no vive más que por vuestro bien?

La muchedumbre refunfuñó y murmuró; una voz gritó luego:

—No queremos que nos hagan bien. Queremos divertirnos.

—No lo sabía—dijo el rey amablemente—. Pero ya que me lo habéis dicho, voy a nombrar un ministro de Diversiones públicas y...

El mago andaba, vigilante, entre la multitud, y veía que el aspecto de la faz bondadosa del rey y el sonido de su voz afable se abrían camino en los corazones de los que tanto le habían amado. Silvano dio un salto hacia adelante.

—Una palabra, hermano—gritó, y se apartó con el rey a la sombra de una próxima avenida de tejos. En cuanto estuvieron aparte cogió a su hermano por el brazo y murmuró un endiablado conjuro; las primeras palabras las dijo en persa, las inmediatas en griego, vinieron después otras en árabe, en portugués

y en caló de los gitanos, y las últimas eran: “Conviértete en piedra”.

Tan fuerte era el conjuro que el rey se convirtió en piedra al instante, en una gran piedra blanca, y cayendo junto a la fila de tejos quedóse allí tendido.

—¡Ja, ja!—rió el mago; y dejando pasar el tiempo que juzgó prudente, volvió adonde estaba el pueblo y dijo:

—Siento tener que manifestaros que vuestro rey se ha mostrado del todo incompetente como hombre de negocios. Cuando yo le instaba para que firmase un compromiso en que se os garantizara un constante buen humor, se ha negado a ello y, pretextando una cita urgente en tierras de Nueva Escocia, se ha marchado, llevándose consigo la mitad de los tesoros de la Corona. No desesperéis, sin embargo: yo seré vuestro rey y rentas bastantes tengo para poner establecimiento propio. Mis navíos de oro vienen ahora de las Indias con toda suerte de objetos preciosos; de Tarrasa están igualmente en camino una porción de piezas de velludo. Así, pues, yo soy vuestro rey.

Diéronle todos crédito, porque no habían conocido rey que no dijera siempre la verdad; y todos gritaron:

—¡Viva el rey!—con lo cual se ultimó el asunto. Aquel mismo día Silvano mandó pintar el palacio con almazarrón, dorar ventanas y chimeneas, embadurándolas después con dibujos multicolores. Salió en

seguida al jardín para contemplar desde lejos su palacio de almazarrón, y al pasar por la avenida de tejos encontróse con la princesa Fidelia, que estaba llorando sobre la piedra blanca.

—¿Por quién lloráis?—preguntó:

—Estoy llorando al rey Blanco—dijo ella.

—¿Y por qué le lloráis aquí?

—No lo sé—contestó la pobre princesa; y tan bella estaba que el mago se fue derecho al Palacio Real y mandó al Sastre Mayor que le cosiera rubíes nuevos en su nueva túnica de velludo rojo, porque tenía que ir a cortejar.

Al otro día púsose Silvano el traje rojo de velludo, se caló en seguida la corona real y pasó al ala del pa-





lacio que había sido destinada por el rey Blanco para habitaciones de la princesa Fidelia. La corona de Albano era de plata, con perlas y piedras de luna; el nuevo rey se mandó hacer una corona nueva, toda de oro y tan cuajada de rubíes esmeraldas y zafiros como un pastel de Nochebuena lo está de pasas de Corinto (como lo están sobre todo los que se hacen en casa). Llevóse el rey consigo toda su escolta multicolor, e hizo que esperase en la terraza mientras él llamaba a la puerta con los nudillos.

—Adelante—dijo la princesa.

—Vengo a que nos casemos—dijo el mago, sin andarse con rodeos; porque había organizado una cabalgata para aquella tarde y no andaba muy sobrado de tiempo.

Mas Fidelia contestó:

—No, gracias.

El mago no podía dar crédito a sus oídos.

—Pero si vais a ser la reina—explicó, como lo hubierais sido si os hubieseis llegado a casar con mi hermano y como deseabais serlo, supongo yo.

—No, no es éso—dijo ella.

—Pues entonces ¿qué queriais ser?

—Quería ser la esposa del rey Blanco.

—Lo mismo da.

—No, no es lo mismo, ni mucho menos—replicó la princesa—. Y en vano fue que le mostrara su más

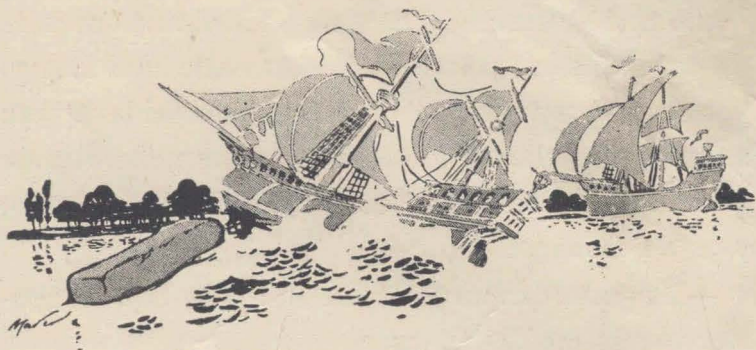
hermoso traje de velludo y los trajes de velludo de su escolta: ella ni los miró siquiera, ni quiso fijarse tampoco en las piedras preciosas. Con lo cual, él se volvió a su palacio a fabricar más rubíes y pedrerías y cosas por el estilo, y ella se fue a llorar sobre la piedra blanca.

Una bandada de pajarillos chismosos había hecho nido en la techumbre del palacio, y algunos de ellos volaron a decir al mago que Fidelia se pasaba el día llorando sobre aquella piedra blanca que estaba en avenida de los tejos. Y él dijo a sus esclavos.

—Id por una carretilla de mano, llevad éso al puente y echadlo en medio del río.

Hiciéronlo así y la piedra se quedó clavada de pie en el limo del cauce; y cuando los navíos de oro del mago remontaban el río cargados de pavos reales, monos y turquesas, todos los galeones, uno tras otro, fueron a estrellarse contra la piedra; todos aquellos tesoros se fueron a pique; sólo se salvaron los pavos reales que, volando, se fueron al país de un rey vecino, que a todo el mundo le enseñaba a ser útil y no decorativo; el cual cortó las colas a los pavos reales, los cercenó las alas, y trató de que aprendieran a poner huevos de gallina. Pero es muy difícil que un pavo real pueda llegar a servir para algo.

El mago dispuso que una gran cantidad de gente dragara en el río para recuperar el perdido tesoro; y



entre otras cosas pescaron algunos infelices monos muertos, y con ellos la piedra blanca. Y como aquella piedra parecía embarazar el curso del río, la llevaron en una carreta a un campo que estaba al otro lado de la ciudad, todo lleno de maleza, y allí la dejaron tendida entre las yerbas altas.

Ya no pudo la princesa volver a llorar sobre ella, porque no sabía dónde estaba y porque además tenía mucho que hacer, pues el mago, en vista de que no había querido casarse con él, le dijo:

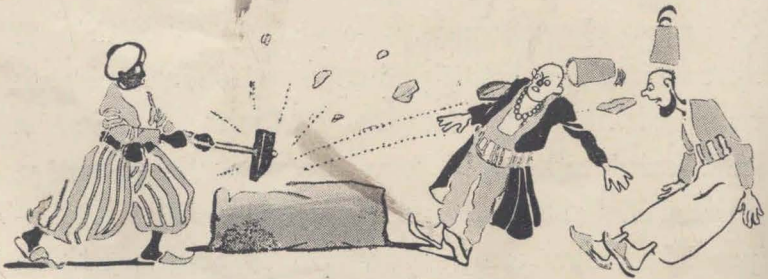
—Muy bien, entonces os encargaréis del lavatorio gratuito—. Y esto se lo dijo porque el ama de llaves, en cuanto el nuevo rey hubo pintado su palacio de almazarrón, se despidió y al cabo de los cinco minutos reglamentarios salió de palacio. Nadie más que ella sabía emplear la magia blanca para los lavatorios y, aunque el pueblo los había mirado con desdén en tiempos del rey Blanco, seguía pidiéndolos, porque se había



hecho a tal costumbre. La pobre Fidelia no entendía de magia blanca, pero empleó el rayo de luna mágico y cada cual se volvió a su casa, después del lavatorio, sonrosado, perlino o grisáceo como las nubecillas de un amanecer primaveral. El pueblo quedó contento, pero no el mago.

—Me gusta que un color sea un color—dijo—; aborrezco esas medias tintas.

Estaba empezando a reformar el reino según su agrado. En lugar de un director general de Obras Benéficas puso un director general de Magia, y en vez del Ministerio de Educación, una Comisión permanente de Magia Negra y de Color. Suprimió los lavatorios gratuitos:—¿quién piensa en lavarse?—decía; y en su lugar dispuso que se distribuyeran gratis algunos medicamentos nauseabundos; y cuando ya empezaba a complacerse en su obra, otro pajarillo chismoso entró volando por la ventana de su laboratorio y, posándose en el borde de un crisol, le habló de un rumorcillo. El rumorcillo había corrido por la ciudad



con una rapidez extraordinaria y por donde corría iba dejando cola. Ya sabéis que un rumor es un animal de mucha cola; y no había quien ignorase en todo el pueblo que aquella noche la piedra blanca se había movido y había llegado rodando hasta la puerta de la ciudad.

—¿Qué medida tomar?—dijo el director general de Magia, que estaba echando cosas nauseabundas en un almirez para la gratuita distribución medicinal del día siguiente.

—Hacerla añicos—contestó Silvano—. Yo echaré una mirada a la medicina, y, mientras tanto, vos iréis a hacer lo que os digo.

El director general de Magia reunió entonces a la Comisión permanente de Magia Negra y de Color y dispuso que fuesen a deshacer la piedra. Pero cuando empezaron a golpearla con martillos y piquetas, saltaron diecisiete esquirlas aguzadas de blanca piedra y cada una fue a dar en un ojo de cada uno de los individuos de la Comisión, dejándolos muertos. Eran precisamente diecisiete señores los que la componían; el director general de Magia mandó cerrar las puertas de la ciudad, se fue a su casa corriendo y se escondió debajo de la cama.

La gente del pueblo había entrado en curiosidad por aquella piedra que se echó a rodar ella sola y mató a diecisiete individuos de una Comisión permanente.

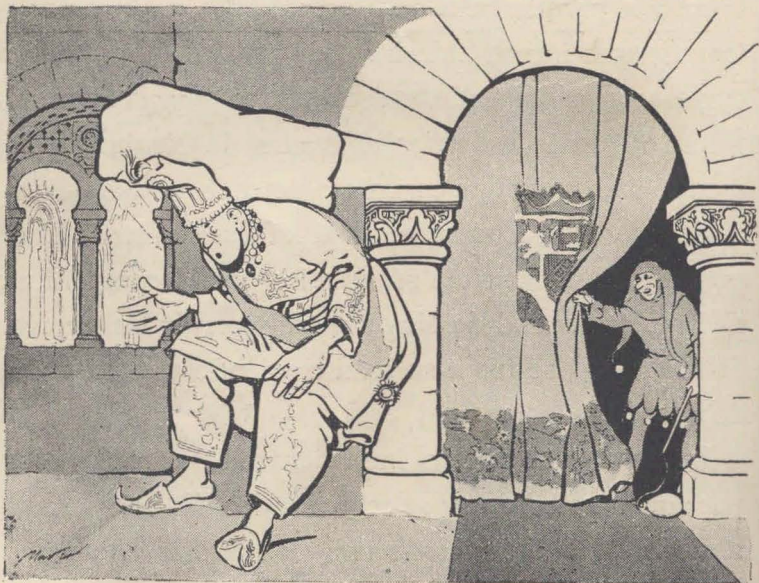


Organizáronse jiras y excursiones durante todo el día, y las familias llevaban a los niños a ver la piedra, sin olvidarse de buena provisión de emparedados y botellas de cerveza.

El mago estaba furioso.

—Nunca he oído hablar de semejante cascote— dijo, cuando un pajarillo chismoso entró por la ventana a contárselo. —Si quieren contemplar algo, ¿por qué no vienen a contemplarme a mí, que siquiera tengo color?

Por la noche la piedra se levantó cuando la obscuridad era más profunda, a esas horas en que no anda fuera de casa nadie más que la policía—y no siempre—,





y echando abajo las puertas de la ciudad fue rodando hasta la plaza Mayor y allí se detuvo.

El pajarillo chismoso fue a despertar al mago muy de mañana y le cantó al oído las noticias, con piar agudo; el mago salió a ver qué pasaba. La plaza Mayor rebosaba de gente y todos gritaban a la vez:

—Es una piedra encantada. Nos trae la suerte. Llévémosla al palacio real para empotrarla en la construcción.

—Algo más he de hacer—pensó Silvano. —Si un buen cemento y una doble capa de almazarrón no la dejan allí empotrada, no habrá quien pueda con ella.

Dio, pues, las órdenes oportunas; acarrearon la piedra hasta Palacio y la empotraron en la pared, para que sirviera de dintel a la puerta principal; y cuando iban a embadurnarla de almazarrón y a sujetarla con mortero, el director general de Magia, que había salido de su escondite, escurriéndose por las calles hasta llegar a Palacio, acertó a pasar por debajo y la piedra le cayó encima, dejándole aplastado como una oblea.

Llegó entonces Fidelia corriendo, lavó la piedra, para quitarle el cemento que tenía, con el rayo de luna mágico, y cuando Silvano apareció, le dijo:

—Dejadla aquí por esta noche, y mañana, si me lo permitís, yo me la llevaré conmigo a mi reino para que no vuelva a molestaros.

Consintió Silvano, porque no se le ocurría otra cosa

mejor, y porque ya empezaba a desesperar de que la princesa se aviniera a casarse con él: un mes entero se había pasado yendo cada día a pedir su mano, cada vez con más relumbrante aparato de velludo y de joyas, y siempre había oído la misma respuesta: — No—, más decidida y hasta más irritada cada vez. Razón por la cual empezaba a desanimarse.

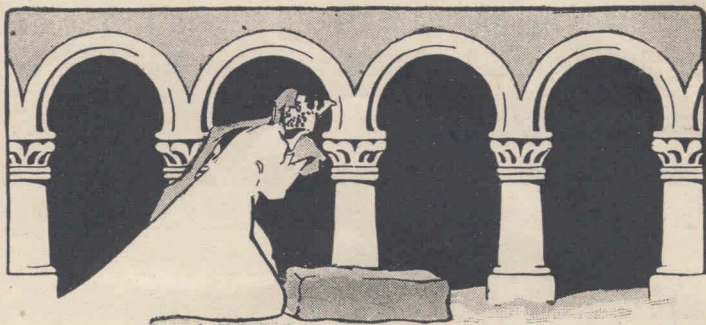
Aquella noche, en el momento en que la luna empezaba a desmayar y antes de que rompiese el día, la princesa Fidelia se deslizó por la escalera de Palacio y entró en el jardín para contemplar una vez más el sitio en donde el rey Blanco le había dado palabra de amor eterno.

Cuando llegó al lugar, allí estaba la blanca piedra, tendida a la sombra de los rosales blancos; perlinas hojas de rosa habían caído sobre ella y seguían cayendo aún como si fuesen lágrimas.

Fidelia se arrodilló junto a la piedra, rodeándola con sus brazos, y dijo:

—Pobre piedra querida, ¿cuál es la causa que te impide permanecer en un mismo lugar? Si lo supiera, te ayudaría con mi rayo de luna mágico. ¿Qué te atormenta y por qué te miro con tal compasión? ¡Ay, si mi rey Blanco estuviese aquí, él sabría qué hacer contigo! Pero yo nada puedo.

Diciendo así se echó a llorar sobre la piedra, llamando al rey Blanco y pidiéndole que volviera. Y



mientras hablaba y lloraba, iba desmayando la luna y la luz del Oriente iba volviéndose más perlina y más bella por momentos. Y llorando y acariciando la piedra, llegó a ver, a la luz incierta del alba, que la piedra cambiaba entre sus brazos. Como cae la arena de un reloj, la piedra blanca fue deshaciéndose, hasta que el sol, filtrándose por los blancos rosales, vio a Fidelia que estrechaba en sus brazos amantes el cuerpo vivo del rey Blanco.

No era el sol quien únicamente lo veía. El mago había pasado mala noche, y salía de su casa a primera hora, con la curiosidad de ver si la piedra se había movido. No quedó sin recompensa tal curiosidad.

Cuando el rey Blanco vio a su traidor hermano, se le desató la lengua—pues hasta entonces no había dicho palabra— y repitió las que encontró más inmediatas; eran, naturalmente, las últimas que habían entrado por sus oídos, y así habló primero en persa y



en griego después, luego en árabe y en portugués, y por último en el caló de los gitanos, diciendo, para terminar:— ¡Conviértete en piedra!

Mas como el endemoniado conjuro que había convertido en piedra al rey Albano estaba ya un poco falto de vigor, como el vino cuando se le va, con el tiempo, el aroma, no pudo ya producir los efectos de antes. Ineficaz para convertir en piedra al perverso mago, como vosotros hubierais querido que hiciese, no tuvo poder más que para convertirle en poste.

No tengo gana de volver sobre un personaje tan vil como Silvano, y así os diré desde luego cuál fue el fin que tuvo. Siguió siendo poste y lo fue siempre.

Más adelante, cuando el rey Albano volvió a preocuparse por el bien de su pueblo, le pareció lamentable dejar inútil aunque fuera un poste, como rey cuidadoso que era. Así, pues, lo convirtió en bomba aspirante, y el agua que se sacaba con ella era amarga y nauseabunda, como las medicinas que el mago acostumbraba a dar a su pueblo; y les sentaba muy bien a los niños, volviéndoles el color a las mejillas. Cuidad de no ponerlos pálidos, o tendréis que tragar el agua de la bomba. Ahora la tienen en Carabaña, en Loeches y en otros lugares por el estilo, adonde es muy fácil que os lleven para que bebáis esas desagradables aguas. Los primeros que se vieron obligados a beberla

fueron los de la escolta del mago. El rey juzgó que les sentaría bien, y ellos lo agradecieron mucho; pero a la noche siguiente robaron la falúa oficial y se fueron por mar a su tierra.

Cuando el mago se convirtió en poste, el rey dijo:

—Lo siento mucho. —Pero la princesa replicó:

—Lo merecía; y además, ser poste no es muy grave castigo. No pensemos más en él. Desde que estoy aquí, he sabido muchas cosas. Alguna tengo que decirte. ¿Tendrás valor para oírla?

—Ahora tengo valor para oír cualquier cosa—dijo el rey, estrechándola entre sus brazos.

—Pues bien—dijo Fidelia—. Yo soy princesa del Sol, y si me caso contigo, querido rey, ni siquiera voy



a poder dar un poco de color a tu lucido reino blanco. Nada más que matices tenues, y de velludo, ni una muestra. Vamos a proscribirlo por una ley, lo primero de todo. Tú seguirás enseñando a tu pueblo a ser bueno, y yo trataré de enseñarle a ser feliz. ¿Te parece bien?

El rey Blanco sonrió.

—A mí ya me has enseñado—le dijo—; pero ahora, antes de hacer nada por el pueblo, vamos a casarnos y podremos empezar a dictar las nuevas leyes después de la comida de bodas. Si nos vamos ahora mismo a la iglesia llegaremos aún a tiempo para que nos casen.

Salieron sin demora, fuéronse a buscar al Arzobispo, que los casó y se fue a almorzar con ellos. En cuanto acabaron de almorzar empezaron a dictar leyes, lo más rápidamente posible.

La primera de todas fue: “No se admitirán telas de velludo en el Reino”, y Albanatolia es hoy el más bello país del mundo entero; sólo se ven en él colores tenues y tonos blancos de perla; la reina Fidelia ha enseñado al pueblo a ser feliz y el rey tiene muy poco que hacer, porque es bueno sin que él tenga casi que intervenir. Es un país delicioso. Espero que algún día lo visitaréis. Yo estuve una vez, pero no me dejaron quedarme allí porque llevaba traje negro y zapatos rojos; y la vista de esos colores hacía tan desgraciado



## El usurpador

al pueblo, que la reina fue a pedirme, como favor personal y particularísimo, que me marchara en seguida y no volviese por aquellas latitudes como no fuera con vestiduras del color de las nubecillas al amanecer. Nunca he podido procurármelas y aun hoy no sé dónde las encontraría. Pero vosotros quizá pudierais ir allá, si lograrais dar con un traje a propósito.







*MELISENDA*  
*O LA DIVISIÓN EXACTA*









CUANDO nació la princesa Melisenda, la reina madre quería celebrar el bautizo, pero el rey se puso por medio y se negó en redondo.

—Esos bautizos han ocasionado siempre muchos quebraderos de cabeza—observó. —Por muy cuidadosamente que registres el libro de señas, nunca deja de olvidarse una u otra hada, y ya sabes lo que ocurre. Hasta en mi familia han ocurrido las cosas más desagradables. No invitaron al hada Malévola al bautizo de mi bisabuela y bien presente tendrás lo de la rueca y los cien años de sueño.



—Quizá tienes razón—dijo la reina.— Una prima política mía se olvidó de no sé qué hadilla insignificante al enviar las invitaciones para el bautizo de su hija, y la muy condenada lo echó todo a perder, porque la criatura sigue aún hoy echando sapos por la boca.

—Eso es. Y también aquéllo del ratón y las fregatrices—confirmó el rey.— No vayamos a tener alguna tontería por el estilo. El padrino seré yo y tú la madrina, y no hemos de convidar ni a un hada; así no se ofenderá ninguna.

—A no ser que se ofendan todas—añadió la reina.

Y esto fue precisamente lo que ocurrió. Cuando el rey y la reina volvían de bautizar a la niña, las camaristas salieron a recibirles a la puerta diciendo:

—Varias señoras han venido a preguntar por Vuestas Majestades. Hemos dicho que no estaban en casa, pero nos han contestado que esperarían.



—¿Están en la antecámara?—preguntó la reina.

—Las hemos hecho pasar al salón del trono, porque son bastantes.

Serían unas setecientas. El gran salón del trono estaba atestado de hadas de todas las edades y de todos los grados de belleza y fealdad imaginables, hadas buenas y malas, hadas de las flores y de la luna, hadas como arañas y hadas como mariposas. En cuanto la reina, al entrar, empezó a decirles que sentía haberlas hecho esperar, gritaron todas a una:— ¿Por qué no me convidaste al bautizo?.

—No lo hemos celebrado—dijo la reina; y, volviéndose al rey, añadió por lo bajo:— Ya te lo decía yo—. Así se desahogaba.



—Pero habéis bautizado a la criatura—dijeron las hadas, todas a la vez.

—Lo siento mucho... —decía la pobre reina; pero Malévola se adelantó y exclamó en tono rudo:

—Cierra el pico.

Malévola es la más vieja y también la más empecatada de todo el gremio. Goza de merecida impopularidad y han dejado de invitarla a más bautizos que a todas las restantes hadas juntas.

—No valen excusas—continuó, amenazando con un dedo a la reina—. Sólo servirían para empeorarlo. Bien sabes lo que ocurre cuando se deja de convidar a un hada para un bautizo. Ahora mismo vamos a ofrecer nuestros presentes. Como hada que soy de la más alta posición social, yo empezaré. La princesa será calva.

A poco se desmaya la reina cuando Malévola se retiró y otra hada, cubierta con un elegante sombrero adornado con sierpes, avanzó con rumor de alas de murciélago. Pero el rey dio un paso adelante.

—¡No, éso no!—dijo—Me maravilla mucho, señoras, su comportamiento. ¿Cómo pueden obrar de modo tan poco ádecuado a las costumbres de las hadas? ¿Es que ninguna ha ido a la escuela, que no les han enseñado la historia de su raza? Seguramente no necesitarán que este pobre rey ignorante les diga que todo ésto no vale.

—¿Cómo te atreves?—gritó el hada del sombrero, cuyas serpientes se enroscaban en cuanto ella movía la cabeza: —A mí me toca la vez y digo que la princesa será...

El rey le puso rápidamente la mano en la boca.

—Mirad—exclamó en seguida— No puede ser, y oid por qué razón, o luego habéis de sentirlo. El hada que rompe con la tradición de su especie se extingue —y bien lo saben todas— como la llama de una vela. Y la tradición nos enseña que sólo a un hada mala





se le deja de convidar a los bautizos y que las buenas están convidadas siempre; pues, o esto no es bautizo, o estabais todas invitadas a él, excepto una, que, por propia determinación, ha sido Malévola. Es lo que casi siempre le ocurre. ¿Os parece clara la cosa?

Algunas hadas de alto rango, que estaban preteridas por influjo de Malévola, murmuraron que algo de verdad había en lo afirmado por el rey.

—Probadlo, si no queréis creerme—dijo éste—; ofreded vuestros presentes inmundos a la inocente criatura, y veréis como, en cuanto lo hagáis, os extinguís como la llama de una vela. Vamos a ver quién es la que se atreve.

Ninguna contestó, y en seguida una cuantas hadas se acercaron a la reina para decirle lo agradable que había sido la fiesta y lo que sentían tener que marcharse. Su ejemplo las decidió a todas. Una tras otra despidiéronse las hadas, no sin dar gracias a la reina por la deliciosa tarde que habían pasado.

—Hemos tenido muchísimo gusto—dijo la del sombrero con serpientes—. Vuélvanos a invitar pronto,



querida reina. Sentiría que pasara mucho tiempo sin verla y sin ver a la preciosa niña—dijo, saliendo con las sierpes ornamentales más agitadas que nunca.

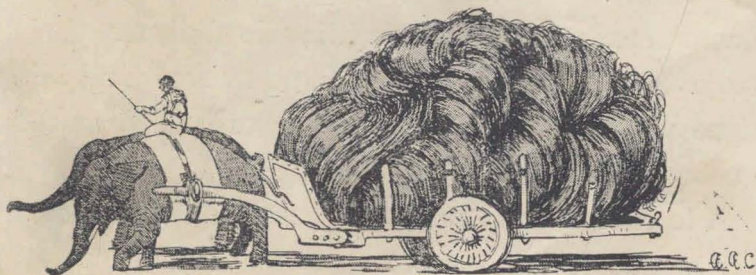
Cuando la última de las hadas hubo salido del salón, la reina fue corriendo a ver a la niña; le quitó la gorrita de encaje llena de lazos y rompió a llorar. Porque todo el pelito dorado de la niña se desprendió con la gorra y la princesita Melisenda se quedó tan calva como un cascarón de huevo.

—No llores, hija mía—dijo el rey—. Tengo por ahí un deseo que nunca ha habido ocasión de emplear. Mi hada madrina me lo dio como regalo de boda, pero desde entonces nada he tenido que desear.

—Gracias, esposo mío—dijo la reina, sonriendo a través de sus lágrimas.

—Lo voy a guardar hasta que la niña sea mayor—prosiguió el rey—, y entonces se lo daré para que, si desea tener pelo, lo tenga.

—¿Y no podrías tú desearlo ahora?—dijo la reina,



dejando caer al mismo tiempo lágrimas y besos sobre la redonda y tierna cabecita de la criatura.

—No, hija. Podría ella querer algo mejor cuando tenga edad, y luego, que quizá la salga el pelo por sí sólo.

Pero no le salió. La princesa fue poniéndose cada día más bonita que el sol y más buena que el oro, pero su cabecita seguía calva. La reina le hizo gorritas de seda verde, y la carita blanca y sonrosada de la Princesa parecía como una flor que está saliendo del capullo. Y cuanto más crecía, más mona estaba, y cuanto más mona estaba, más buena era, y cuanto más buena era, más bonita iba poniéndose.

Cuando hubo crecido, la reina le dijo al rey:

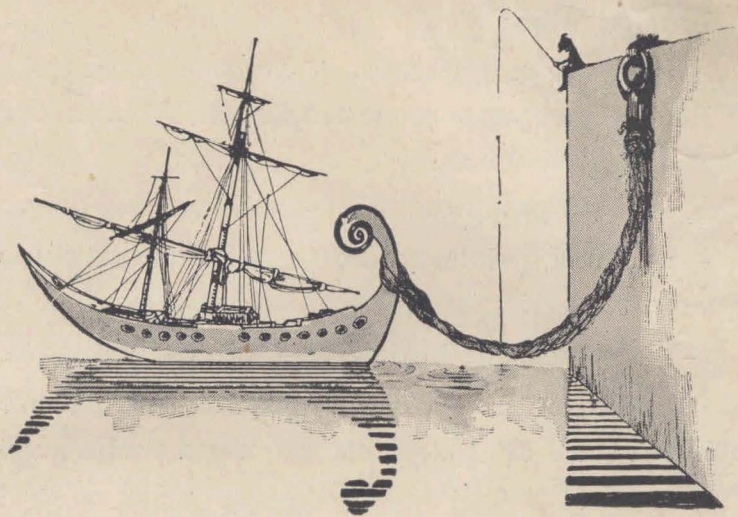
—Señor, nuestra querida hija está ya en edad de saber lo que le hace falta. Dala tu deseo.

Y el rey escribió a su hada madrina y le envió la carta por medio de una mariposa. Preguntaba en ella si podía transmitir a su hija el deseo que el hada le había dado como regalo de boda.

—Nunca tuve ocasión de emplearlo—decía—, aunque muchas veces me sentía feliz sólo al pensar que lo tenía en casa. Está como si fuese nuevo, y mi hija tiene ya edad suficiente para estimarlo en lo mucho que vale.

A lo cual el hada respondió a vuelta de mariposa: «Querido rey: Puedes hacer lo que quieras con mi





regalito insignificante. Se me había olvidado ya por completo, pero me alegro de saber que has conservado durante tantos años mi humilde recuerdo.

Tu madrina que te quiere

El hada Fortuna».

Abrió el rey su dorada caja de caudales con las llaves guarnecidas con siete diamantes que le colgaban del cinto, y sacando el deseo se lo entregó a su hija.

Y Melisenda declaró:

—Padre, voy a desear que todos tus súbditos sean felices.

Pero ya lo eran, porque el rey y la reina eran buenísimos. De modo que el deseo fue inútil.

Entonces dijo:

—Pues voy a desear que todos sean buenos.

Pero lo eran ya, porque eran felices. Y tampoco el deseo sirvió entonces.

Y la reina propuso:

—Hija mía, por mi cariño te ruego que desees lo que yo te diga.

—Ya lo creo que lo desearé—contestó Melisenda.

La reina le murmuró unas palabras al oído, hizo ella una señal afirmativa con la cabeza y dijo luego en voz alta:

—Deseo tener cabellos de oro, de una vara de largos, que crezcan una pulgada por día y que crezcan dos veces más deprisa cada vez que me los corten, y...

—Basta—gritó el rey. Cumplióse el deseo, y un momento más tarde la Princesa se sonreía bajo una cascada de cabellos de oro.

—¡Qué bonita!—exclamó la reina— ¡Lástima que la hayas interrumpido; porque aun no había terminado!

—¿Y qué faltaba aún?—preguntó el rey.

—¡Ah!—dijo Melisenda—, sólo me quedaba por decir «y dos veces más espesos».

—Suerte ha sido que no lo digas—continuó el rey—. Bastante has hecho ya—. Porque el rey tenía espíritu matemático y podía calcular los granos de trigo

del tablero de ajedrez y los clavos de la herradura con su real cabeza, sin la menor molestia del mundo.

—¿Pero qué hay de malo en ello?—preguntó la reina.

—Pronto lo veréis. Seamos dichosos mientras podamos. Dame un beso, Melisendita, y ve a que tu aya te diga cómo has de peinarte.

—Ya lo sé, porque he peinado a mamá muchas veces.

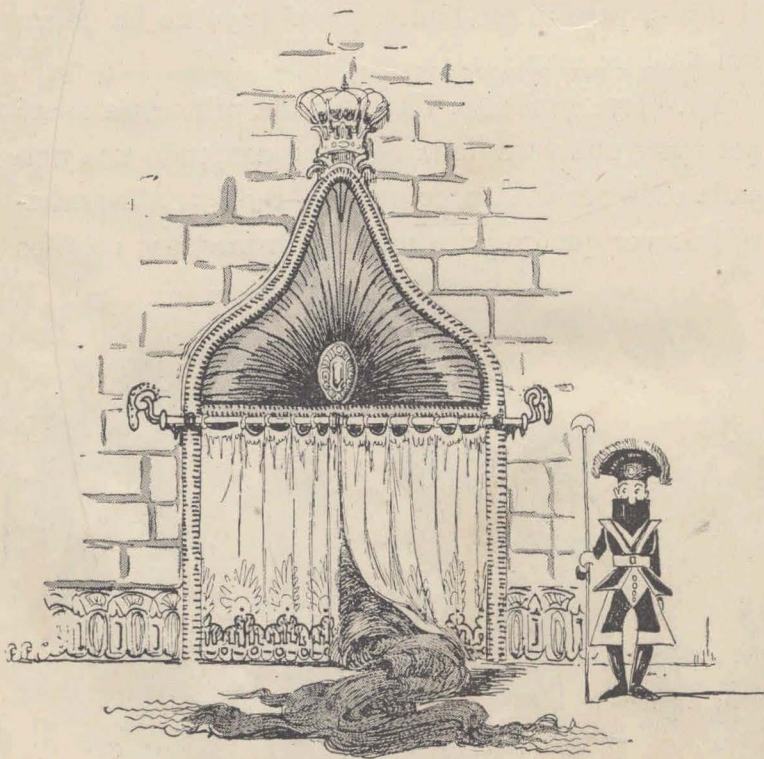
—Tu madre tiene un pelo muy hermoso—contestó el rey—, pero se me figura que el tuyo no ha de ser tan fácil de manejar.

Y así era, en efecto. El pelo de la princesa empezó por tener una vara de largo y fue creciendo una pulgada cada noche. A poco que sepáis de cuentas, echaréis de ver que en poco más de un mes, sus cabellos





tenían dos varas de largo. Y ésto ya no es conveniente. Arrastran por el suelo, barren todo el polvo, y aunque en palacio todo el polvo es de oro, no es muy cómodo llevárselo en el pelo. Y el cabello de la princesa crecía una pulgada cada noche. Cuando tuvo tres varas de largo, la princesa no lo pudo soportar, de pesado que era y de calor que le daba, y tomando las tijeras de la nodriza se lo cortó, quedándose tranquila por unas cuantas horas. Pero el pelo volvió a crecer, y creció



dos veces más deprisa que antes; de modo que en treinta y seis días estaba tan largo como cuando se lo cortó. La pobre princesa se echó a llorar con desconsuelo; y cuando no pudo más, volvió a cortárselo y se quedó tranquila muy poco tiempo, porque el pelo creció entonces cuatro veces más deprisa y en dieciocho días estaba tan largo como antes, de modo que tuvo que vorvérselo a cortar. Entonces fue creciendo ocho pulgadas por día, y al cortárselo de nuevo creció dieciséis pulgadas diarias, y luego treinta y dos, y luego sesenta y cuatro, y después ciento veintiocho pulgadas al día, y así sucesivamente, porque crecía con doble rapidez cada vez que se lo cortaba. De modo que la princesa iba a acostarse cada noche con el pelo al rape y se despertaba a la mañana siguiente con varas y varas y varas de cabellos dorados que llenaban la habitación, hasta tal punto que ni moverse podía sin pisar sus propios cabellos, y la nodriza tenía que ir a cortárselos antes de que se levantara.

—¡Ojalá volviese a ser calva!—suspiraba la pobre Melisenda, mirando las gorritas verdes que usaba en otro tiempo; y lloraba de noche, dormida sobre los dorados almohadones de su dorada cabellera. Pero nunca su madre la vio llorar, porque la culpa era de la reina y Melisenda no quería hacer como si se lo echase en cara.

Cuando, por primera vez, le creció el pelo a la princesa, su madre envió bucles a todos sus regios parientes, que hicieron con ellos sortijas y broches. Más adelante, la reina pudo enviar lo bastante para que se hiciesen pulseras y cinturones. Pero después, tanto era lo que se cortaba, que fue preciso quemarlo. Cuando el otoño llegó, se perdieron todas las cosechas; parecía como si el oro de la recolección se hubiese trasladado a los cabellos de la princesa. Y el pueblo tuvo hambre. Entonces Melisenda dijo:

—Es lástima que se desperdicie así mi pelo, con lo deprisa que crece. ¿No podríamos hacer tejidos con él o cosa por el estilo y venderlos para dar de comer al pueblo?

Convocó el rey un congreso de mercaderes, que enviaron a todas partes muestras del cabello de la princesa, y pronto empezaron a llegar pedidos; y el cabello de la princesa fue el principal artículo de exportación del país. Hicieron con él almohadas y colchones; sogas para los marineros y cortinajes para los palacios de los reyes, y tejidos burdos para los eremitas y para otras personas que deseaban vestiduras de paño grueso; pero tan suave y sedoso era que les daba holgura y calor, es decir, lo contrario de lo que buscaban. De modo que los eremitas dejaron de usarlo, y, en vez de ellos, las madres lo compraban para



sus hijos, y todos los hijos bien nacidos llevaron camisitas tejidas con el cabello de la princesa.

Y el pelo crecía más y más. Y la gente del pueblo tenía que comer y el hambre cesó.

Entonces el rey dijo:

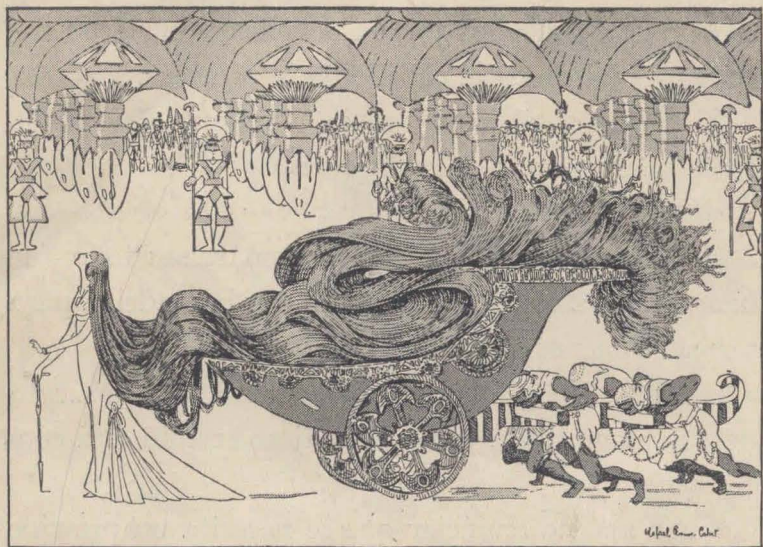
—Mientras el hambre nos amenazaba, todo fue bien; pero ya es tiempo de escribir a la madrina para ver si se encuentra remedio.

Escribió, pues, una carta, la envió por conducto de una alondra y a vuelta de pájaro recibió esta contestación:

«¿Por qué no anunciar que se necesita un príncipe competente? Ofrézcase la recompensa acostumbrada»

El rey, en vista de ello, envió a sus heraldos a que proclamaran por todo el mundo que al príncipe respetable y con buenos informes que lograra detener el crecimiento de los cabellos de la princesa le sería otorgada su mano.

Y desde los países remotos y cercanos empezaron llegar caravanas de príncipes anhelantes de probar fortuna, con toda suerte de nauseabundos menjurges, frascos y cajitas redondas de madera. No dejó la princesa remedio por ensayar; pero ninguno le sirvió, y como tampoco le agradaba ninguno de los príncipes, alegróse para sus adentros de que los menjurges nauseabundos contenidos en botellas y cajitas no tuviesen eficacia ninguna.



La princesa veíase ya obligada a dormir en el gran salón del trono, porque no había aposento capaz de contenerla con cabello y todo. Cuando se levantaba por la mañana todo el salón veíase lleno de cabellos de oro, tan apretados y espesos como lana en almacén. Y cada noche, en cuanto la cortaban el pelo al rape, solía asomarse a la ventana llorando, vestida con traje de seda verde, y besando las verdes gorritas que de niña llevaba, sentía no ser calva como entonces.

Una noche de verano, estando en tal disposición vio por primera vez al príncipe Florisel.

Había llegado a palacio aquella noche, pero no había querido presentarse ante ella con el polvo del camino, y ella se había retirado seguida de viente



pajes que le sostenían el pelo antes de que él se bañara y mudase de vestidos para entrar en la sala de recepciones.

Paseábase el príncipe por el jardín a la luz de la luna; miraba a lo alto, miraba ella hacia abajo y aquella fue la primera vez que Melisenda, al ver a un príncipe, deseó que tuviese habilidad bastante para detener el crecimiento de sus cabellos. En cuanto al príncipe, deseó muchas cosas y empezó por conseguir la primera, pues dijo:

—¿Sois Melisenda?

—¿Y vos Florisel?

—Muchas rosas hay junto a vuestra ventana, y ninguna aquí.

Echóle ella una rosa blanca, de tres que tenía en la mano, y él continuó:

—Los rosales que dan rosas blancas son fuertes. ¿Puedo subir hasta donde estáis?

—Ciertamente—contestó la princesa.

Y él trepó hasta la ventana.

—Ahora—dijo—, si logro hacer lo que vuestro padre desea ¿os casaréis conmigo?

—Mi padre lo ha prometido, y así será—dijo Melisenda, jugando con las rosas blancas que tenía en la mano.

—Princesa querida—prosiguió él—, la promesa de



vuestro padre nada significa para mí. Necesito la vuestra. ¿Me la daréis?

—Sí—contestó ella, dándole la segunda rosa.

—Dadme la mano.

—Sí.

—Y el corazón con ella.

—Sí—afirmó la princesa, mientras le daba la tercera rosa.

—Y un beso para sellar la promesa.

—Sí.

—Y otro beso con la mano.

—Sí.

—Y otro beso con el corazón.

—Sí—contestó la princesa dándole los tres besos.

—Pues esta noche—dijo él cuando se los hubo devuelto—no os acostéis. Quedaos a la ventana: yo me quedaré aquí en el jardín, de centinela, y cuando os haya crecido el pelo tanto que se haya llenado por completo la habitación, llamadme y haced entonces lo que os diga.

—Sí haré—respondió la princesa.

Caía el rocío del amanecer cuando el príncipe, que estaba echado en el césped inmediato al reloj de sol, la oyó llamar:

—¡Florisel, Florisel! El pelo me ha crecido tanto que me empuja fuera de la ventana.

—Sentaos en el alféizar—dijo él—y dad tres vuel-



tas con el cabello al rededor del gancho de hierro que hay en él.

Así lo hizo la princesa, y el príncipe, trepando por el rosal, con la espada desnuda entre los dientes, cogió a la princesa por el cabello, como a distancia de una vara de su cabeza, y dijo:

—¡Dad un salto!

Saltó la princesa, dando un grito, y se quedó colgada del garfio por vara y media de su dorado cabello; lo afianzó con su mano el príncipe y dio en él un tajo con su espada, sosteniéndola después cuidadosamente hasta que los pies de ella tocaron la hierba. Luego, de un brinco, se puso a su lado.

Permanecieron hablando en el jardín hasta que las sombras, arrastrándose, quedaron encogidas bajo sus árboles correspondientes y el reloj de sol indicó que era ya hora de almorzar.

Entraron, pues, en el comedor. La Corte se quedó admirada, y se agolpó en derredor de ellos para ver el prodigio; pues el cabello de la princesa no había crecido más.

—¿Cómo te has arreglado?—preguntó el rey al príncipe Florisel, estrechándole calurosamente la mano.

—De la manera más sencilla del mundo—contestó modestamente Florisel—. Hasta ahora habíais cortado el pelo, separándolo de la princesa. Yo he cortado a la princesa, separándola de su pelo.



—¡Hum!...—masculló el rey, que tenía espíritu lógico. Y durante el almuerzo no cesó de mirar ansiosamente a su hija. Cuando acabaron de almorzar levantóse la princesa, lo mismo que todos; pero ella se levantó, se levantó, se levantó, y parecía que nunca se acababa de levantar. La princesa tenía tres metros y medio de altura.

—Lo que yo temía—dijo el rey con tristeza—. Ya me imaginaba yo los términos de la progresión. Verás —dijo al pobre Florisel— : si se le corta el pelo, el pelo crece; pero si se corta a la princesa, la princesa es la que crece. ¡Creí que se te habría ocurrido!

La princesa seguía creciendo. Tan alta era a la hora



de la comida, que fue necesario servírsela en el jardín, porque no cabía en el comedor. Pero estaba demasiado triste para tener ganas de comer, y lloraba de tal modo que formó en el jardín como un estanque, en el que estuvieron a punto de ahogarse varios pajecillos. Y ella no paraba de crecer. Íbase haciendo mayor, mayor cada vez, y tuvo que salir de los jardines de palacio y sentarse en la pradera comunal, que todavía resultaba pequeña para su comodidad, porque a cada hora crecía con doble rapidez que en la hora anterior. Y nadie sabía qué hacer, ni dónde iba a dormir la princesa. Por fortuna sus vestidos habían ido creciendo con ella, que, si no, hubiera tenido mucho frío en verdad; sentada en el prado comunal con su vestido verde bordado de oro parecía un alto cerro cubierto de aulagas en flor.

No os podéis imaginar hasta qué punto había crecido la princesa. Su madre se retorció las manos en la torre del castillo, y el príncipe Florisel miraba, con el corazón partido, a su princesa, arrebatada de sus brazos y convertida en un ser tan grande como una montaña.

El rey ni lloraba ni se atrevía a mirar. Se sentó a su escritorio y dirigió una carta a su hada madrina, pidiéndole su parecer. Envió la carta por medio de una comadreja, y a vuelta de comadreja se la devolvieron con esta indicación: «Desaparecido el destinatario sin dejar señas».





Sumergido estaba el reino en el mayor desamparo, y al saberlo, a un rey de las cercanías se le puso en la cabeza enviar un ejército invasor contra la isla en que Melisenda se hallaba. Fueron en buques y tomaron tierra en gran número, y Melisenda, al dirigir los ojos al suelo desde su altura, vio soldados extranjeros que pisaban el sagrado territorio de su patria.

—No me importa mucho ahora mi tamaño—se dijo, si puede ser de alguna utilidad.

Y cogiendo al ejército enemigo a puñados y con las dos manos lo volvió a meter en los buques, dio un papirotazo a cada transporte y los hizo andar tan deprisa que no pararon hasta llegar a su país; y cuan-



do llegaron, no hubo hombre que no dijera que prefería comparecer cien veces ante un Consejo de guerra a volver a intentar la empresa.

Entretanto, Melisenda, que se había sentado en la cumbre más alta de la isla, sintió que la tierra temblaba y se abría bajo sus gigantescos pies.

—Me parece que voy pesando demasiado—, dijo. Y de un salto entró en el mar, que le llegaba sólo a los tobillos. Precisamente entonces una poderosa escuadra de acorazados, cruceros y torpederos se acercaba a la isla con propósito de atacarla.

Fácilmente hubiera podido Melisenda echarlos a pique, mas no lo hizo, porque se hubiesen ahogado los marineros y acaso también se quedase anegada la isla. Por lo tanto, no hizo más que inclinarse, coger la isla como quien coge una seta—porque la isla, como todas las demás, estaba sostenida por un tallo—y llevársela a otra parte del mundo; de modo que cuando los buques de guerra llegaron a los lugares que las cartas de navegación señalaban a la isla, no se encontraron más que el mar, y un mar muy alborotado, porque la princesa lo había revuelto mucho al trasladarse llevándose la isla.

Cuando Melisenda llegó a un lugar a propósito, bien soleado y caliente, sin tiburones en el agua, dejó en él la isla; la gente del pueblo, luego de asegurarla bien con anclas, se fue a dormir, dando gracias a la

suerte que les había deparado una princesa tan grande en un momento de apuro y llamándola salvadora de su patria y baluarte de la nación.

Pero de poco le sirve a uno ser baluarte de la nación y salvador de la patria cuando su estatura se mide por kilómetros, y no se puede hablar con nadie, y no tiene uno otro deseo que el de recuperar su humilde talla anterior y el de casarse con el ser amado. Obscurecido, la princesa se acercó a la isla y poniéndose a mirar desde muy alto, su palacio y su torre, lloró, lloró amargamente. No importa que uno llore en el mar, porque la diferencia no es mucha, por grande que sea el que llora. Luego, cuando la obscuridad fue completa, la princesa miró a las estrellas.

—Me gustaría saber cuando voy a dar un cabezazo allá arriba—pensó.

Y cuando miraba a las estrellas, oyó un cuchicheo a su oído. Era un cuchicheo muy leve, pero muy claro:

—¡Córtate el pelo!—decía.

Todo lo que la princesa llevaba encima había ido creciendo a la medida de ella, de modo que, pendientes de su dorado cinturón, balanceábanse unas tijeras tan grandes como la península italiana y un acerico del tamaño de la isla de Mallorca y una cinta de medir con la que se hubiese podido dar la vuelta al continente africano.

Cuando oyó aquella vocecilla, con ser muy leve, la reconoció; era la voz amada del príncipe Florisel. Sacó ella las tijeras de su funda de oro y chas, chas, se cortó el cabello, que fue a caer en el mar. Los insectos del coral se apoderaron de él en seguida y empezaron a horadarlo, convirtiéndolo muy pronto en el más grande arrecife de coral que hay en el mundo; pero ésto nada tiene que ver con el cuento.

Luego volvió a decir la voz:—Acércate a la isla—. Y la princesa lo hizo así, pero no pudo acercarse mucho por lo gigantona que era. Volvió a mirar al cielo y las estrellas le parecieron mucho más lejanas que antes.

La voz siguió diciendo:—Disponte a nadar—, y ella sintió que algo se le desprendía por una oreja y bajaba a rastras por su brazo. Las estrellas le parecieron lejanas, muy lejanas, y un instante después la princesa se encontró nadando en medio del mar y con el príncipe Florisel que nadaba a su lado.

—Me subí por tu mano cuando trasladabas la isla— exclamó él, luego que llegaron a hacer pie, mientras que se encaminaban a la playa—, y me encaramé hasta tu oído con una trompeta acústica. Tú no te diste cuenta por el tamaño.

—¡Ay, príncipe mío!—exclamó Melisenda dejándose caer en sus brazos—, ¡me has salvado! Ya estoy otra vez de tamaño natural.



En esto llegaron a su casa y se lo contaron todo al rey y a la reina. Sintiéronse los dos totalmente felices, pero el rey, rascándose la barbilla, dijo:

—No te ha salido mal la cuenta, mancebo; pero, ¿no ves que ahora estamos lo mismo que antes? Porque a la niña ya le vuelve a crecer el pelo.

Así era, en verdad.

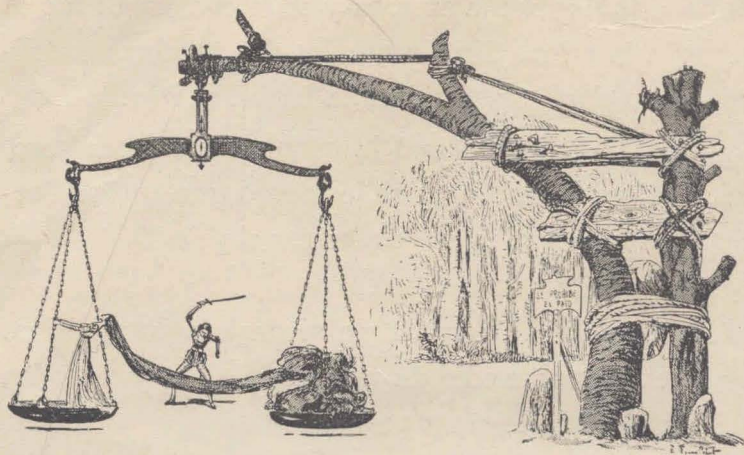
El rey volvió a escribir un mensaje a su madrina. Se le envió por medio de un pez volador, y a vuelta de pez llegó la respuesta:

«Acabo de regresar de mi veraneo. Siento mucho vuestros quebraderos de cabeza. ¿Por qué no usáis balanza?»

Semanas enteras se pasó la Corte meditando el mensaje. Pero el príncipe mandó que se hicieran dos platillos de oro, y los colgó de un roble, en los jardines de palacio. Y una mañana le dijo a la princesa:

—Melisenda querida, tengo que hablarte seriamente. Nos vamos haciendo viejos. Yo voy a cumplir veinte años; ha llegado el momento de pensar en lo que nos conviene. ¿Quieres fiarte enteramente de mí y subir en uno de esos platillos de oro?

Con estas palabras se la llevó al jardín, le dio la mano para que subiera al platillo y se acurrucó ella bien, vestida con su traje verde y oro, con el que parecía un montón de hierba salpicado de florecillas de retama.



—¿Para qué servirá el otro platillo?—preguntó Melisenda.

—Para tu pelo—contestó Florisel—. Ya has visto que si se te corta el pelo, el pelo crece, y si a tí se te separa, creces tú, ¡y nunca se me olvidará, corazón mío, de qué modo creciste! Pero si cuando tu pelo llegue a ser lo mismo que tú y tú seas lo mismo que tu pelo yo meto las tijeras entre tú y él, entonces no es posible que tú ni tu pelo decidáis quién ha de ser el que crezca.

—¿Y si crecemos los dos?—dijo la pobre princesa, aterrada.

—Imposible—decidió el príncipe con un estremecimiento—; todo tiene sus límites: hasta la malevo-

lencia de Malévola. Y además Fortuna dijo: «Balanza»  
¿Quieres que probemos?

—Yo haré lo que tú quieras—dijo la infeliz—; pero déjame dar un beso a papá, y a mamá, y al aya, y a tí también, amado mío, no sea que me dé por crecer y no pueda besaros ya nunca.

Acercáronse uno tras otro y besaron a la princesa.

Entonces el aya le cortó el pelo, que empezó inmediatamente a crecer con velocidad espantosa.

El rey, la reina y el aya lo iban arrollando a medida que crecía en el otro platillo, que fue gradualmente inclinándose. El príncipe vigilaba entre los dos platillos con la espada desnuda, y un momento antes de que estuviera a nivel, dio un tajo. Mientras tuvo la espada levantada, el cabello de la princesa creció una vara o dos, lo suficiente para que en el momento de descargar el golpe la balanza estuviera en el fiel..

—Eres un mozo de juicio—dijo el rey abrazándole, en tanto que la reina y el aya iban a ayudar a la princesa para que bajase del platillo de oro.

El que estaba cargado de áureos cabellos dio de golpe en tierra en el momento en que la princesa saltó del otro, acercándose a su enamorado, riendo y llorando al mismo tiempo de dicha, al ver que se quedaba de tamaño natural y que ya no le crecía el pelo.



## Cuentos de Calleja

Dio muchos besos al príncipe, y al día siguiente se celebró la boda. Todos se admiraron de la hermosura de la novia y advertían que tenía el cabello muy corto, solamente de dos varas y media; no le llegaba más que a los tobillos. ¡Porque los platillos habían estado a cinco varas justas de distancia, y el príncipe había tenido tal ojo que cortó la dorada cabellera exactamente por la mitad!





*LAS CUEVAS Y EL BASILISCO*







**E**DUARDO era un chico de quien solían decir los que no le querían bien que era el más pesado del mundo; pero su abuela y los que le miraban con algún cariño aseguraban que tenía espíritu de investigación, y su abuelita no dejaba nunca de añadir que era el niño más bueno que hubo jamás. Bien es verdad que su abuelita era muy bondadosa y muy vieja.

Eduardo quería descubrir cosas. Quizá os figuréis que, para ello, era puntual en asistir a la escuela, ya que si algo se aprende en alguna parte, es allí. Pues

no; Eduardo no quería *aprender cosas*: quería *descubrir cosas*, lo cual es muy diferente. Su espíritu de investigación le hacía destrozarse los relojes para ver cómo andaban, abrir las cerraduras de las puertas para enterarse de lo que había detrás. Alguna vez rompió su pelota de goma para ver qué era lo que la hacía botar; claro que nunca lo vio, como os ocurre a vosotros cuando intentáis la misma experiencia.

Eduardo vivía con su abuela, que le quería mucho, a pesar de su espíritu de investigación, y ni siquiera le reñía cuando trataba de prender fuego a su peineta de concha, en el ansia de ver si estaba hecha de concha legítima o era de alguna otra materia susceptible de arder. Con todo ésto, Eduardo iba a la escuela de modo irregular, y en ocasiones no podía librarse de aprender algo, aunque nunca lo hiciera a propósito.

—¡Se pierde tanto tiempo!—decía—. No saben más que lo que sabe cualquier muchacho. Yo quiero descubrir cosas nuevas, que nadie haya visto antes que yo.

—No creo que tú puedas descubrir nada que no hayan visto los sabios del mundo entero durante miles de años—le decía su abuela.

Pero Eduardo no estaba de acuerdo con ella en ese punto. Hacía novillos cuantas veces podía, porque era un chico de buen corazón y no podía resistir la idea de que su maestro perdiese tiempo y trabajo por

enseñar a un muchacho como él, que no quería aprender nada, sino descubrir cosas, habiendo otros tantos sedientos de que les enseñaran Historia y Geografía, a leer y a contar, y entusiastas del *Juanito*.

También otros muchachos hacían novillos y se iban a coger higos o moras; pero Eduardo no les acompañaba nunca por aquel lado de la ciudad, todo lleno de zarzas y huertos. Siempre echaba monte arriba, hacia donde estaban las enormes rocas y los altos pinos, oscuros lugares temidos de todos por los extraños ruidos que salían de las cuevas.

No atemorizaban a Eduardo tales ruidos, por ex-







traños y temibles que fuesen. Necesitaba descubrir cómo se producían, y una vez se lanzó a la empresa. Había inventado, sin ayuda de nadie, una ingeniosísima linterna de clase especial, hecha con un pepino y un vaso, y cuando sacó la bujía de la palmatoria de su abuelita y la puso en su linterna, vio que daba espléndida luz.

Tuvo al día siguiente que ir a la escuela, y le castigaron por la falta no justificada del día anterior, sin hacerle caso cuando, muy en ello, manifestó que había estado de sobra ocupado con su linterna para acordarse de que había escuela en el mundo.

Al otro día se levantó muy temprano, cogió la merienda que su abuelita le había preparado para que se la llevase al colegio—dos huevos duros y una manzana—y, sin olvidarse de su linterna, se encaminó,

recto como una flecha, a la montaña, para explorar las cuevas terribles. Eran muy oscuras, pero su linterna las iluminaba perfectamente; y se trataba de unas cuevas muy interesantes, con estalactitas, estalagnitas y fósiles y todo éso que se lee en los libros para la enseñanza de la juventud. Pero entonces no se preocupaba Eduardo de tales cosas. Necesitaba descubrir de dónde salían aquellos ruidos que tenían atemorizada a la gente, y no había en las cuevas nadie dispuesto a explicárselo.

Sentóse en la cueva más amplia y se puso a escuchar cuidadosamente, hasta que pudo distinguir tres clases de ruidos. Uno era grave, retumbante, como el que produce al roncar un viejo señor gordo cuando, después de comer, se queda dormido; otro era un rumor más ligero, de ronquido también, y sonaba en armonía con el anterior, y, por último, percibíase una especie de graznido o cacareo, como si lo produjese una gallina tan grande como un almiar.

—Me parece—dijo Eduardo para sus adentros— que el graznido se oye más cerca que los otros. Con lo cual se levantó y se dispuso a seguir explorando las cuevas. Nada descubrió al principio, pero a media altura de la pared de la cueva distinguió luego un orificio. Como era un muchacho, trepó hasta él y se metió dentro; y halló que era la abertura de un pasadizo de rocas. Ya podía oirse el cacareo más distin-

tamente, y, en cambio, los ronquidos apenas si se percibían.—Por fin estoy a punto de descubrir algo—se dijo, siguiendo adelante. El pasadizo se quebraba, torcía y retorcía para volverse a quebrar, torcer y retorcer; pero Eduardo no se detuvo.

—Esta linterna da cada vez mejor luz—exclamó; pero vio en seguida que no toda aquella luz procedía de su linterna. Era un resplandor amarillento y pálido, que procedía del fondo del corredor, a lo lejos, como si saliese por las rendijas de una puerta.

—Debe de ser el fuego central de la tierra—pensó Eduardo, que no había logrado saber bien aquellas cosas en el colegio.

Pero, de pronto, el resplandor lejano dio como un





ligero respingo de vacilación, apagándose en seguida. El cacareo cesó inmediatamente.

Un momento después, Eduardo, al dar vuelta a una esquina, se encontró delante de una puerta de roca. Estaba entreabierta. Entróse por allí, y se halló en una caverna redonda como la cúpula de San Francisco el Grande. Veíase en medio de la cueva una oquedad, como si fuese un enorme barreño, en medio del cual pudo distinguir Eduardo un tristísimo personaje, larguirucho y pálido, sentado en dolorosa actitud. Tenía el personaje faz humana y cuerpo de grifo, alas anchísimas, cola de serpiente y cresta y collar de plumas como los gallos.

—¿Quién es usted?—preguntó Eduardo.

—Soy un pobre basilisco medio muerto—contestó el personaje pálido, con voz muy débil—, y me muero del todo, sí, me muero del todo. ¡Se me ha apagado el fuego! No sé cómo habrá sido; habré dado alguna cabezada. Tenía que atizarlo siete veces con la cola cada cien años para que se mantuviera encendido, y se me debe de haber parado el reloj. Me muero, me muero.

Creo haber indicado antes que Eduardo tenía muy buen corazón.

—No se apure—dijo—. Yo le encenderé la lumbre.

Salió y en pocos minutos estuvo de vuelta con un gran haz de ramas de pino, con las cuales y uno o dos

libros de texto que se había olvidado de dejar en casa, y que, por tal descuido, llevaba en el bolsillo, encendió una hoguera todo alrededor del basilisco. Brillaron las ramas, y de pronto algo se prendió en el barreño; Eduardo vio en él una especie de líquido que ardía como el ron en una ponchera. Ya lo atizaba con su cola el basilisco, y le echaba viento con el soplillo de sus alas, tan fuertemente, que una gota saltó hasta la mano de Eduardito, causándole una quemadura bastante dolorosa. Pero el basilisco se puso colorado, recobró fuerzas y alegría, la cresta se le volvió roja, esponjáronsele las plumas y empezó a dar brincos graznando en tono muy fuerte, y claro: —¡Basilisco-lisco-lisco! Eduardo, con su bondadoso natural, estaba muy satisfecho, al ver cómo mejoraba de salud la alimaña, y aseguró:

—No hay de qué; crea que estoy encantado—cuando el basilisco trató de darle las gracias.

—¿Y en qué podré servirle yo a mi vez?—preguntó la alimaña.

—Cuénteme cuentos—indicó Eduardo.

—¿Qué cuentos?

—Cuentos acerca de cosas que no se aprenden en la escuela. Consintió el basilisco y se puso a contarle historias de minas y tesoros, de formaciones geológicas, de enanos, hadas y dragones, de glaciares, de la edad de piedra, del principio del mundo, del uni-

cornio y el ave fénix y de magia negra y blanca.

Y Eduardo, comiéndose los huevos y las manzanas, le estuvo escuchando, y cuando volvió a sentir hambre se despidió y se fue a su casa. Pero al día siguiente,



allí estaba otra vez a oír más cuentos, y al otro día, y al otro, durante una larguísima temporada.

Habló a los chicos de la escuela del basilisco y de sus cuentos, tan verdaderos como admirables, y a los chicos les gustaron aquellas historias; pero cuando se las contó al maestro, éste le castigó por faltar a la verdad.



—Pero si todo es cierto—decía Eduardo—; mire donde me quemó el fuego.

—Con fuego sí que has jugado, y como de costumbre, sin cuidado ninguno—dijo el maestro, castigándole más severamente todavía. El maestro era ignorante e incrédulo; pero me aseguran que no todos los maestros son como aquél.

Pues un día, Eduardo construyó una linterna nuevecita con no sé qué producto químico que tomó disimuladamente del laboratorio de la escuela, y se fue a proseguir su exploración, para ver si daba con lo que producía las otras clases de ruido. Y en una parte distinta de la montaña encontró un pasadizo oscuro, todo revestido de bronce, que parecía un enorme telescopio por dentro, y al extremo del cual vio una puerta de vivo color verde. Había en ella una placa de bronce que decía: «*Don Dragón. Llamése a la campanilla y con el aldabón*», y un rótulo blanco en que se leía: «*Despiértenme a las tres*». Eduardo llevaba reloj; se lo habían regalado dos o tres días antes, por su cumpleaños, y aún no había tenido tiempo de hacerlo pedazos para ver cómo andaba, de modo que andaba todavía. Lo consultó y dijo:

—Las tres menos cuarto.

¿No os dije antes que Eduardo tenía muy buen corazón? Sentóse en el escalón de bronce sobre el cual se abría la puerta y esperó a que diesen las tres. Llamó

entonces a la campanilla y con el aldabón, y algo se revolvió y empezó a dar bufidos dentro. Abrióse de golpe la puerta, y Eduardo no tuvo tiempo más que para esconderse detrás y ver salir un inmenso dragón amarillo que pasó retorciéndose y salió de la cueva como un largo y sinuoso gusano, o quizás mejor dicho, como un monstruoso ciempiés.

Arrastróse hacia afuera Eduardo, vio que el dragón se desperezaba en las rocas, al sol, y alejándose del monstruo, se precipitó cuesta abajo, llegó a la ciudad, e hizo irrupción en la escuela, gritando:

—¡Un dragón, un dragón colosal! ¡Pónganse en guardia o nos destruye a todos!



## Cuentos de Calleja

Otra vez le castigaron por haber faltado a la verdad. El maestro lo consideraba como un deber y no era hombre capaz de estarse mucho tiempo sin cumplir con sus deberes.

—¡Pero si es verdad!—decía Eduardo—Ahora mismo verán si es verdad o no.

Les hizo mirar por la ventana y todos vieron una inmensa nube amarilla que se levantaba en el aire por el lado de la montaña.

—No es más que una nube de tempestad—dijo el maestro, y castigó más severamente a Eduardo. Aquel maestro no era como algunos que yo me sé; era muy testarudo, y nunca se hubiera atrevido a dar crédito a sus ojos si sus ojos le hubieran dicho cosa diferente de la que él había afirmado antes de que los ojos hablasen.

Por ésto, mientras el maestro escribía en el encerado para que Eduardito lo copiara setecientas veces:







«Cosa mala es mentir, y el mentiroso, por su bien, merece castigo,» Eduardo se escabulló de la clase y corrió a poner en salvo su vida, atravesando toda la ciudad para dar aviso a su abuela; pero ésta había salido de casa. En vista de ello salió de la ciudad por el lado opuesto y echó otra vez cuesta arriba para contarle al basilisco lo que pasaba y pedirle ayuda. Ni siquiera le pasó por la cabeza que el basilisco pudiera no hacerle caso. ¡Tantos y tan maravillosos cuentos le había oído contar, y tan a puño cerrado los había creído todos!... Y, ya se sabe, cuando creéis lo que una persona os cuenta, ella está obligada a creer lo que le contáis vosotros. La cosa es clara.

Paróse Eduardo junto a la boca de la cueva del basilisco a tomar aliento, y volvió los ojos en dirección



a la ciudad. Al correr había sentido que las pierrecillas le flaqueaban temblorosas, a medida que las sombras del nubarrón amarillo iban cayendo sobre él. Parándose, pues, entre la tierra calurosa y el cielo azul, volvióse a mirar la verde llanura, llena pródigamente de frutales, alquerías de roja techumbre y campos de mies dorada. En medio de la llanura tendíase la ciudad gris, con sus fuertes murallas hendidas por las saeteras para los arqueros, y sus torres cuadradas con las barbacanas para echar plomo derretido sobre las cabezas de los asaltantes, los puentes, los chapiteles, el plácido río bordeado de chopos y

sauces y el placentero parque, nota verde en el centro de la ciudad, adonde va la gente los domingos a fumar su pipa y a oír la banda de música.

Todo lo vio Eduardo; y vio también, arrastrándose por la llanura y dejando al pasar un reguero sombrío, porque todo se quedaba mustio cuando lo tocaba, al colosal dragón amarillo, y se dio cuenta de que era muchas veces mayor que la ciudad entera.

—¡Pobre, pobre abuelita!—dijo Eduardo.

Acercábase cada vez más el dragón, relamiéndose los ávidos labios con su lengua roja y larga. Eduardo pensó que el maestro estaría aún en la escuela, dando sus explicaciones muy en serio, y sin creer ni pizca de lo él le había contado.

—Pronto va a tener que creerlo—se dijo el muchacho para sus adentros; y aunque tenía muy buen corazón —ya creo haberos dicho que lo tenía—, temo mucho que no sintiese tanto como debiera el modo que iba a tener su maestro de aprender a hacer caso de lo que él afirmaba. Abrió entonces el dragón sus mandíbulas anchas, anchas, anchas, y Eduardo cerró los ojos, porque, aun cuando su maestro estaba en la ciudad, el bueno de Eduardito no quiso ver el horrible espectáculo.

Cuando volvió a abrir los ojos, ya no había ciudad sino un paraje baldío en el lugar que ocupaba, y el dragón relamiéndose y enroscándose para dormir se



tendía lo mismo que un gato cuando acaba de engullirse un ratón. Eduardito lanzó dos o tres suspiros y echó a correr hacia la cueva para contar al basilisco lo que pasaba.

—Bueno—le contestó el basilisco, muy poco preocupado, cuando hubo oído su relación—, ¿y qué?

—Me parece que no me ha entendido bien—replicó Eduardo con amabilidad—. El dragón acaba de sorberse la población entera.

—¿Y qué importa?—añadió el basilisco.

—¡Pero si yo vivo en ella!—contestó Eduardito angustiándose mucho.

—¡Qué más da!—dijo el basilisco volviéndose a la sartén de fuego para calentarse por el otro lado, que se le había quedado frío, porque Eduardito, al entrar, se había olvidado, como de costumbre, de cerrar la puerta—Vivirá usted conmigo.

—Creo que no me he explicado con claridad—institió pacientemente Eduardo—. Mire, mi abuela estaba en la población y yo no puedo quedarme sin abuela así como así.

—No sé lo que es eso de abuela—interrumpió el basilisco, que ya parecía cansarse de tanto hablar—; pero si es una posesión que tiene para usted alguna importancia...

—¡Ya lo creo que la tiene!—saltó Eduardo per-

diendo al fin la paciencia—¡Ayúdeme! ¿Qué voy a hacer ahora?

—Si yo estuviera en su lugar—sugirió su amigo extendiéndose en el estanque de llamas de modo que éstas le cubriesen hasta el cuello—, iría en busca del dragoncillo y lo traería aquí.

—¿Cómo?—preguntó Eduardito. Había tomado la costumbre de preguntar „¿cómo?” en la escuela, y aquello al maestro le molestaba mucho.

En cuanto al basilisco, no estaba para ocuparse de tales cosas por el momento.

—¡Déjeme, no me diga nada!—exclamó, atizando colérico las llamas—Haga lo que quiera. Traígame o déjele, que yo no he de volver a tomarme incomodidades por usted. Si me trae el dragoncillo, le diré en seguida lo que ha de hacerse; si no, no.

Y el basilisco se metió hasta los hombros en el fuego, se acurrucó en él, y se echó a dormir.

Precisamente era aquel el único modo de hacer carrera de Eduardito, sólo que a nadie se le había ocurrido ponerlo en práctica hasta entonces.

Quedóse un momento contemplando al basilisco; le miró éste



muy irritado con el rabillo del ojo y empezó a dar fuertes ronquidos, y Eduardo comprendió de una vez para siempre que no iba a ser capaz de aguantar en lo sucesivo ningún despropósito. Desde aquel momento le entró un respeto muy grande hacia el basilisco, y salió de allí dispuesto a hacer puntualmente lo que se le había indicado, quizá por primera vez en su vida.





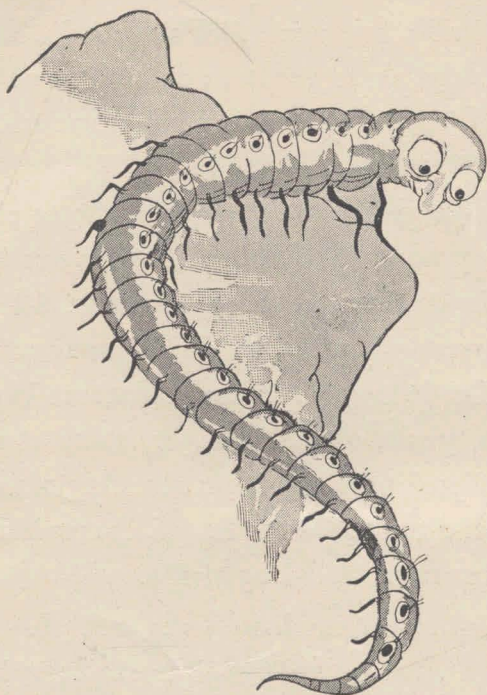
Aunque había hecho novillos a menudo, había una o dos cosas que acaso vosotros no sepáis por más que hayáis sido buenos y asistido con regularidad a la escuela.

Por ejemplo, sabía que un dragoncillo es el niño de un dragón, y no le cupo duda de que lo que le tocaba hacer era ir en busca de lo que causaba el tercero de los ruidos que la gente solía oír al pasar cerca de la montaña. Desde luego sabía que el cacareo lo producía el basilisco, y que el ruido mayor, como el ronquido de un caballero gordo que se duerme después de cenar, era cosa del dragón. De modo que el zumbido menor debía de proceder del dragoncillo.

Entróse atrevido por las cuevas y se puso a investigar y a dar vueltas y más vueltas, sin dejar las investigaciones hasta que llegó a una tercera puerta de la montaña, sobre la cual se leía: «*El niño está durmiendo*». Precisamente a la puerta había cincuenta pares de zapatos de cobre, y nadie podía mirarlos sin darse cuenta instantáneamente de qué clase de pies eran aquellos a que se destinaban, porque cada zapato tenía cinco agujeros para las cinco garras del dragoncillo. Y eran cincuenta pares porque el dragoncillo salía a su padre y tenía cien pies: ni uno más, ni uno menos.

Pertenecía a la especie de los llamados *Draco centipedis* en los libros de ciencia.

Eduardo tenía un susto muy regular, pero acordóse



de la expresión inflexible del basilisco y de la mirapa que le lanzó; y todavía resonaba en su oído aquella sonora determinación con que se puso a roncar, pese a los ronquidos del pequeño dragón, que eran, en verdad, muy dignos de ser tenidos en cuenta.

Hizo, pues, de tripas corazón, abrió la puerta, que no estaba más que ajustada, y se puso a llamar.

—¡Eh, dragoncillo! Levántese en seguida.

Paró de roncar el dragoncillo y exclamó soñoliento:

—Todavía no es hora.

—Su padre dice que ya es hora. Y tenga mucho cuidadito con él —replicó Eduardo, cobrando valor en vista de que el dragoncillo no le había devorado aún.

Lanzó el animal un suspiro y Eduardo le oyó dejar el lecho. Un momento después empezó a salir de su habitación y a ponerse los zapatos. No era tan grandote como su padre; pero tenía también lo suyo.

—Dése prisa —urgió Eduardo al ver que se enredaba torpemente cuando se quiso poner el décimoséptimo zapato.

—Mi padre no quiere que salga sin zapatos—dijo el dragón; y Eduardo no tuvo más remedio que ayudarle a ponérselos, operación nada fácil, que le costó bastante tiempo.

Hallóse dispuesto por fin el dragoncillo, y Eduardo, que había perdido todo temor, le dijo:

—Venga por aquí—; y le llevó adonde estaba el basilisco.

No cabía muy holgadamente en la cueva el dragoncillo, pero estrechando el cuerpo, como sabéis que hace un gusano gordo cuando quiere meterse por una rendija en un apretado terrón, logró entrar en ella.

—Aquí es—dijo Eduardo—; y el basilisco se levantó al punto y rogó muy cortésmente al dragoncillo que tomara asiento y tuviese la bondad de esperar.



—En seguida viene su padre—agregó el basilisco, atizando el fuego.

Levantóse el dragoncillo y esperó sin quitar los ávidos ojos de las llamas.

—Usted dispense—insinuó por fin—. Tengo costumbre de que me traigan un barreñito de fuego en



cuanto me levanto, y me siento ahora desfallecido. ¿Podré tomarlo?

Y echó una de sus garras hacia el barreño del basilisco.

—No por cierto—exclamó éste irritado—. ¿En dónde le han educado a usted? ¿No le han dicho que no hay que encapricharse por las cosas que uno ve? ¿No se lo han dicho?

—Dispéñseme—contestó el dragoncillo con humildad—, pero es que tengo mucho hambre.

El basilisco hizo una seña a Eduardo para que se acercara al barreño y, cuchicheando, le habló muy seriamente al oído por tanto tiempo que le chamuscó todo el pelo de un lado. Y él no interrumpió al basilisco ni una sola vez para preguntar: «¿Cómo?»

Cuando el cuchicheo terminó, Eduardo habló al dragoncillo:

—Si de veras tiene hambre, pobre infeliz, véngase conmigo y le enseñaré dónde hay fuego en abundancia—. Y salió a recorrer las cuevas, seguido del dragón.

Cuando estuvieron en el lugar adecuado, el niño se paró. Había en el suelo una tapadera redonda, de hierro, como la trampilla por donde se baja a la bodega de vuestra casa, sólo que mucho mayor. La levantó Eduardito con ayuda de un gancho que allí había, y salió de la abertura una bocanada de aire caliente que le sofocó.

Pero el dragoncillo se asomó al hueco, miró adentro con un ojo, cerrando el otro, husmeó y dijo:

—¡Qué bien huele! ¿Verdad?

—Ya lo creo—dijo Eduardito—. Como que es el fuego central de la tierra. Hay muchísimo, y todo hecho de una vez. Lo mejor sería que bajase a almorzar, ¿no le parece?

El dragón se metió por el agujero y empezó a desli-

zarse cada vez más deprisa por el tubo inclinado que conduce hasta el fuego central de la tierra; y Eduardo, haciendo exactamente lo que le habían dicho, agarró hábilmente el extremo de la cola del dragón y la atravesó con el gancho, de manera que el dragoncillo se quedó colgando. Y no podía volverse otra vez hacia la boca del tubo, porque sabido es que el camino que lleva al fuego es de bajada muy fácil, pero de salida imposible. Algo por el estilo se dice en latín, con frase que empieza. *Facilis descensus*.

Así se quedó el dragoncillo colgando de su cola inocente, y Eduardo, muy satisfecho de su habilidad, corrió en busca del basilisco.

—Ya está—dijo—. ¿Y ahora?

—Pues ahora póngase a la entrada de la cueva y empiece a reirse del dragón hasta que le oiga.

Eduardo estuvo a punto de soltar un «¿Cómo?», pero se contuvo a tiempo y en cambio apuntó:

—No me va a oír.

—Ya lo creo—contestó el basilisco—; verá como le oye—. Y se acurrucó otra vez en el fuego; de modo que a Eduardo no le quedó más remedio que hacer lo que se le mandaba. Cuando empezó a reirse, su risa resonó en la boca de la caverna tanto, que parecía que se estaba riendo toda una casta de gigantes. Y el dragón, que dormía al sol, se despertó, diciendo muy irritado.



—¿De qué se ríe?

—De usted—contestó Eduardo, y siguió riéndose. El dragón toleró aquella risa todo el tiempo que pudo, pero como a todo bicho viviente le ocurre, no iba a estarse eternamente quieto dejando que se burlasen de él; y empezó a subir la montaña, arrastrándose muy despacito, porque estaba en los horrores de una digestión difícil; cuando se halló cerca preguntó:

—Bueno, ¿de qué se ríe?—con tal vozarrón que a Eduardito no le quedaron ganas de volver a reirse.

Entonces el buen basilisco acudió en socorro suyo:

—De *usted*. Se ha comido usted a su dragoncillo, tragándosele al mismo tiempo que la ciudad ¡Miren que comerse a su propio hijo! ¡Je! ¡je! ¡je! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!—coreó Eduardito, que tuvo nuevamente ánimo para reirse con una risa que retumbó tremebunda en los ecos de la cueva.

—¡Qué desgracia!—dijo el dragón—Pero todavía tengo la población atravesada en el gatzate. Voy a echarla y la registraré con mayor cuidado—. Tosió y, atragantándose, dejó otra vez la ciudad en la falda del monte.

Eduardo, entonces, preguntó al basilisco qué se debía de hacer y se alejó luego. Y antes de que el dragón tuviese tiempo de registrar la población para ver si estaba en ella su dragoncillo, oyóse la voz de

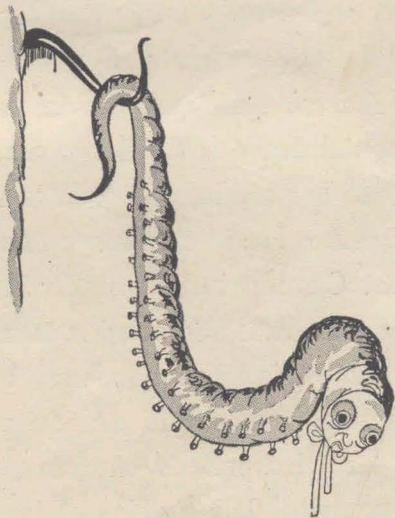


éste, que aullaba de una manera lastimosa en el interior de la montaña, porque Eduardo le apretaba la cola todo lo fuerte que podía con la tapadera de hierro. Al oír el dragón las voces de su hijo, exclamó:

— ¿Cómo es éso! ¿Qué le pasará al niño? ¡Si no está aquí!— Y se estrechó, subiendo a la montaña en seguimiento de su criatura. El basilisco siguió riéndose lo más alto que pudo y Eduardito siguió apretando, hasta que el dragón colosal, que se había vuelto por su propia voluntad muy largo y estrecho, llegó con

la cabeza al agujero aquel de la tapa de hierro. La cola estaría una o dos millas más allá, saliéndose de la montaña. En cuanto Eduardito le sintió llegar, dio un último pellizco a la cola del dragoncillo con la férrea tapadera, y levantándonla en seguida se escondió detrás para que el dragón grande no pudiera verle. Desprendió el gancho de la cola del dragoncillo y cuando el dragón se acercó a husmear en el agujero pudo ver aún la cola de su criatura, que se precipitaba por el tubo inclinado con un postrer chillido de dolor. El dragón podía tener todos los defectos que queráis atribuirle, pero era un excelente padre de familia.

Metió primeramente la cabeza en el agujero, y se escurrió después por el tubo en busca de su niño. Eduar-







do vio cómo iba entrando primero la cabeza y luego todo el cuerpo del dragón. Tan largo era, por haberse adelgazado todo lo posible, que toda la noche estuvo pasando. Era como si se viese pasar un larguísimo tren de mercancías. Cuando hubo pasado la última articulación de su cola, Eduardo cerró la trampa de golpe.

Tenía, como habréis adivinado, muy buen corazón, y complaciase en pensar que dragón y dragoncillo contaban ya para siempre con enorme abundancia de su alimento favorito. Dio gracias al basilisco por su

amabilidad y llegó a su casa en el instante preciso de tomar el desayuno para estar en la escuela a las nueve de la mañana. Claro que no hubiera podido lograrlo si la población hubiese permanecido en el lugar donde antes estaba, es decir, en la llanura, a orillas del río; pero se había trasladado a la falda del monte, precisamente al sitio en donde el dragón la dejó.

—Sepamos—le dijo el maestro—dónde te metiste ayer.

Dio sus explicaciones Eduardo, y el maestro volvió a castigarle por decir mentira.

—¡Pero si es verdad!—dijo Eduardo— ¡Si el dragón se había comido todo el pueblo! Demasiado lo sabrá usted.....

—¡Qué tontería!—replicó el maestro—No fue más que una tempestad y un temblor de tierra—. Y castigó a Eduardo con más severidad que nunca.

—Pero—dijo Eduardo, que se empeñaba en discutir hasta en las circunstancias menos favorables—, ¿cómo se explican ustedes que la ciudad esté ahora en la falda del monte, y no a la orilla del río, como antes estaba?

—Siempre ha estado en la falda del monte—afirmó el maestro; y la clase entera lo confirmó, porque todos en ella tenían inteligencia bastante para no atreverse a discutir con un hombre que llevaba un puntero.

—Pero miren los mapas—insistió Eduardo, que no se quería dar por vencido de ningún modo.

El maestro señaló con el puntero un mapa colgado en la pared.

Allí estaba la ciudad, *¡en la falda del monte!* Y nadie más que Eduardo se daba cuenta de que la sacudida causada por el dragón al tragarse al pueblo lo había trastornado todo, hasta los mapas.

Dióle otros palmetazos el maestro, y le dijo que entonces no le castigaba por mentiroso, sino por su molesta costumbre de discutir. Esto os indicará cuán avieso e ignorante era el maestro de Eduardo, y cuán diferente, por lo tanto, del respetable director de vuestra escuela.

Al día siguiente ocurriósele a Eduardo probar a todo el mundo la verdad de sus afirmaciones, mostrándoles el basilisco, y logró persuadir a algunos para que le acompañasen hasta la cueva; pero el basilisco se había encerrado por dentro y no quería abrir, y lo único que Eduardo consiguió fue que todos le regañaran, diciéndole que había querido darles gato por liebre.

—Pero ni un gato ni una liebre—añadían—tiene nada que ver con un basilisco.

Y el pobre Eduardo no se atrevía a decir palabra, a pesar de que estaba seguro de su razón; los equivocados eran ellos. Nadie le creyó más que su abue-

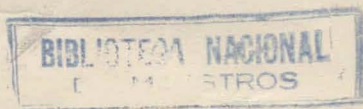


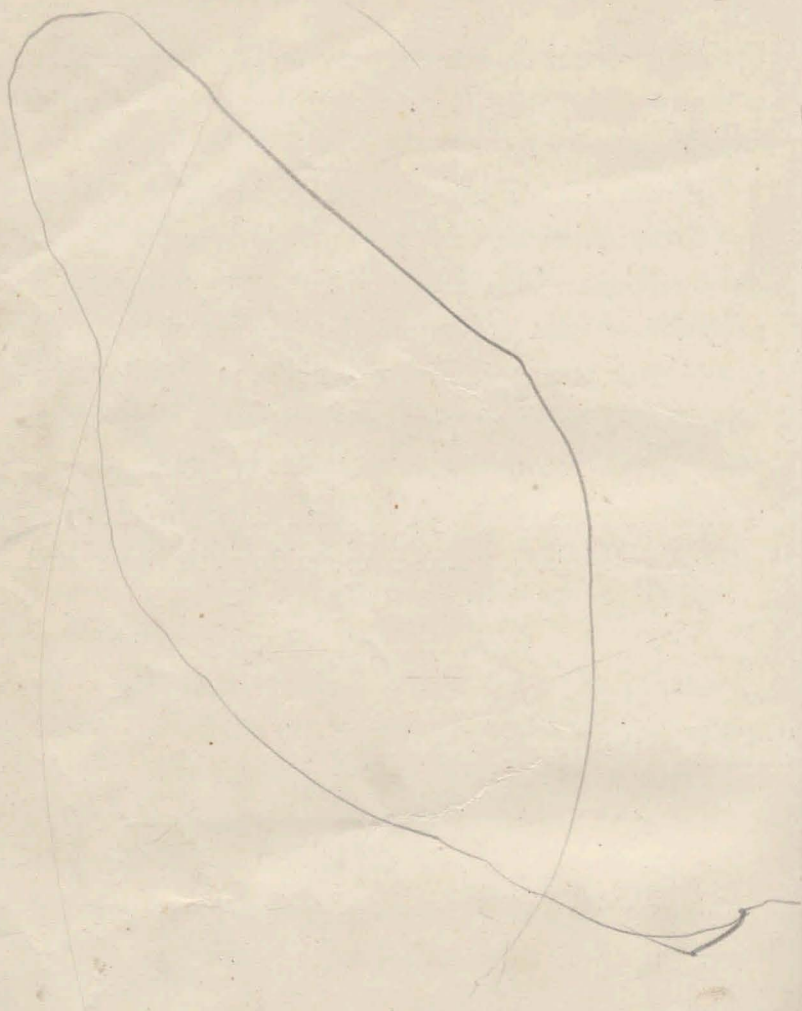
lita; pero ya sabéis que era muy vieja y muy cariñosa y siempre decía de él que no había criatura mejor en todo el mundo.

Después de todo ésto, una sola cosa buena ocurrió: que Eduardo no ha vuelto a ser lo que antes era. Ya no se empeña en discutir y se ha puesto con gusto de aprendiz en casa de un cerrajero, a ver si algún día puede abrir el cerrojo que asegura la puerta de la habitación del basilisco y aprende entonces alguna cosa más de esas que los demás mortales ignoran.

Pero lo cierto es que ya se porta como un buen muchacho, ¡y que aún no ha conseguido abrir la puerta!.

F I N





## ÍNDICE

Kakatukán . . . . .	9
La princesa y el erizo . . . . .	49
La pelota saltarina . . . . .	89
El corazón del Mago . . . . .	123
Cálculos que salen bien . . . . .	155
La montaña azul , . . . . .	177
Fortunato Rey y Compañía . . . . .	215
El usurpador . . . . .	249
Melisenda o la división exacta . . . . .	281
Las cuevas y el basilisco . . . . .	313



# BIBLIOTECA PERLA

Tomos en 4.º mayor (230 × 150 milímetros), de 400 a 800 páginas.

## EDICIÓN CORRIENTE

Titulos de la PRIMERA SERIE.

- |                              |  |
|------------------------------|--|
| 1. Cuentos de Andersen.      | 20. Fabiola.                             |
| 2. La cabaña de Tom.         | 21. Los mártires.                        |
| 3. Robinsón Crusoe.          | 22. El Unicornio y otros cuentos         |
| 4. Cuentos de Grimm.         | 23. Virginia.                            |
| 5. Viajes por Europa.        | 24. Las tardes de la Granja.             |
| 6. Viajes por América.       | 25. Veladas de la Quinta.                |
| 7. Viajes por Asia.          | 26. Cuentos escog. de Schmid.            |
| 8. Viajes por África.        | 27. Los últimos días de Pompeya.         |
| 9. Historia de España.       | 28. Juegos de los niños.                 |
| 10. Historia Universal.      | 29. Ben-Hur.                             |
| 11. Cuentos Mágicos.         | 30. Cuentos de Perrault.                 |
| 12. Ivanhoe.                 | 31. Más cuentos de Schmid.               |
| 13. Cuentos y Más cuentos.   | 32. Recuerdos históricos del mundo.      |
| 14. Historia Sagrada.        | 33. En preparación <i>nuevo título</i> . |
| 15. A la ventura.            | 34. Quo vadis?                           |
| 16. El reino de la fantasía. | 35. Consejos a mi hija.                  |
| 17. Azul celeste.            | 36. Robinsón Suizo.                      |
| 18. Las mil y una noches.    |  |
| 19. Cuentos de Nesbit.       |  |

*Encuadrados en pasta, con cubierta en colores, y en tela, con plancha*

## EDICIÓN DE LUJO

Tomos tirados en papel superior, con texto e ilustraciones en colores.

### TÍTULOS.

- |                        |                               |
|------------------------|-------------------------------|
| Cuentos Mágicos.       | Cuentos de Nesbit.            |
| Cuentos y Más cuentos. | El Unicornio y otros cuentos. |

*Lujosamente encuadrados en tela con planchas, y en chagrín fino.*

# BIBLIOTECA PERLA

Tomos en 4º mayor (230 × 150 milímetros), de 400 a 800 páginas.

## Títulos de la SEGUNDA SERIE.

1. CALLEJA . . Un viaje por España.
2. LE SAGE . . Gil Blas de Santillana.
3. CERVANTES . Don Quijote de la Mancha.
4.     "     . . . . . Novelas ejemplares. (En preparación).
5.     "     . . . . . Persiles y Segismunda. (En preparación).
6.     "     . . . . . La Galatea. (En preparación).
7. CALLEJA . . El mundo y sus divisiones (Texto y Atlas  
                  de Geografía física, política, etcétera).
8.     "     . . . . . Geografía Universal pintoresca.
9. PEREYRA . . Descubrimiento y exploración del  
                  Nuevo Mundo.
10.    "     . . . . . El imperio español.
11.    "     . . . . . México. (En prensa).
12.    "     . . . . . Las Repúblicas del Plata. (En prensa).
13.    "     . . . . . Los países antillanos y la América  
                  Central. (En preparación).
14.    "     . . . . . Colombia, Venezuela y Ecuador. (En  
                  preparación).
15.    "     . . . . . Perú y Bolivia. (En preparación).
16.    "     . . . . . Chile. (En preparación).
17. NEUBURGER . Divertimientos científicos. (En preparación).

*Tomos encuadernados en pasta, con cubierta en colores, y en tela, con planchas.*

# BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA

Tomos en 4.<sup>o</sup> mayor (230×150 mm.), de 160 páginas, con láminas.

COMO su rótulo indica, en esta Biblioteca van incluídas las materias de interés más vario, sin otra norma que su exposición sea tan clara, sencilla y amena, que interese y se deje entender por las inteligencias infantiles. La mayor parte de los volúmenes se componen de cuentos infantiles. Hay también libros de viajes y aventuras. Obras instructivas y de divulgación literaria. Epítomes de Historia, en donde la narración de los sucesos pasados se suceden en forma novelesca, por lo sabrosa, y sin detrimento de la exactitud. Forman parte de esta colección las aventuras del famoso PINOCHO, que está ya considerado como libro infantil clásico en muchos países.

## TÍTULOS PUBLICADOS

- |   |   |
|---|---|
| 1. 7.117 pollos y medio.                | 14. En preparación <i>nuevo título.</i> |
| 2. Lluvia de cuentos.                   | 15.           »           «           » |
| 3. Leyendas de Oriente                  | 16. Geografía física                    |
| 4. Sucesos extraordinarios.             | 17. De artesano a emperador.            |
| 5. Premio de aplicación.                | 18. Guía de la juventud.                |
| 6. Almacén de cuentos para niños        | 19. España y su historia.               |
| 7. Tesoro de los niños.                 | 20. El recreo de mis hijos.             |
| 8. Viejo astuto.                        | 21. Cuentos azules.                     |
| 9. Plaga de dragones.                   | 22. En preparación <i>nuevo título.</i> |
| 10. En preparación <i>nuevo título.</i> | 23. Cuentos infantiles.                 |
| 11.           »           »           » | 24. Literatura castellana.              |
| 12. La alegría de los niños.            | 25. Pelusa.                             |
| 13. Viajes extraordinarios              | 26. Aventuras de Pinocho.               |



# BIBLIOTECA ILUSTRADA PARA NIÑOS

Tomos en 4.<sup>o</sup> (192×130 mm.), de 160 páginas, con abundantes láminas.

ES una Biblioteca compuesta exclusivamente de cuentos. La lectura predilecta de las personas mayores en nuestros días es las novelas. Millares de escritores, en todas partes del mundo, se afanan en producir novelas, y el mercado nunca se sacia. Los niños, como los mayores o más aún, necesitan también solaz de lectura y pábulo de la imaginación impaciente; la novela de los niños es el cuento. Lleva el cuento la ventaja sobre la novela en lo moral y también en lo imaginario, pues su campo de acción es más ancho: Ha sido preocupación constante de la EDITORIAL SATURNINO CALLEJA, publicar cuentos y más cuentos, tan morales como divertidos; de suerte que el mercado, insaciable, de la curiosidad infantil, tenga siempre materia nueva en que satisfacerse.

## TÍTULOS PUBLICADOS

- |   |   |
|---|---|
| 1. Empresas descabelladas.              | 17. En preparación <i>nuevo título.</i>           |
| 2. Las tres plumas.                     | 18. „ „ „ „                                       |
| 3. Los mellizos de Doña Coneja.         | 19. Nobleza de un artesano.                       |
| 4. En preparación <i>nuevo título.</i>  | 20. En preparación <i>nuevo título.</i>           |
| 5. La cabrita de oro.                   | 21. Aventuras del feísimo Lentejilla.             |
| 6. El cantarito de lágrimas.            | 22. El foco eléctrico.                            |
| 7. El viejo hechicero.                  | 23. Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.              |
| 8. Dios en todas partes.                | 24. El encanto de los niños. (Física recreativa). |
| 9. La gallinita y el pollito.           | 25. El buen Fridolín y el pícaro Thierry.         |
| 10. La comadre Muerte.                  | 26. El cestillo de flores.                        |
| 11. El flantista valiente.              | 27. Rosa de Tanemburgo.                           |
| 12. La joven y hermosa novia.           | 28. Genoveva de Brabante.                         |
| 13. María Pez y María Oro.              | 29. Historia del emperador Carlomagno.            |
| 14. El caballo artificial.              | 30. Fernando.                                     |
| 15. Aventuras de un náufrago.           |   |
| 16. En preparación <i>nuevo título.</i> |   |

